

**MI LARGO ADIÓS
DE LA RELIGIÓN TRADICIONAL
Y LO QUE PERMANECE**

Martin Thielen

LIBROS DE LA PARROQUIA DE LOS QUE DUDAN PRESENTA

Mi Larga Despedida De la Religión Tradicional ...Y lo que Permanece

En este atractivo libro, Martin Thielen, autor de best-sellers, ex pastor de una mega iglesia y fundador de DoubtersParish.Com (<https://doubtersparish.com>) , comparte su historia de deconstrucción y reconstrucción de la fe. Si usted lucha con las creencias cristianas tradicionales y la religión institucional, pero aún busca una fe/espiritualidad que tenga sentido para el siglo XXI, este libro fue escrito específicamente para usted.

Copyright © 2024 Martin Thielen.

Las citas bíblicas marcadas con KJV son de la versión King James de la Biblia.

Las citas bíblicas marcadas con NIV son de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional.
®NIV® Copyright © 1973, 1978, 1984, 2011 por Biblica, Inc.®.

Las citas bíblicas marcadas con NKJV son de la Nueva Versión King James, Copyright ©1982 por Thomas Nelson. Copyright ©1982 por Thomas Nelson.

Las citas bíblicas marcadas con NRSV son de la Nueva Versión Estándar Revisada de la Biblia, copyright © 1989 por la División de Educación Cristiana del Consejo Nacional de las Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de América.

Las citas bíblicas marcadas con NRSVUE son de la Nueva Versión Estándar Revisada de la Biblia Edición Actualizada, copyright © 2021 por el Consejo Nacional de las Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de América.

«Sé misericordioso con los que dudan»

- Judas 22 NVI-

Dedicatoria

A Paula, que ha recorrido este camino conmigo durante casi cinco décadas.

A Jonathan, Laura, Anna y Jack, que aportan una gran alegría a mi vida.

Y a la memoria de Jim, el mejor amigo que he tenido.

Contenido

Prólogo

Introducción

Parte 1. Mi largo adiós a la religión tradicional

1. He perdido la fe en una Biblia Literal
2. He perdido la fe en la Iglesia Evangélica
3. He perdido la fe en las Doctrinas Tradicionales
4. He perdido la fe en la Providencia de Dios
5. He perdido la fe en la Religión Institucional
6. He perdido la fe en un Dios Tradicional
7. He perdido la fe en mi Vocación Ministerial

Parte 2: Y lo que permanece

8. Sigo Creyendo en Dios
9. Sigo Amando a Jesús
10. Sigo Apreciando la Iglesia
11. Sigo Experimentando la Comunidad Cristiana
12. Sigo Intentando Vivir una Vida Cristiana

Guía de Discusión para Grupos

Apéndice: Diferencias entre la Fe Tradicional y la Fe no Tradicional

Acerca del autor

Prefacio

En agosto de 2023, publiqué en mi sitio web un artículo titulado «Mi largo adiós a la religión tradicional y lo que permanece». Nunca antes había escrito con tanta transparencia sobre mi viaje espiritual desde la fe tradicional a la no tradicional. Sin embargo, creía que los lectores de “DoubtersParish.Com” (<https://doubtersparish.com>) apreciarían la historia. Así que no me anduve con rodeos y publiqué el artículo

No tardó en ganar un número excepcional de lectores. Pocas horas después de publicarlo, recibí el siguiente correo electrónico:

«Tu historia es mi historia. Has puesto en palabras lo que he estado pensando y sintiendo durante años. El artículo me ha conmovido profundamente y me ha ayudado mucho en mi camino espiritual. Gracias por arriesgarte a ser tan transparente, auténtico y vulnerable».

En los días siguientes recibí cientos de respuestas similares. Estaba claro que el artículo había calado hondo. Me alegré de que a tantas personas le resultara útil. Pero nunca se me pasó por la cabeza la idea de convertirlo en un libro.

Sin embargo, unas semanas después, tuve noticias de un viejo amigo editor. Me animó a convertir el artículo en un libro. Pensó que los lectores se identificarían con mi historia acerca de mi fe perdida y mi fe conservada y la encontrarían relevante para su propio viaje. Ese empujón, junto con el gran número de lectores y las sinceras respuestas al artículo, me llevaron a escribir este libro.

En resumen, **“Mi largo adiós a la religión tradicional y lo que permanece”** cuenta mi historia de deconstrucción y reconstrucción de la fe. Si tienes problemas con las creencias cristianas tradicionales y la religión institucional, pero sigues buscando una fe/espiritualidad que tenga sentido en el siglo XXI, este libro está escrito para ti. Si es así, ve a la introducción y comencemos.

Martin Thielen, 2024

Introducción

En 1972, cuando tenía quince años, mi iglesia conservadora bautista del sur de Muskogee, Oklahoma, me eligió para predicar el sermón del culto anual dirigido por jóvenes. Mi primo Rodger, pianista del acto especial, me preguntó: «¿Qué canción te gustaría que tocara para la ofrenda que tendrá lugar justo antes de tu sermón?»

John Lennon y Jesús

En aquel momento, elegir una canción de la ofrenda para mi primer sermón me pareció una decisión insignificante, pero, en retrospectiva, presagiaba que mi vida como creyente cristiano y ministro vocacional resultaría complicada. Sin pensar en la incongruencia radical de la petición, pedí un popurrí de mis dos canciones favoritas en aquel momento: un himno de 1933 llamado «He Lives» (Él vive) y la canción de John Lennon «Imagine», que acababa de salir al mercado.

Si no conoces el himno «He Lives», afirma con confianza que Jesús está vivo y vive en los corazones de los creyentes cristianos. La letra promete que Jesús camina con nosotros y nos habla a lo largo del camino de la vida. En esta alegre canción de fe, no hay lugar para la duda.

La otra selección en mi petición no podría haber sido más radicalmente diferente. En su famosa (muchos dirían infame) canción «Imagine», John Lennon imaginaba un mundo sin religión, naciones ni posesiones. Por suerte, nadie en aquella congregación bautista de provincias reconoció la herética canción ni conocía la subversiva letra. Como el himno era instrumental en lugar de vocal, esquivé la bala.

Minutos antes de subir al púlpito para predicar mi primer sermón, mi primo, que ya era un consumado pianista a los diecisiete años, combinó a la perfección «*He lives, He lives, Christ Jesus lives today*» e «*Imagine no religion*». Terminó el popurrí dedicándome una gran sonrisa.

Aunque en aquel momento no lo sabía, aquel himno, que combinaba a la perfección la creencia y la incredulidad, serviría como metáfora de mi vida, mi fe y mi vocación durante los cincuenta años siguientes.

Durante la mayor parte de esas décadas, me identifiqué al mismo tiempo como un creyente entregado y un escéptico luchador. Y en muchos aspectos sigo siéndolo.

En los capítulos y pensamientos que siguen, compartiré muchos detalles e historias sobre mi lucha de toda la vida con la duda religiosa y cómo esa angustia espiritual finalmente se resolvió. Sin embargo, con el fin de poner en marcha esa narrativa, tengo que exponer, a grandes rasgos, mi historia personal.

Mocoso de las Fuerzas Aéreas

Durante los primeros quince años de mi vida, mi padre sirvió como piloto militar para la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, haciendo de mí un «mocoso de la Fuerza Aérea». Vivimos en ocho estados distintos, de California a Maine, y una temporada en Hawaii, donde me aficioné ávidamente al surf.

Aparte de un puñado de visitas a capillas militares para los servicios de Nochebuena y Pascua, no tuve ningún contacto con la religión institucional. Por consiguiente, sólo tenía un vago concepto de Dios y un desconocimiento de la teología cristiana.

Por desgracia, viví en un hogar muy disfuncional, con una relación padre-hijo muy tensa. Y dada nuestra vida militar nómada, no tenía una comunidad estable que me ayudara a compensar mi problemática vida hogareña. Como resultado de estas dinámicas poco saludables, no tenía sentido de pertenencia, significado, ni autoestima. En resumen, tenía muchas necesidades insatisfechas de ser amado, afirmado y conectado. Me sentía «perdido» en todos los sentidos posibles.

«Estuve Perdido, pero Ahora He Sido Hallado»

Poco después de cumplir quince años, mi padre, que había sufrido un infarto dos años antes, se jubiló inesperadamente por motivos médicos. Sin estar preparados para la vida civil y sin saber qué hacer, mis padres decidieron regresar a su ciudad natal de Muskogee, Oklahoma.

En mi primer domingo en la ciudad, mi tía, mi tío y mi primo me llevaron a su iglesia bautista sureña, donde escuché, por primera vez, un sencillo mensaje sobre «aceptar a Jesucristo como tu Señor y Salvador personal». Durante la invitación, mientras la congregación cantó «Tal como soy», caminé por el pasillo, cogí al predicador de la mano y le dije: «Quiero ser salvo».

El domingo siguiente, de pie en la piscina bautismal, el pastor dijo: «En obediencia al mandato de Jesucristo, y tras tu profesión de fe en Él como Señor y Salvador, te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Me sumergió en las

aguas del bautismo. Nueve meses más tarde, decidí que quería ser predicador y me propuse alcanzar esa meta.

Un Feriante, un Estudiante y un Vendedor

Al terminar el instituto, decidí emprender una gran aventura. Acepté un trabajo viajando por todo el país como feriante. Eso significaba trabajar muchas horas en circunstancias difíciles por un sueldo muy bajo y vivir en un camión de helados. Todo ello me motivó a estudiar. Uno de mis recuerdos más vívidos de aquella experiencia única fue hablar en uno de los servicios religiosos de los domingos por la mañana para los trabajadores de la feria. La pequeña congregación se sentó en diminutos vehículos en la atracción de autos de choque.

Ese otoño me matriculé en la Universidad Bautista de Ouachita, en Arkadelphia (Arkansas). Los estudiantes solían bromear diciendo que la universidad sólo exigía dos requisitos para graduarse: saber deletrear Ouachita y Arkadelphia. Me especialicé en religión y fui orador de jóvenes patrocinado por la universidad en iglesias de todo el estado. En mi tercer año de carrera, me encontré luchando con dudas religiosas y ya no estaba tan seguro de querer dedicarme al ministerio.

En los dos años siguientes me enamoré, me casé, me gradué, tuve un hijo y me dediqué al negocio de los seguros. Rápidamente me convertí en uno de los diez mejores agentes nuevos de mi compañía en el país y gané mucho dinero.

Sin embargo, no podía disipar mi interés por la vocación ministerial. Así que, con el apoyo de mi mujer, hice planes para ir al seminario. Cuando se enteró, mi padre me dijo: «Eres un maldito tonto. Podrías haber sido presidente de esa empresa. En vez de eso, te pasarás la vida bautizando bebés y enterrando ancianos». Por suerte, más tarde cambió de opinión. Y con los años, acabamos encontrando la manera de hacer las paces.

Convirtiéndome en Predicador Bautista

Unos meses más tarde, mi mujer y yo vendimos nuestra casa, metimos todas nuestras pertenencias en un camión de la compañía U-Haul, cargamos a nuestro hijo en edad preescolar y nos fuimos a Louisville, Kentucky, donde asistí al Seminario Teológico Bautista del Sur. Disfruté mucho de mis años en el seminario y recibí una educación teológica gratuita de alta calidad, por la que estoy profundamente agradecido.

Durante el seminario trabajé como capellán interno en un hospital psiquiátrico estatal. Mi recuerdo favorito de esa experiencia es estar sentado en la sala de estar una tarde viendo a todos los residentes cantar con entusiasmo junto con Paul Simon (en la radio), «*Still Crazy after All These Years*» (Todavía loco después de todos estos años.)

Al graduarme en el seminario, tuve la suerte de conseguir un trabajo pastoral en la «Primera Iglesia», una importante parroquia sureña. Fue un comienzo maravilloso para mi carrera en el ministerio parroquial. Durante esos años, mi esposa y yo dimos la bienvenida a una hija a nuestra familia.

Unos años más tarde acepté una llamada de una congregación más grande. Durante ese trabajo pastoral, obtuve el título de doctor en ministerio por el Seminario Teológico Bautista del Medio Oeste, realicé un importante trabajo de investigación sobre el tema del culto y la predicación, publiqué extensamente en mi editorial nominal y participé en el circuito de conferencias pastorales.

Con treinta y pocos años, conseguí un cargo importante en Nashville (Tennessee), en la sede nacional de la Convención Bautista del Sur (CBS). Uno de mis amigos lo llamó «El Vaticano bautista». Trabajé como editor de culto y predicación, autor, consultor, profesor y director de conferencias. A pesar de mi creciente incomodidad con la teología evangélica conservadora de mi denominación, que nunca encajó bien conmigo, me sentía bien preparado para el trabajo, me encantaba hacerlo y esperaba quedarme en «El Vaticano Bautista» durante mucho tiempo.

Una Toma de Control Eclesiástica

Sin embargo, durante esos mismos años, bajo la bandera populista de la defensa de la Biblia y la derrota del liberalismo, un poderoso grupo de despiadados, mezquinos, partidistas y extremistas de la derecha religiosa se hizo con el control total de la Convención Bautista del Sur (CBS). No dispuesto a trabajar en ese ambiente hostil, renuncié a mi puesto en la denominación y acepté un pastorado grande en Honolulu, Hawaii. Pero, por desgracia, ni siquiera en el paraíso, donde tenía una tabla de surf en la oficina de la iglesia y otra en casa, pude escapar del implacable tamborileo del fundamentalismo religioso en mi denominación.

En la decisión profesional más dolorosa de mi vida, finalmente me di cuenta de que no tenía futuro en la Convención Bautista del Sur (ni en el mundo evangélico en general). Así que, con el generoso apoyo de mi mujer, mi hijo y mi hija, hicimos otra gran transición: renuncié a mi pastorado, recogimos nuestras cosas y abandoné la única denominación que había conocido.

Cambio de Tribus

Después de dejar Hawai, mi familia y yo volvimos a Nashville, donde empecé un programa de doctorado en liturgia y homilética (culto y predicación para gente normal) en la Universidad de Vanderbilt. Durante mis estudios de doctorado impartí cursos de culto y predicación como profesor adjunto en un seminario. Aunque disfrutaba enseñando, me sentía más preparado para la vida parroquial que para una carrera académica, así que empecé a buscar un puesto pastoral. Sin embargo, dada mi teología, que cada año era más liberal, necesitaba encontrar una confesión más progresista.

Después de investigar media docena de las principales confesiones, mi búsqueda de un nuevo hogar eclesial se redujo a la Iglesia Episcopal o la Iglesia Metodista Unida. El obispo episcopal me ofreció participar en un programa de aspirantes de tres años, sin garantía de parroquia una vez finalizado el proceso. El obispo metodista unido me ofreció un nombramiento pastoral a partir del domingo siguiente. No fue una decisión difícil.

En los veinticuatro años que siguieron, serví en iglesias de diversos tamaños, desde un pastorado de doce estudiantes con unas pocas docenas de miembros hasta una mega iglesia de diez mil miembros. En muchos sentidos, la vida como ministro metodista unido en la denominación de «corazones abiertos, mentes abiertas y puertas abiertas» me sentí bien durante mucho tiempo.

Noche Oscura del Alma

Sin embargo, a medida que pasaban los años, sentí un creciente malestar en lo más profundo de mis entrañas. Mis luchas de fe, con las que había lidiado desde el instituto, se hicieron mucho más pronunciadas.

Por ejemplo, me costaba afirmar las doctrinas cristianas tradicionales. Me costaba recitar el Credo de los Apóstoles. Ya no me identificaba con la teología ortodoxa histórica. La Biblia se volvió más problemática. Me desilusioné cada vez más con la religión institucional. Perdí la fe en el cuidado providencial de Dios. La oración se convirtió en un reto. La fe me parecía ambigua. Y, tras una experiencia pastoral brutal en una iglesia, mi alegría vocacional se disipó.

A la luz de esta dinámica inquietante, empecé a albergar serias dudas sobre la viabilidad de mi fe y de mi carrera ministerial. Aunque intenté restar importancia a estos pensamientos inquietantes y amenazadores, sabía que estaba experimentando una transición significativa en mi vida espiritual y vocacional. Y me sentí profundamente desconcertado.

Un sueño que cambia la vida

En medio de toda esta inquietante incertidumbre, tuve un sueño vívido y aterrador. Antes de esa noche nunca le había dado mucha importancia a los sueños ni a su significado. Pero este sueño cambió el curso de mi vida.

En mi sueño, me encontraba trabajando en una iglesia. Por alguna extraña razón, la congregación se reunía en lo alto del edificio, que tenía un tejado muy inclinado. Por mucho que lo intentaba, no podía mantener el equilibrio. Otras personas se desplazaban por el tejado sin problemas, pero yo no. En varias ocasiones estuve a punto de caerme del tejado. Una vez tuve que agarrarme a la rama de un árbol para no caerme. En otra ocasión, un miembro de la congregación me agarró antes de que cayera por el borde.

Casi al final del sueño, resbalé y estuve a punto de morir, pero conseguí agarrarme al canalón justo a tiempo. El sueño terminaba conmigo agarrado al canalón para salvar

mi vida, balanceándome precariamente por encima del aparcamiento que había muchos pisos más abajo.

Me desperté preso del pánico. Mi mente se aceleraba, mi corazón latía con fuerza, mis emociones se agitaban y mi cuerpo, húmedo de sudor, se sentía exhausto. El significado del sueño fue instantánea e inequívocamente claro: ya no podía mantener el equilibrio en el trabajo eclesiástico.

A la mañana siguiente llamé a mi mejor amigo, que también ejercía de ministro. Durante años, hablamos de nuestra pérdida mutua de la fe tradicional, de nuestras luchas con la religión institucional y de las difíciles cuestiones profesionales que planteaban. Pasamos muchas horas deconstruyendo y reconstruyendo nuestra fe, preguntándonos si lo que quedaba era suficiente para mantener nuestras vocaciones ministeriales. Le conté todo lo que había soñado, su significado evidente y todo lo que había provocado en mí. Concluí diciendo: «Todas mis dudas sobre Dios, la fe, la Iglesia y el ministerio parecen estar llegando a un punto crítico».

Mi amigo, un terapeuta profesional, principalmente me escuchó. Pero dada nuestra estrecha amistad y nuestra larga historia de discusiones sobre estos temas, me hizo algunos comentarios finales: «Martin, tu mente consciente lleva mucho tiempo diciéndote que no puedes mantener el equilibrio en el trabajo eclesiástico. Ahora tu inconsciente parece decirte lo mismo. Por no hablar de tu cuerpo (refiriéndose a mi antiguo trastorno de las cuerdas vocales, que amenazaba mi carrera y que había reaparecido recientemente). La única pregunta es qué vas a hacer al respecto». Unas semanas más tarde inicié el proceso de jubilación anticipada del ministerio vocacional.

Un Pastor Para los que Dudan

Después de jubilarme, en un esfuerzo terapéutico por dar sentido a mi fe, que cambiaba con rapidez, escribí una novela sobre un pastor sureño que dudaba, perdía la fe tradicional, abandonaba el ministerio y se forjaba una nueva vida y una nueva fe más allá de las limitaciones de la religión institucional.

Titulé la novela "*An Inconvenient Loss of Faith*" ("Una incómoda pérdida de fe")

Después de terminar la novela, creé un sitio web para los que dudan, buscadores y luchadores religiosos llamado Doubter's Parish. Ser «pastor» de personas que luchan con la fe en el siglo XXI me ha llenado de satisfacción y alegría.

Pero lo más importante es que en los últimos cinco años he encontrado por fin una solución a mi lucha de toda la vida con la fe, lo que ha supuesto un alivio y un cierre muy necesario a mi intensa angustia religiosa. ***“Mi largo adiós de la religión tradicional y qué es lo que permanece”*** cuenta esta historia. Espero que les resulte útil.

Martin Thielen, 2024

Parte 1

Mi largo adiós de la religión tradicional

Si tuviera que resumir mi trayectoria religiosa con un versículo de la Biblia, elegiría Mateo 28:17: «Cuando ellos (los primeros discípulos) lo vieron (a Cristo resucitado), lo adoraron; pero algunos dudaron» (NVI, énfasis añadido). Durante más de cincuenta años, desde mi afirmación de fe y bautismo cuando era adolescente, he adorado a Dios y a Cristo, pero, como algunos de los primeros seguidores de Jesús, también he dudado. Mucho.

Como he dicho en la introducción, mi camino de fe comenzó a los quince años, cuando caminé por el pasillo de una iglesia bautista del sur en Muskogee, Oklahoma, cogí al predicador de la mano y le dije: «Quiero ser salvo».

Durante varios años después de aquella experiencia, creí en Dios, en Cristo y en la Iglesia, sin dudas ni preguntas. Pero ese bendito estado de certezas no se mantuvo. En los años y décadas que siguieron, luché con una duda tras otra mientras lentamente (y a menudo dolorosamente) me despedía de los siguientes principios de la religión tradicional:

- Perdí la fe en una Biblia Literal
- Perdí la fe en la Iglesia Evangélica
- Perdí la fe en las Doctrinas Tradicionales
- Perdí la fe en la Providencia de Dios
- Perdí la fe en la Religión Institucional
- Perdí la Fe en un Dios Tradicional
- Perdí la Fe en mi Vocación Ministerial

La historia continúa.

Capítulo 1

Perdí la Fe en una Biblia Literal

Después de mi bautismo en una iglesia evangélica conservadora a la edad de quince años, hice exactamente lo que mi iglesia me dijo que hiciera. Leía la Biblia todos los días y la tomaba al pie de la letra. Y lo que leí me preocupó profundamente. Descubrí que en las «Sagradas Escrituras» Dios aprueba la esclavitud, ordena el genocidio, oprime a las mujeres, tortura a los no creyentes, provoca catástrofes, condena a los homosexuales y se involucra en muchos otros comportamientos sub-cristianos muy preocupantes.

¿Qué clase de Dios haría estas cosas?

Por ejemplo, me mortificó la historia de un hombre que recogía ramas en sábado. En respuesta a esta infracción trivial, «Yahveh dijo a Moisés: “Ese hombre morirá”...» Toda la congregación lo sacó fuera del campamento y lo apedrearon a muerte, tal como Yahveh había ordenado» (Núm. 15: 35-36). Aunque han pasado más de cincuenta años desde que leí por primera vez esa inquietante historia, todavía recuerdo que me preguntaba: ¿Qué clase de Dios ético y amoroso haría algo así?

Sentí una repulsión similar cuando leí la historia de un grupo de chicos que se burlaban del profeta Eliseo por ser calvo (2 Reyes 2). ¿Su castigo? Ser despedazados violentamente y comidos vivos por osos salvajes. Se podrían dar cientos de otros ejemplos profundamente perturbadores. Aun así, leía fielmente mi Biblia todos los días, de principio a fin, y concluía con Jesús masacrando violentamente a legiones de personas durante el fin de los tiempos en el libro del Apocalipsis. Aunque sólo era un adolescente y un cristiano novato, instintivamente sabía que algo no iba bien.

Después de leer la Biblia de cabo a rabo, hablé con mi pastor sobre mis luchas. Sin embargo, me dijo que para ser cristiano tenía que creer en una Biblia «inerrante e infalible». Según él, no había ninguna otra opción. Me citó el dicho: «Dios lo dijo, yo lo creo, con eso está todo dicho». Pero no estaba claro, al menos para mí. El verano antes de irme a la universidad, escribí en mi diario: «Si tengo que tomarme todo lo que dice la Biblia al pie de la letra, no puedo ser cristiano, y desde luego no puedo ser pastor».

El Profesor Universitario Que Salvó Mi Fe

Por suerte, pronto descubrí que no tenía que elegir entre creer en la Biblia literal o abandonar mi fe. Durante mi primer año en la universidad, mi profesor de religión enseñó a sus alumnos que la Biblia, aunque inspirada por Dios, es un documento humano. Dijo a nuestra clase: «La Biblia la escribieron personas, no Dios. Y la escribieron de acuerdo con la visión del mundo de su época, que era un mundo precientífico. Por ejemplo, los escritores bíblicos creían que el mundo era plano y que las enfermedades mentales estaban causadas por demonios».

Entonces mi profesor hizo algo que cambió mi vida para siempre. Escribió en mayúsculas en la pizarra: «AUNQUE DEBEMOS TOMARNOS SIEMPRE LA BIBLIA SERIAMENTE, NO SIEMPRE TENEMOS QUE TOMARLA LITERALMENTE». Aquella tarde escribí en mi diario: «Mi profesor de religión ha salvado hoy mi fe».

Esa anotación no era una exageración. Para mí, las palabras «en serio, pero no literalmente» eran como la zarza ardiente, la división del Mar Rojo y la resurrección de Jesús, todo en uno. Me di cuenta de que, si la Biblia no tenía que tomarse al pie de la letra, no tenía que elegir entre ciencia y fe. Podía creer que Dios creó el mundo, pero que lo hizo a través del proceso de la evolución.

Si la Biblia no tiene que tomarse al pie de la letra, yo no tenía por qué creer que Dios es violento y genocida. En cambio, esa era la idea que los antiguos tenían de Dios antes de que Jesús les enseñara que Dios es amor.

Si la Biblia no tuviera que tomarse al pie de la letra, las mujeres no tendrían que ser ciudadanas de segunda clase. Si la Biblia no debe tomarse al pie de la letra, los no cristianos no están condenados al infierno. Si la Biblia no tiene que tomarse al pie de la letra, las cuestiones éticas candentes de nuestros días, como el aborto, no son blancas o negras, sino grises y ambiguas.

Esta nueva comprensión de la Biblia me resultó absolutamente liberadora. Por supuesto, también me trajo un montón de problemas. Pertenece a una confesión que insistía en una interpretación literal de las Escrituras, lo que me puso en una situación difícil como pastor y como persona y una posición imposible como trabajador en mi denominación.

Finalmente me llevó a abandonar la Convención Bautista del Sur (CBS). Sin embargo, yo no podría haber sobrevivido espiritualmente sin abandonar esta doctrina errónea.

Mala Práctica Teológica

La afirmación errónea de que todo en la Biblia debe tomarse literalmente, incluidos todos los detalles históricos y científicos, es una mala práctica teológica. Decir a la gente que debe creer algo que la integridad intelectual y teológica no puede aceptar auténticamente sólo perjudica a la causa cristiana.

Aunque la creencia en la inerrancia bíblica es exigida por iglesias fundamentalistas como la Convención Bautista del Sur, no es la posición cristiana histórica. De hecho, la Iglesia sobrevivió durante más de mil ochocientos años sin esta creencia tóxica. Apareció por primera vez a finales del siglo XIX como reacción a la ciencia moderna (especialmente la teoría de la evolución) y a la erudición bíblica moderna (llamada «método histórico-crítico»).

Los creyentes conservadores se sintieron amenazados por estos puntos de vista modernos, así que crearon el concepto (no bíblico) de una Biblia «inerrante e infalible» que no podía ser cuestionada por la ciencia o la erudición modernas. Por desgracia, esta visión de las Escrituras es abrumadoramente problemática. Por ejemplo, si todo en la Biblia es literal, entonces:

- La tierra es plana
- La creación tuvo lugar hace seis mil años
- El mundo fue creado en seis días de veinticuatro horas
- Las mujeres son propiedad de los hombres
- La esclavitud está aprobada por Dios
- La poligamia está aprobada por Dios
- Para ganar una apuesta con el diablo, Dios dejó que Satanás matara a los diez hijos de Job
- Dios tiene ataques de ira, celos y violencia, matando a miles de personas en el proceso
- Comer marisco es una abominación para Dios.

- Llevar prendas mezcladas (como algodón/poliéster) enfurece a Dios.

- Las mujeres que menstrúan y los hombres discapacitados no pueden participar en el culto público
- Las personas que practican la homosexualidad deben ser condenadas a muerte
- Una mujer que no sangra en su noche de bodas debe ser lapidada
- Todos los gobiernos, incluso los más opresivos, son establecidos por Dios.
- Dios aprueba el genocidio y con frecuencia ordena a la gente que lo practique
- Las mujeres deben guardar silencio en la iglesia
- Las mujeres deben llevar velo en la iglesia
- Las mujeres deben ser sumisas a los hombres
- Las personas que cometen adulterio deben ser apedreadas hasta la muerte
- La pena por trabajar en sábado es la ejecución
- Los adolescentes descarados deben ser ejecutados.

Los ejemplos anteriores son sólo algunos de los enormes problemas que plantea la inerrancia bíblica. Y esta limitada lista ni siquiera incluye las muchas incoherencias que se encuentran en las páginas de las Escrituras. Literalmente, se podrían dar cientos de ejemplos de inconsistencias bíblicas, incluyendo historias conflictivas de la creación en el libro del Génesis y relatos irreconciliables del nacimiento y resurrección de Jesús. En resumen, interpretar todo literalmente en la Biblia es imposible para los cristianos que piensan.

Un Monumento a la Mala Ciencia y la Mala Teología

Es posible que haya oído hablar del Ark Encounter (Encuentro en el Arca), un parque temático en Williamson, Kentucky, construido en torno a la historia bíblica de Noé y el arca. La atracción principal es una réplica a tamaño natural del arca, de 510 pies de largo, 85 pies de ancho y 51 pies de alto. Por desgracia, el Ark Encounter (Encuentro en el Arca) es un monumento a la mala ciencia, la mala historia, la mala interpretación bíblica y la mala teología.

En su esencia, el Ark Encounter (Encuentro en el Arca) está arraigado en la ideología de la inerrancia bíblica, incluyendo la creencia en el creacionismo de la «tierra joven», la insostenible opinión de que la Tierra sólo tiene seis mil años. Este punto de vista ignora la historia, niega la ciencia, rechaza la evolución e insiste en que la historia de Noé y el

arca se interprete literalmente. Estas creencias plantean problemas insuperables. A continuación, algunos ejemplos:

En primer lugar, no existen pruebas científicas de que la Tierra sufriera alguna vez un diluvio universal, y para creerlo hay que rechazar la geología moderna y otras ramas de la ciencia. Además, ¿cómo es posible que todas las especies vivas del planeta (incluidos los dinosaurios, según el Ark Encounter) fueran colocadas en un barco, aunque fuera grande? Según un análisis científico, una lectura literal de la historia es imposible.

En segundo lugar, el relato del diluvio del Génesis es muy similar a un antiguo mito babilónico que precede a la Biblia. Incluso una lectura casual de las dos historias lleva a la conclusión ineludible de que los israelitas tomaron prestada la historia antigua, la adaptaron y la volvieron a contar según sus propósitos.

En tercer lugar, este texto plantea importantes retos teológicos. Si la historia de Noé ocurrió literalmente, entonces Dios aniquiló a propósito a toda criatura viviente de la Tierra, incluidos niños inocentes, en un brutal diluvio genocida mundial. Esta imagen de Dios es difícil de conciliar con las enseñanzas de Jesús de que Dios ama al mundo, incluidos los seres humanos, incluso los pecadores como el hijo pródigo.

Los relatos bíblicos, incluidos los del libro del Génesis, están llenos de grandes ideas y verdades. Pero se puede creer en las verdades de la Biblia sin creer que la Tierra es plana, que el mundo sólo tiene seis mil años, que las serpientes hablan con la gente o que Noé literalmente colocó dos representantes de cada criatura viviente de la Tierra en un barco.

La Biblia y la Homosexualidad

Soy un gran fan de la serie británica *Grantchester* de la PBS. Es una historia sobre un sacerdote de la Iglesia de Inglaterra que también hace sus pinitos como detective. Uno de los personajes es un coadjutor (ayudante del párroco) llamado Leonard, homosexual en el armario. Cuando el secreto de Leonard sale a la luz, la iglesia lo despide y le retira sus credenciales ministeriales.

En medio de todo ese drama, el compañero de Leonard le dijo: «Trabajas para una institución que te vilipendia».

Trágicamente, eso es lo que ocurre a menudo. En el mundo evangélico, los homosexuales son realmente vilipendiados. Aunque la Iglesia tradicional ha sido más amable con los homosexuales en los últimos años, también tiene un largo historial de discriminación contra la comunidad LGBTQ. Por ejemplo, mi propia UMC ha enseñado (hasta hace poco, en 2024) que «la práctica de la homosexualidad es incompatible con

las enseñanzas cristianas». Se ha infligido un daño masivo a las personas por esta postura hostil. Y todo tiene su origen en el literalismo bíblico. Muchos cristianos afirman que la Biblia condena el comportamiento homosexual y que no debemos ir en contra de la Biblia.

Sin embargo, ya es hora de que la Iglesia admita que este asunto no es tan sencillo como decir: «Porque la Biblia lo dice». La Biblia sólo contiene siete breves pasajes sobre la homosexualidad. Debemos ser extremadamente cuidadosos a la hora de utilizar estos pocos versículos aislados para condenar a todos los homosexuales. Como ya hemos visto, la Biblia tiene cientos de pasajes que afirman la esclavitud, el genocidio, la pena de muerte por infracciones menores, la poligamia y la sumisión de la mujer. Tristemente, esta preocupante lista de comportamientos «bíblicos» sigue y sigue.

La mayoría de los cristianos del siglo XXI ignoran por completo todos estos pasajes, y con razón. Sin embargo, muchos creyentes tradicionales se aferran a un puñado de versículos que desaconsejan la actividad homosexual, que fueron escritos en una época antigua en la que la gente no tenía absolutamente ningún concepto de orientación sexual o identidad de género. Lamentablemente, muchas personas utilizan estos versículos para apoyar los prejuicios contra las personas homosexuales, para discriminarlas tanto en la sociedad como en la Iglesia, y para condenarlas y herirlas brutalmente, todo ello en nombre de la fidelidad bíblica.

En lugar de seleccionar un puñado de pasajes contra las personas LGBTQ, debemos mirar el panorama general de la Biblia, que valora el amor, la misericordia, la gracia y la justicia. Y debemos prestar especial atención a las enseñanzas y el ejemplo de Jesús, que nunca dijo una palabra sobre la homosexualidad, pero sí mucho sobre la compasión y la inclusión. En resumen, este interminable y despiadado ataque de los cristianos contra las personas LGBTQ es un ejemplo más de la práctica abrumadoramente destructiva de tomarse todo lo que dice la Biblia al pie de la letra.

La Biblia en Televisión

Hace unos diez años, vi una serie de televisión llamada La Biblia. Debería haber sabido que me esperaba un problema cuando la serie comenzó con una advertencia que decía: «Los episodios que siguen contienen numerosas representaciones de violencia que podrían no ser apropiadas para los niños»

El episodio 1 comenzó con una hermosa representación de la creación. Sin embargo, rápidamente pasó a la historia del arca de Noé, que, como ya se ha señalado, incluía el genocidio por parte de Dios de toda la vida (vegetal, animal y humana) sobre la faz de la tierra. El primer episodio también incluía la destrucción por Dios de toda la ciudad de Sodoma; la matanza por Dios de todos los primogénitos (y de todo el ganado primogénito) en Egipto; y la aniquilación por Dios de todo el ejército egipcio ahogándolo en el Mar Rojo, a pesar de que sólo obedecían órdenes del faraón.

Los episodios siguientes no mejoraron. Las historias bíblicas que describían representaban a Dios como una insegura y violenta máquina de matar que aniquilaba a cualquiera que violara sus arbitrarias reglas. Y los acontecimientos bíblicos sobrenaturales que representaban eran totalmente increíbles.

Después de varios episodios, dejé de verlo. Escribí en mi diario: «Si tuviera que creer que estas historias bíblicas ocurrieron literalmente, no podría ser cristiano. Este no es el Dios que conozco y en el que creo. Tampoco es el Dios de Jesús. En su lugar, estas historias presentan la imagen de una deidad celosa, mezquina, vengativa, sanguinaria, monstruosa y terrorista que tiene rabietas violentas y acaba con toneladas de gente en el proceso». Concluí el diario preguntando: «¿Cómo es posible que la gente sea literalista? No tiene ningún sentido en absoluto.

“Me Tomo la Biblia Demasiado en Serio Como Para Tomármela al Pie de la Letra”

Aparte de afirmar la fe en Jesús, abandonar la creencia en una Biblia literal es lo mejor que he hecho en mi vida espiritual. Rechazar el literalismo bíblico salvó mi fe y me permitió servir como ministro.

Con la ayuda de mi profesor de la universidad, junto con estudios bíblicos en el seminario y otros lugares, me di cuenta de que las Escrituras no son un libro mágico «inerrante» caído del cielo. Por el contrario, la Biblia (y su complicadísima compilación, grabación, edición y canonización) es un documento totalmente humano, con todas las limitaciones científicas, culturales, éticas y teológicas de su antiguo marco temporal.

Esta idea crucial me permite (a mí y a millones de personas más) apreciar la belleza de las Escrituras, evitando al mismo tiempo los resultados destructivos del literalismo de las escrituras. Y puesto que los cristianos adoran a Dios más que a un libro humano sobre Dios, no se pierde nada rechazando la inerrancia bíblica. En cambio, se gana mucho, incluida la integridad ética, intelectual y teológica.

Como dijo en una ocasión el famoso teólogo del siglo XX Karl Bart: **«Me tomo la Biblia demasiado en serio como para tomármela al pie de la letra».**

Capítulo 2

Perdí la Fe en la Iglesia Evangélica

Hace muchos años, trabajaba como profesor adjunto de culto y predicación en un seminario bautista. Un día, mientras me preparaba para una clase, fui a una tienda de fotocopias y empecé a copiar boletines de culto y sermones para dárselos a mis alumnos.

Un empleado de la tienda se fijó en el material fotocopiado y me preguntó: «¿Es usted ministro?»

«Sí, lo soy», le contesté.

Y él me dijo: «¿Es usted ministro de los bautistas del sur?»

«No», le dije, «pero lo era. Recientemente me he unido a la Iglesia Metodista Unida».

Me miró por un momento con ojos suspicaces y me preguntó: «¿Está divorciado o es homosexual?»

«Ninguna de las dos cosas», le contesté.

Me dijo: «Entonces, ¿por qué cambió de denominación?».

Me lo han preguntado muchas veces a lo largo de los años. La respuesta breve es que perdí la fe en la Iglesia evangélica. A este tema me referiré a continuación.

Las Primeras Dudas

En preparación para escribir este libro, leí todos mis viejos diarios, desde la escuela secundaria hasta el presente. Los diarios me recordaron que albergaba dudas sobre la iglesia evangélica desde el principio. Por ejemplo, como señalé en el capítulo anterior, incluso a los dieciséis años me resultaba imposible creer en el literalismo bíblico. Como expondré en el próximo capítulo, también tuve dudas desde el principio sobre otras creencias evangélicas, incluyendo la doctrina del infierno. Estas dudas de la escuela secundaria solo se agravaron en la universidad y el seminario.

Durante mis años universitarios fui presidente de la Unión de Estudiantes Bautistas. También fui el orador estudiantil del «Equipo de Contacto» patrocinado por la universidad. En esas dos funciones visité un gran número de iglesias bautistas. A

medida que iba de una congregación a otra, me sentía cada vez más incómodo con muchos aspectos de la vida evangélica, como las interminables reuniones de avivamiento, los emotivos llamamientos al altar, la falta de mujeres en el clero, la obsesión por «ganar almas», la falta de conciencia social, la excesiva especulación sobre los fines de semana, el sesgo antiacadémico, el espíritu crítico y la dura teología fundamentalista. Durante mi tercer año en la universidad, escribí en mi diario: «La dura verdad es que la Iglesia Bautista puede no ser un buen partido para mí».

Estas preocupaciones sobre la afiliación confesional se intensificaron durante mis estudios en el Seminario Teológico Bautista del Sur, aunque no a causa de mis estudios. En aquel momento, el STBS era una institución muy respetada, de alto nivel y teológicamente centrista. Allí recibí una educación excelente, por la que todavía estoy agradecido. Sin embargo, durante mi estancia en el seminario, a principios de la década de 1980, la toma de control fundamentalista de la Convención Bautista del Sur estaba en pleno apogeo. La angustia en el campus era palpable. Los profesores se sentían angustiados y vulnerables. Y a los estudiantes progresistas como yo nos preocupaba nuestro futuro. Casi al final de mis estudios, escribí en mi diario: «Si los fundamentalistas ganan esta guerra, no tendré futuro en la CBS». Por desgracia, resultó ser profético.

Sentirse Fuera de Lugar

Al graduarme en el seminario, conseguí un excelente puesto pastoral en una iglesia de Arkansas con un buen número de feligreses. A pesar de mi juventud e inexperiencia, la congregación me quiso y apoyó generosamente. Prosperé en ese entorno, tanto personal como profesionalmente, junto con la iglesia, que experimentó un crecimiento significativo durante mi mandato. Sin embargo, a pesar de los muchos aspectos positivos, seguía preguntándome si encajaba bien en la iglesia Bautista.

Por ejemplo, en mi idealismo juvenil, creía que las iglesias debían ser la conciencia social de su comunidad. Tenía grandes esperanzas (aunque ingenuas) de que mi iglesia y mi denominación abrazaran con entusiasmo el espíritu del Evangelio Social.

Desgraciadamente, pronto descubrí que la gran mayoría de los evangélicos no compartían ese entusiasmo.

Cuando dirigí una sesión dominical sobre el tema «La guerra y el cristiano», que incluía una visión general del pacifismo y la teoría de la guerra justa, uno de nuestros miembros se quejó de que no estaba predicando la Biblia. Me llamó «un liberal vestido de conservador».

Unos meses más tarde, hablé en una reunión confesional sobre la responsabilidad de la Iglesia de cuidar la creación de Dios. No fue bien recibida. Al término de la sesión, numerosos pastores me abordaron y me dijeron en términos inequívocos que «a Dios no le importa salvar árboles. A Dios sólo le importa salvar almas». Esa noche escribí en mi diario: «No soy como los otros pastores de por aquí. No hablo el mismo idioma que ellos. A veces me siento como un extraterrestre de otro planeta. Me pregunto si podré sobrevivir en este ambiente a largo plazo».

En mi siguiente reunión denominacional, habló un líder nacional de la Mayoría Moral, cuya ideología extrema y rabioso partidismo me preocuparon profundamente. Escribí en mi diario: «Jerry Falwell y la Mayoría Moral han adoptado una plataforma conservadora de extrema derecha y la han bautizado como la postura cristiana. Irónicamente, su visión de la Iglesia viola prácticamente todas las enseñanzas de Jesús. Si este peligroso movimiento se afianza en la Convención Bautista del Sur, soy hombre muerto». Por desgracia, en pocos años, esa preocupación se hizo realidad.

Siguieron apareciendo otras señales de advertencia sobre mi viabilidad en la iglesia bautista. Por ejemplo, cuando quise que la iglesia contratara a una pastora asociada, uno de nuestros miembros más conservadores (un antiguo predicador bautista) se puso hecho una furia. Dijo a los diáconos: «Es obvio que el pastor Martin no cree en la inerrancia bíblica porque rechaza las claras enseñanzas de las Escrituras contra las pastoras». También me acusó de practicar la «comunión abierta», lo que violaba las reglas de la Convención Bautista de Arkansas. Y tenía razón. Yo daba la bienvenida a todos a la mesa de Cristo, a pesar de la regla equivocada que lo prohibía. También se quejó de que yo «no hacía suficientes llamados al altar, nunca predicaba sobre el infierno, no programaba suficientes reuniones de avivamiento, no era un ganador de almas y era demasiado liberal para ser un predicador bautista».

Afortunadamente, este tipo de críticas rara vez se produjeron durante mi primer pastorado. E incluso cuando ocurrían, no parecían hacer mella en mi fuerte apoyo entre la congregación. Sin embargo, estas primeras experiencias me hicieron dudar cada vez más de mi lugar en el mundo evangélico.

Esas dudas aumentaron exponencialmente durante mi segundo pastorado. Por ejemplo, cuando mi iglesia organizó un servicio comunitario de Acción de Gracias, invité a las iglesias negras junto con las blancas. Varios líderes de mi congregación protestaron con vehemencia y un grupo de ellos acudió a mi despacho para exigirme que los “des invitara”. Aunque rechacé hacerlo, pagué un alto precio por esa decisión. Esa inquietante interacción, junto con muchas otras, me abrió los ojos a los profundos prejuicios raciales que existen en muchas iglesias evangélicas del Sur. Aunque el racismo entre los feligreses no es exclusivo de los conservadores del Sur, la historia y la cultura del evangelicalismo proporcionan un terreno fértil para él.

Ante este tipo de experiencias desconcertantes, cada vez me sentía más fuera de lugar en la iglesia bautista y en la comunidad evangélica en general. Como escribió mi asesor de doctorado en el ministerio en su evaluación final de mi trabajo de doctorado: «Martin está fuera de lugar en la corriente principal de la vida bautista». No se equivocaba. Y lo peor estaba por llegar.

El Vaticano Bautista

A pesar de mis dudas confesionales, cada vez estaba más integrado en el ecosistema bautista. Fui pastor de grandes iglesias, obtuve un doctorado en un seminario bautista, formé parte de los consejos de numerosas instituciones bautistas, publiqué un gran número de artículos y libros en la editorial bautista y era un orador habitual en los círculos bautistas. Todo ello me consiguió un trabajo siendo muy joven en la sede de la confesión en Nashville, Tennessee, que mis amigos llamaban «el Vaticano Bautista».

Durante cuatro años trabajé en la Convención Bautista del Sur como editor nacional de alabanza y predicación, autor, consultor, director de conferencias y profesor. Me encantaba el trabajo y esperaba quedarme mucho tiempo. Pero era imposible ignorar el tamborileo del fundamentalismo. Como escribí en mi diario: «Por fin tengo el trabajo de mis sueños, y los fundamentalistas lo amenazan».

Es difícil describir adecuadamente mi experiencia en el trabajo confesional. Por un lado, sentí constantemente una alegría vocacional abrumadora. Produje revistas y libros útiles para el cuerpo pastoral y los líderes laicos, viajé por todo el país dirigiendo talleres, escribí extensamente y disfruté de amistades significativas con colegas. Al cabo de un año, escribí en mi diario: «Este es el mejor trabajo que he tenido en mi vida. Me encanta, estoy bien preparado para él y me dicen que sobresalgo en él».

Por otra parte, asistí en primera fila al despiadado movimiento fundamentalista que parecía empeñado en destruir la CBS, todo en nombre de la defensa de la Biblia frente al liberalismo. Todas las instituciones eran atacadas. Por ejemplo, numerosos profesores de seminarios fueron expulsados, despedidos directamente o dimitieron en señal de protesta, incluida la dimisión de un gran número de profesores del seminario al que yo había asistido. Según mi diario, representó «la última descarga del inodoro de un seminario antaño grandioso».

Los editores de *Baptist Press* fueron despedidos por informar de noticias precisas que los fundamentalistas no querían que se publicaran. El presidente de la Junta de Misiones Extranjeras también cayó, junto con varios presidentes de seminarios. La purga fundamentalista de los llamados «liberales» se convirtió en un gran baño de sangre. Y los arquitectos del movimiento no habían hecho más que empezar. Como me dijo un importante actor denominacional: «La CBS tal como la conocíamos ha desaparecido irremediamente».

La institución para la que trabajaba (la Junta de Escuelas Dominicales Bautistas) no se salvó. Surgieron rumores de que los administradores planeaban deshacerse de nuestro presidente, lo que puso nerviosos a todos. Se presionó a los redactores, incluido yo, para que utilizaran escritores fundamentalistas. El director de mi departamento me informó de que varios administradores se quejaron de que mi revista «no era lo bastante conservadora». Nos enteramos por una fuente interna fiable de que los fundamentalistas tenían una «lista negra» de redactores a los que pensaban despedir, y me pregunté si yo estaba en ella.

Cuando los administradores se reunieron para despedir a nuestro presidente bajo acusaciones falsas de ser liberal, yo, junto con muchos otros empleados, asistí a la reunión. Los miembros fundamentalistas del consejo lanzaron acusaciones viciosas y falsas contra este hombre amable y capaz que había entregado su vida al servicio fiel de la denominación. Después de obligarle a aceptar la jubilación anticipada, el presidente del consejo tuvo la desfachatez de decir: «Esta noche se ha hecho la voluntad de Dios». Un gemido colectivo de los empleados llenó la sala. A continuación, invitó a todos a unirse en oración. Muchos de los asistentes, entre los que me encontraba, se marcharon indignados.

Ese mismo año, un ultraderechista fue investido nuevo presidente. Los principales líderes del movimiento fundamentalista intervinieron en el acto. Cantó el coro de una iglesia de extrema derecha. Durante el servicio, el nuevo presidente dijo: «La inerrancia bíblica es el camino que hemos tomado». Al terminar la ceremonia, mi mejor amigo me miró, con lágrimas de dolor rodando por su rostro. Dijo: «Será mejor que preparemos nuestros currículos».

A la mañana siguiente, le dije a mi supervisor que no veía ningún futuro en el trabajo confesional y que empezaría a buscar un buen pastorado de inmediato. Entonces, en un momento extremadamente emotivo, le dije: «Odio absolutamente dejar un trabajo que amo tanto». Me dijo: «El trabajo ya no existe, Martin. Los fundamentalistas te lo han quitado».

El Adiós Definitivo

Varios meses después renuncié al «Vaticano bautista» y acepté un gran pastorado bautista en Honolulu. Sin embargo, mis días como evangélico estaban contados. Por ejemplo, cuando prediqué un sermón sobre la gestión medioambiental titulado «Cuidar el jardín de Dios», media docena de miembros abandonaron airados el santuario. La semana siguiente recibí varias cartas mordaces acusándome de «predicar sobre temas sociales en lugar de predicar el Evangelio».

Un domingo, después de predicar sobre el tema de la duda religiosa, nuestro tamborilero renunció en el acto, diciéndome: «Usted es un liberal, y no predica la palabra». Unos meses más tarde, durante la Escuela Bíblica de Vacaciones, la directora me preguntó por qué no había programado un servicio evangelístico para los niños, como recomendaba el currículo de la denominación. No le gustó la respuesta.

Después de que nuestra congregación, mayoritariamente moderada, ordenara a una mujer ministra, varios pastores bautistas del estado empezaron a tratarme como al Anticristo. Y cuando se supo que uno de los miembros de nuestro personal (que pastoreaba nuestra congregación satélite) era gay, tuve que despedirlo inmediatamente. Bajo ninguna circunstancia una iglesia bautista del sur, ni siquiera una moderada, podía retener a un pastor abiertamente homosexual. Esa experiencia me rompió el corazón.

Aunque mi postura sobre la homosexualidad aún estaba evolucionando en aquel momento, sabía que la postura bautista de línea dura contra los homosexuales era injusta y no quería seguir formando parte de esa discriminación.

Casi al final de mi estancia en Hawaii, recibí una oferta para trabajar como asesor de predicación y culto en una convención estatal bautista. También recibí una oferta de trabajo como editor del periódico bautista de otra convención estatal. En la época anterior a la toma de control fundamentalista de la Convención Bautista del Sur, habría aprovechado cualquiera de las dos oportunidades. Pero dadas las nuevas realidades, esas opciones ya no eran viables. Como escribí en mi diario: «La toma del poder por los fundamentalistas acabó con mi carrera».

Aunque seguía disfrutando surfeando las olas de la playa de Waikiki, de vuelta en el continente, la demolición fundamentalista de la CBS continuaba sin cesar. Una distorsión cruel, arrogante, partidista y tóxica del cristianismo controlaba ahora la denominación. No habría vuelta atrás.

Unas semanas antes de renunciar a mi pastorado en Honolulu, mi esposa me dijo: «Lamento todo el dolor por el que estás pasando. Pero estoy lista para dejar atrás este drama de la CBS y seguir adelante con nuestras vidas». Tras veinticuatro años como bautista, doce de ellos como ministro ordenado a tiempo completo, había llegado el momento de decir adiós a la Convención Bautista del Sur.

Sin Segundas Intenciones

Aunque dejar la iglesia evangélica me resultó extraordinariamente doloroso y costoso, nunca me he arrepentido de haberlo hecho. Como le gusta decir a mi buen amigo (un antiguo ministro de música de la CBS), siempre con una sonrisa pícaro y en un juguetón espíritu de hipérbole: «Prefiero comer vidrio que volver a la iglesia bautista».

Aunque mi amigo aprecia muchas cosas de su herencia evangélica, se alegra de estar fuera. Coincido con él. Desde que abandoné la Convención Bautista del Sur a mediados de la década de 1990, mi decisión de irme se ha confirmado una y otra vez. Tristemente, tan mal como estaban las cosas entonces, han empeorado exponencialmente.

Por ejemplo, varios años después de que yo dejara la CBS, cambiaron su declaración de fe y ahora insisten en que las mujeres deben «someterse con gracia» a sus maridos. Durante sus reuniones anuales de 2023 y 2024, expulsaron a varias iglesias, incluida una de las más grandes, por tener mujeres ministras en su personal. Y en los últimos años nos enteramos de que el Comité Ejecutivo de la CBS ignoró y luego encubrió un gran número de casos de abuso sexual del clero.

La CBS también se ha replegado sobre la inerrancia bíblica. Durante un debate sobre las mujeres en el ministerio, un líder bautista clave afirmó que «Dios no puede llamar a una mujer a predicar porque Dios está obligado por las Escrituras, que prohíben las mujeres predicadoras». Esta posición extrema de que el Espíritu eterno del universo está «limitado por las Escrituras» (escritas por mortales defectuosos hace miles de años con cosmovisiones arcaicas) es un caso vívido de bibliolatría, donde se adora a la Biblia en lugar de a Dios.

Desde mi partida, la CBS se ha vuelto aún más partidista de lo que era antes. Por ejemplo, un líder bautista dijo recientemente: «Es prácticamente imposible ser demócrata y cristiano a la vez. No creo que pueda hacerse». Como cristiano y demócrata, encuentro esta afirmación muy ofensiva.

Por supuesto, este tipo de problemas no sólo existen en la Convención Bautista del Sur, sino también en el mundo evangélico en general. Por ejemplo, en los últimos años, los evangélicos han intensificado agresivamente su hostilidad contra la comunidad LGBTQ. En una reciente manifestación evangélica contra LGBGTQ, un participante lleno de odio y rabia mostró un gran cartel que decía «LGBT = Que Dios Los Queme». (“LGBT = Let God Burn Them.”)

Durante la pandemia, un gran número de evangélicos se negaron a interrumpir los servicios de culto presenciales y muchos de ellos cuestionaron la seguridad y eficacia de las vacunas. Cada vez más, el mundo evangélico comparte teorías conspirativas anticientíficas desde sus púlpitos y en las redes sociales, haciendo del mundo un lugar más peligroso.

El peor fracaso de la iglesia evangélica en los últimos años es su abrumador e inflexible apoyo a Donald Trump, que viola todos los valores que dicen tener, incluyendo el carácter, la decencia, la fidelidad conyugal, decir la verdad, los valores familiares, la piedad cristiana, la dedicación a Cristo y la preservación de la democracia. Por alguna razón aterradora, los evangélicos adoran su odio. Para mí, esta adulación casi de culto al presidente más anti-Jesús de la historia de Estados Unidos fue la gota que colmó el vaso de la credibilidad evangélica.

Por ejemplo, muchos de los mismos líderes evangélicos que condenaron ferozmente a Bill Clinton por sus indiscreciones sexuales defendieron ferozmente a Donald Trump por conductas sexuales mucho peores, como jactarse de agarrar a mujeres por los genitales, pagar a una actriz porno por su silencio y ser declarado civilmente responsable por un jurado de sus colegas por cometer agresión sexual. La hipocresía es asombrosa. Los evangélicos no sólo han destrozado su propia marca, sino que también han causado un daño irreparable a todo el testimonio cristiano, incluyendo el alejamiento de millones de personas, especialmente jóvenes, de la fe cristiana.

Creo que el apoyo evangélico a Donald Trump pasará a la historia como uno de los peores fracasos de la Iglesia estadounidense. Y para que no piense que estos comentarios son políticos, puedo asegurarle que no tienen nada que ver con la política partidista y todo que ver con la ética cristiana.

Por desgracia, se podrían mencionar muchos más ejemplos de fracasos evangélicos, como la demonización de los inmigrantes, los prejuicios contra los musulmanes, el fomento del nacionalismo cristiano blanco, el apoyo a los líderes autoritarios, el desprecio deliberado del ejemplo y las enseñanzas de Jesús, y un espíritu general de ira, miedo, negatividad y prejuicios egoístas.

En resumen, el evangelicalismo se ha convertido en una fuerza muy negativa, que causa un gran daño a la fe cristiana, a la Iglesia estadounidense y al bien común de la humanidad. En palabras de Obery Hendricks Jr., la fe evangélica en Estados Unidos se ha convertido en «Cristianos contra el Cristianismo».

Sin embargo, eso no significa que piense que todos los evangélicos son malos. No lo creo. Y no significa que no aprecie mi herencia evangélica. Pero eso no cambia el hecho de que la Iglesia evangélica en Estados Unidos perdió su rumbo hace mucho tiempo.

Por eso, en el verano de 1994, vendí mis tablas de surf, renuncié a mi pastorado baptista del Sur en Honolulu, y dejé el mundo evangélico para siempre.

[Para más reflexiones sobre la pérdida de fe en la Iglesia evangélica, véanse: [Why I Left Conservative Evangelicalism](#), [The Toxic Evangelical Variant](#), [Providing an Alternative to Toxic Religion](#), [The Antidote to Mean Christianity](#), [My Last Visit to a Southern Baptist Church](#), [Pro-Life?](#), and [How the Religious Right Gets It Wrong and What to Do about It.](#)]

Capítulo 3

Perdí la Fe en las Doctrinas Tradicionales

Recientemente recibí un airado correo electrónico de un descontento lector de mi periódico local, que se oponía a mi columna sobre el mezquino acoso del cristianismo conservador a la comunidad LBGTQ. Entre otras cosas decía: «Eres un hereje y arderás en agonía para siempre en el infierno del diablo». Esto no es nada nuevo. A muchos evangélicos de mi ciudad, extremadamente roja (republicana), no les gustan mis artículos progresistas en la página de religión. Oigo todo el tiempo de gente que, como este hombre, piensa que soy un hereje condenado al infierno.

Estoy de acuerdo y en desacuerdo con esta afirmación. No estoy de acuerdo con la afirmación de que arderé para siempre en el infierno, como explicaré dentro de un momento. Pero estoy de acuerdo en que soy algo así como un hereje, que Google define como «una persona que difiere en opinión del dogma religioso establecido». Según esa definición, me considero un hereje y casi siempre lo he sido. Desde mis primeros años como cristiano, he sido incapaz de creer en un gran número de doctrinas tradicionales. Lo que me lleva de nuevo al tema del infierno.

Perder la Fe en el Infierno

Un año después de mi afirmación de fe y bautismo, varios de mis amigos del grupo juvenil y yo asistimos a una reunión de avivamiento en una congregación hermana. Allí escuché mi primer sermón de «fuego del infierno y condenación».

El evangelista predicó a partir de la parábola de Lázaro y el hombre rico. En lugar de predicar sobre el tema de la parábola -la compasión por los pobres y marginados- se centró en el tormento eterno en el infierno. Durante casi una hora, habló del horrible castigo de fuego eterno que esperaba a todos los que no aceptaran a Jesús como Señor y Salvador.

Concluyó con una larga historia sobre un hombre que quedó atrapado en su coche durante un accidente. Antes de que los socorristas pudieran liberarlo de los restos, su coche se incendió y murió gritando en una agonía insoportable mientras las llamas lo envolvían. Ese destino, dijo el predicador, espera a todas las personas que mueren sin fe en Jesús. La diferencia es que su dolor será eterno, no temporal.

Mientras volvíamos a casa después de la reunión de avivamiento, descubrí que mis amigos, al igual que yo, se sentían profundamente perturbados por el sermón. Sin embargo, sus preocupaciones eran muy distintas de las mías. Se preocupaban por el destino eterno de sus amigos perdidos y pensaban cómo salvarlos de las llamas del infierno. Yo, en cambio, me sentía traumatizado por la idea de un Dios cruel, vengativo, vil, psicópata y sádico que torturaba eternamente a la gente por sostener doctrinas erróneas sobre Jesús. Incluso a los dieciséis años, sabía que no podía amar y servir a un Dios tan violento y despiadado. Así que, en lugar de rechazar mi fe, rechacé la creencia en un infierno literal. Y aunque ese instinto teológico se basaba en una emoción visceral juvenil, ha resistido la prueba del tiempo, el debate, la reflexión teológica y la erudición bíblica.

Perder la Fe en la Salvación Exclusiva

No sólo dudaba de la doctrina del infierno; también cuestionaba el concepto de salvación exclusiva, la creencia de que una persona sólo puede salvarse por la fe en el Jesús histórico. Hablaba un misionero de otro país. Nos dijo que era imperativo que enviáramos más misioneros a todo el mundo porque las personas que no aceptaban a Jesús como su Señor y Salvador estaban perdidas y no tenían esperanza de salvación en esta vida ni en la siguiente.

Le pregunté al misionero: «¿Qué pasa con la gente que nunca ha oído hablar de Cristo? «

Me contestó: "Morirán, perdidos en sus pecados, y pasarán la eternidad separados de Dios en el infierno del diablo»

«Le dije: "Está de broma".

Pero no bromeaba. Y aunque no le desafié, no me lo creí.

Una Historia de Herejía

Este tipo de «herejía» continuó durante mis años en la Convención Bautista del Sur. No estaba de acuerdo con su «dogma religioso establecido» en todo momento. Como ya se señaló en el capítulo 1, no creía en una Biblia literal. Como ya se ha dicho, no creía en el infierno ni en la salvación exclusiva. Y la lista de creencias heréticas seguía y seguía.

Por ejemplo, no creía en una creación literal de seis días. No creía que la Tierra tuviera sólo seis mil años. No creía que las mujeres debieran someterse a los hombres. No creía que las mujeres no pudieran servir como ministros. No creía en el «rpto». No creía que los demócratas no pudieran ser cristianos. No creía que el aborto fuera una cuestión de blancos y negros. Y no creía que los homosexuales fueran una abominación para Dios. Es increíble que haya durado tanto en la Iglesia Bautista.

Aunque abandonar la Convención Bautista del Sur y unirme a la Iglesia Metodista Unida me hizo menos hereje, no eliminó todas mis tendencias heréticas. Por ejemplo, tenía serias dudas sobre el nacimiento virginal, la ascensión, los milagros sobrenaturales, el cuidado providencial de Dios, la segunda venida, el rechazo de las relaciones entre personas del mismo sexo y otras muchas creencias tradicionales, incluida la doctrina de la expiación sustitutiva por la sangre, como explica la siguiente historia.

Perder la Fe en la Expiación de Sangre

Unos diez años después de convertirme en ministro metodista unido, durante un servicio religioso combinado de Jueves Santo y Viernes Santo, conté una historia real del Holocausto. Se trataba de un sargento del ejército polaco llamado Franciszek Gajowniczek y un sacerdote franciscano llamado Maximiliano Kolbe.

En febrero de 1941, los nazis encarcelaron a Maximiliano Kolbe en Auschwitz. A pesar de la brutalidad del infame campo de concentración, el padre Kolbe vivió el espíritu de Jesús, compartió su comida, abandonó su litera y rezó por sus captores. Pronto se ganó el apodo de «el santo de Auschwitz».

En julio de ese mismo año, un prisionero escapó del campo. La política de Auschwitz era matar a diez prisioneros por cada uno que se escapaba. A la mañana siguiente, los guardias reunieron a los prisioneros en el patio. El comandante seleccionaba diez nombres al azar del libro de lista. Todos sabían que si oían su nombre significaba su sentencia de muerte.

El comandante empezó a pronunciar los diez nombres. A cada selección, otro prisionero se adelantaba para completar el siniestro cupo. El décimo nombre pronunciado fue Franciszek Gajowniczek. Al oír su nombre, el condenado Gajowniczek comenzó a sollozar. «Mi mujer y mis hijos», lloraba.

Los guardias oyeron movimiento entre los prisioneros. Levantaron sus rifles. Los perros se pusieron tensos, esperando una orden de ataque. Un prisionero se abrió paso hasta el frente. Era el sacerdote Maximiliano Kolbe. No mostraba miedo en su rostro, ni vacilación en su paso. El guardia le gritó que se detuviera o sería fusilado. «Quiero hablar con el comandante», dijo con calma. El padre Kolbe se detuvo a unos pasos del comandante, se quitó el sombrero y miró al oficial alemán a los ojos.

«Herr Comandante, deseo hacerle una petición. Quiero morir en el lugar de este prisionero». Luego señaló al sollozante Gajowniczek. «No tengo mujer ni hijos. Además, soy viejo y no sirvo para nada. Él está en mejores condiciones». «¿Quién es usted?», preguntó el oficial. «Un sacerdote católico». Toda la multitud se quedó atónita; el comandante, inusualmente mudo. Al cabo de un momento, ladró: «Petición concedida».

Franciszek Gajowniczek dijo más tarde: «A los prisioneros nunca se les permitía hablar. Así que sólo podía darle las gracias con los ojos. Apenas podía comprender lo que estaba pasando. La inmensidad de aquello. Yo, el condenado, iba a vivir; y otra persona ofrecía de buena gana y voluntariamente su vida por mí, un completo desconocido».

Gajowniczek sobrevivió al Holocausto. Después de la guerra regresó a su pueblo natal en Polonia. En el patio de su casa colocó una placa que talló con sus propias manos. En ella se lee: «Un homenaje a Maximillian Kolbe, el hombre que murió para que yo pudiera vivir».1

Después de la historia, comparé brevemente el sacrificio de Maximiliano Kolbe con la muerte de Jesús en la cruz. «Como el sacerdote», dije, “Jesús murió en nuestro lugar, para pagar el precio de nuestro pecado”. Cantamos el viejo himno “Cuando contemplo la maravillosa cruz”. Luego celebramos la Santa Comunión. Aunque el servicio fue bien, me sentí incómodo.

Después del culto, fui a mi despacho a guardar mi ropa clerical. Aunque no entendía muy bien por qué, mi malestar iba en aumento. Me senté en mi escritorio y repasé mentalmente el servicio religioso, especialmente la historia del sacerdote. Parecía una metáfora adecuada de la muerte expiatoria de Cristo por nosotros. Pero todavía había algo que no encajaba. La historia me atormentaba. Durante años había luchado en silencio con la teología de la expiación: la creencia de que Jesús murió en nuestro lugar para pagar el castigo por nuestros pecados. Pero, por lo general, ignoraba mis reservas. Al fin y al cabo, el sacrificio de sangre sustitutiva era el núcleo de la ortodoxia cristiana, al menos en mi tradición religiosa. Pero esta noche la lucha llegó a un punto crítico.

Todavía sentado en mi escritorio, volví a reflexionar sobre la historia del sacerdote del Holocausto. Me pregunté: «En esta metáfora, ¿quién es la figura de Dios?». Dios no estaba representado por el amoroso sacerdote. En cambio, Maximiliano Kolbe representaba a Jesús, que entregó su vida amorosa y voluntariamente. Así que volví a preguntarme: «¿Dónde está Dios en esta historia?». Y entonces, en un momento de escalofriante conciencia, me di cuenta de quién era en realidad la figura de Dios.

En mi uso metafórico de esta historia, Dios Padre estaba representado por el comandante nazi de Auschwitz, que exigía sangre, sufrimiento y muerte por un comportamiento que consideraba inaceptable. Aquello me dejó atónito. Por fin me di cuenta de que detrás de la teología, liturgias, oraciones, canciones e himnos de la cristiandad, omnipresentes en todo el mundo, de que Jesús «murió por nuestros pecados» se escondía una deidad sedienta de sangre, iracunda y vengativa, que exigía una libra de carne para pagar el precio del pecado humano.

Eso, por supuesto, es exactamente lo contrario del espíritu de Jesús. Mientras los soldados romanos lo ejecutaban brutalmente en la cruz, no rezó: «Padre, véngame». En cambio, Jesús rezó: «Padre, perdónalos». Mientras reflexionaba sobre esta verdad, me preguntaba: ¿Cómo puede conciliarse esta imagen perturbadora de un Dios vengativo con la creencia de Jesús en un Dios todo amor, todo misericordia y todo perdón? La respuesta era asombrosamente clara. No es posible.

Esa fue la noche en que dejé de creer en la expiación sustitutiva por la sangre. Esa fue la noche en que decidí no volver a cantar: «Hay una fuente llena de sangre, extraída de las venas de Emmanuel; / y los pecadores, sumergidos bajo ese torrente, pierden todas sus manchas culpables». Esa fue la noche en que rechacé la teología de la expiación sustitutiva de una vez por todas.

No es Divertido Ser un Hereje

Hace varios años escribí un artículo en el que cuestionaba la doctrina de la expiación por la sangre. Titulé el artículo «La noche que dejé de creer en la expiación sustitutiva por la sangre». El artículo sostenía que, si bien la metáfora de la expiación por la sangre tenía sentido en un mundo antiguo que practicaba el sacrificio de animales, en la era moderna resultaba teológicamente ofensivo pensar que Dios exigía el sacrificio sangriento de su Hijo para perdonar a la humanidad. Afirmé que la expiación con sangre era un abuso infantil divino, ni justicia ni amor divinos. Pregunté a mis lectores: «¿Cómo podemos amar, adorar y servir a un Dios tan violento, despiadado y vengativo?». En resumen, defendí que ya es hora de que los cristianos del siglo XXI rechacen esta teología burda y bárbara.

El artículo no gustó a mucha gente. De hecho, un grupo conservador de la Iglesia Metodista Unida utilizó el artículo como ejemplo de la creciente herejía en la denominación. Recibí correos electrónicos airados de metodistas conservadores que exigían que reconociera mi herejía. Pero no pude ni quise hacerlo. En lugar de eso, me mantuve firme con el artículo.

No disfruto siendo un hereje. Todo lo contrario. Mis dudas sobre el «dogma religioso establecido» me han causado un enorme dolor a lo largo de los años, tanto personal como profesionalmente. No elijo tener tantas dudas, y ojalá no las tuviera. Parece que es mi forma de ser. Por alguna razón, veo las creencias religiosas a través de los ojos de las personas no religiosas. Y visto desde esa perspectiva, muchos de los «dogmas religiosos establecidos» parecen realmente extraños.

Por ejemplo, el cristiano evangélico conservador convertido en ateo Seth Andrews describió una vez la religión cristiana como «historias sobre un antiguo super bebé concebido mediante sexo fantasmal y nacido de una virgen con el propósito de que la magia de sangre rescatara a la humanidad de una cámara de tortura que Dios mismo había creado». Aunque esa cita probablemente ofendería a la mayoría de los cristianos, incluyéndome a mí, puedo empatizar con su escepticismo.

Desde el principio de mi andadura cristiana hasta hoy, he dudado de las doctrinas tradicionales y de las instituciones religiosas. Supongo que por eso mis tres pasajes favoritos de las Escrituras son:

«Señor, yo creo; ayuda mi incredulidad» (Marcos 9:24),

«Pero algunos dudaron» (Mateo 28:17),

«Ten piedad de los que dudan» (Judas 22).

Desgraciadamente, hace unos cinco años, mis tendencias heréticas se volvieron intolerables: en lugar de dudar de doctrinas cristianas secundarias como el infierno y la expiación de la sangre, me encontré luchando con algunos de los principios básicos (muchos dirían esenciales) del cristianismo ortodoxo histórico. Estos incluían la creencia en un Dios personal, sobrenatural y teísta y en un Cristo divino, que se tratará más adelante en este libro.

Estas incesantes dudas heréticas sobre las doctrinas tradicionales fundamentales llegaron finalmente a un punto culminante que puso fin prematuramente a mi carrera ministerial. En la introducción de este libro, les hablé de un sueño que me cambió la vida y me obligó a admitir que ya no podía mantener el equilibrio en el trabajo eclesial. Lo que no mencioné es lo que ocurrió dos días después.

19 Por ciento Cristiano

El sueño sobre la iglesia con el tejado a dos aguas (relatado en la introducción) ocurrió un miércoles por la noche. Al día siguiente, el jueves por la mañana, hablé con mi mejor amigo sobre el sueño. Como ya he dicho, al final de nuestra conversación me hizo la difícil pregunta: «¿Qué vas a hacer al respecto?». Al día siguiente, viernes, era mi día libre, así que aproveché la oportunidad para hacer un serio examen de conciencia teológico, espiritual y vocacional.

Fui a mi estudio, saqué un bloc de notas y escribí las palabras del antiguo Credo de los Apóstoles, que los cristianos recitan a menudo en los cultos públicos. Muchos cristianos creen que este credo histórico del siglo IV contiene los principios básicos no negociables del cristianismo. Llevaba meses planeando hacer este ejercicio teológico, pero lo iba retrasando, temeroso de los resultados. Pero aquel día, tras mi sueño y la conversación con mi mejor amigo, por fin me armé de valor.

Dividí cuidadosamente las antiguas palabras en las siguientes veintiuna afirmaciones de fe:

1. Creo en Dios
2. El Padre
3. Todopoderoso
4. Creador del cielo y de la tierra
5. Y en Jesús
6. Cristo
7. Su único Hijo
8. Nuestro Señor
9. Que fue concebido por el Espíritu Santo
10. Nacido de la Virgen María
11. Padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado
12. Al tercer día resucitó de entre los muertos
13. Subió al cielo
14. Y está sentado de la mano de Dios Padre Todopoderoso
15. Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos
16. Creo en el Espíritu Santo

17. La santa Iglesia católica
18. La comunión de los santos
19. El perdón de los pecados
20. La resurrección de la carne
21. Y la vida eterna

Mirando atentamente las veintiuna declaraciones, me pregunté,

«¿En cuáles de estas afirmaciones teológicas creo realmente? Escribí «tal vez» en varias de ellas. Pero entonces, frustrado por mis vagas respuestas, decidí finalmente que, a efectos de este ejercicio, los «quizás» no contaban. La pregunta apremiante hoy era: ¿En cuál de las afirmaciones teológicas creo sin ninguna reserva o duda significativa?

Tras años de lucha, dudas y negación, finalmente prevaleció la honestidad despiadada. La cruda realidad es que sólo creía plenamente en cuatro de las veintiuna afirmaciones teológicas. Saqué la calculadora y dividí cuatro entre veintiuna. Según el credo histórico del cristianismo, yo era cristiano en un 19%, un 20% si redondeaba la cifra.

Me senté en silencio en mi escritorio durante mucho tiempo. Me invadió una profunda tristeza. Sabía que mis días como ministro del Evangelio habían terminado.

¹ Max Lucado, *Six Hours One Friday* (Portland, OR: Multnomah, 1989), 66–68.

[Para más reflexiones sobre la pérdida de fe en las doctrinas tradicionales, véase [On Losing and Keeping Faith](#), [The Benefit of the Doubt](#), and [It's \(Past\) Time to Raze Hell](#).]

Capítulo 4

Perdí la Fe en la Providencia de Dios

Providencia

Sustantivo: cuidado protector de Dios

«Descubrieron que su confianza en la providencia divina era una fuente de consuelo.»

-Diccionario Google-

En la primavera de 2020, a principios de la pandemia de Covid, la mayoría de las iglesias metodistas unidas suspendieron temporalmente los servicios de culto presenciales. El primer domingo de la suspensión, decidí celebrar el culto en línea con una gran congregación metodista unida de otro estado. Después de preparar mi portátil para ver el culto, me di cuenta de que me sobraban quince minutos. Así que cogí el mando de la tele y puse la CNN.

Providencia y la Pandemia

En aquel momento, el virus Covid estaba asolando el estado de Nueva York, especialmente la ciudad de Nueva York. La CNN proyectaba en la pantalla el recuento actual de muertes, que aumentaba drásticamente cada hora. Las urgencias y la UCI rebotaban de gente luchando con Covid. Las cosas se habían puesto tan mal que el hospital tuvo que traer una unidad de almacenamiento refrigerado para albergar cadáveres porque su morgue se había quedado sin espacio.

Mientras veía las horribles noticias sobre la pandemia en la CNN, me di cuenta de que era hora de que comenzara el servicio de adoración en línea. Así que encendí mi portátil. Durante unos minutos, los dos acontecimientos se solaparon. En mi televisor, la CNN seguía informando sobre la tragedia de Covid. En mi portátil, la iglesia empezaba a cantar su himno de alabanza de apertura.

No recuerdo la canción concreta que cantaban, pero estaba basada en el Salmo 121, que afirma el amor providencial, el cuidado y la protección de Dios. En este texto, el salmista promete al pueblo de Dios: «El sol no te dañará de día, ni la luna de noche. El Señor te guardará de todo mal: velará por tu vida». (vv. 6-7 NVI).

Durante varios minutos, alterné entre las emisiones en directo. Silencié la televisión y escuché a la banda de alabanza en línea entonar una canción sobre la protección de

Dios contra todo mal. Luego silencé el servicio en línea y escuché a la CNN informar sobre la devastadora matanza de Covid. Finalmente, la disonancia cognitiva entre lo que veía en el televisor y en la pantalla del ordenador me superó. Así que apagué el televisor y el portátil. Y empecé a llorar. Lloré por toda la gente que sufría y moría a causa del Covid. También lloré por mi fe perdida en el cuidado providencial de Dios, que sabía que nunca volvería.

Teología Bipolar

Desde el principio de mi camino cristiano, intenté creer en la providencia de Dios. Quería creer en ella. Necesitaba creer en ella. Pero también tenía mis dudas. Por ejemplo, cuando tenía dieciséis años, a la madre de una amiga le diagnosticaron un cáncer de mama avanzado. Cuando me dio la aterradora noticia, le dije con confianza: «El Señor tiene una razón y un propósito para todo. Dios vencerá este cáncer. No abandonará a tu madre ni a tu familia».

Esa noche escribí sobre las malas noticias en mi diario, incluyendo mi incuestionable afirmación de fe en el cuidado providencial de Dios. Pero en un momento de transparencia espiritual, añadí: «A veces es difícil creerlo, incluso para el cristiano más fuerte» Desgraciadamente, esas dudas resultaron estar justificadas. Menos de un año después, la madre de mi amiga murió de cáncer.

Durante décadas, viví en una especie de dilema teológico bipolar sobre la providencia de Dios. Una parte de mí creía en el cuidado protector de Dios. Otra parte no estaba segura. Pero con el tiempo, mis dudas empezaron a imponerse, como se puede ver en los siguientes extractos del diario.

Notas del Diario de un Pastor

Cuando un hombre de cincuenta y un años de mi comunidad murió al caerle la rama de un árbol en su granja, oí a la gente decir cosas como «Dios se lo llevó a casa», «Dios debe haber tenido un propósito» o «Dios trabaja de maneras misteriosas». Escribí en mi diario:

«No creo que Dios tuvo algo que ver con la muerte de este hombre. Creo que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado».

Cuando un empresario de mi iglesia afirmó que Dios había salvado su negocio de un incendio, escribí en mi diario: «Me pregunto por qué Dios no habrá salvado el negocio de al lado».

Cuando los agricultores de mi comunidad me pidieron que rezara para que lloviera, escribí en mi diario: «Sé poco de ciencia. Soy su pastor, así que rezaré para que llueva. Pero me preocupa hacerlo».

Cuando la esposa de un miembro de la iglesia murió a los cuarenta y ocho años, me dijo: «Supongo que el hombre de arriba sabe lo que hace». Escribí en mi diario: «¿El 'hombre de arriba' mata realmente a mujeres de cuarenta y ocho años? Si es así, no está haciendo un buen trabajo».

Cuando leí una noticia sobre una niña de dos años atacada y muerta por un caimán en Florida, escribí: «Uno pensaría que un Dios poderoso y amoroso podría crear una criatura más bondadosa».

Después de ver un programa de naturaleza en la televisión pública, escribí: «El programa contaba la historia de unos hermosos cangrejos rojos. En cuanto salen del cascarón, sus instintos les dicen que se dirijan a la playa y al agua, que les proporciona seguridad. Pero, cuando se dirigen en esa dirección, unas hormigas agresivas les atacan y se comen sus globos oculares para que no puedan ver hacia dónde ir. Las hormigas se comen sus cerebros y otros tejidos blandos, dejando miles de cangrejos muertos a su paso. ¿Por qué un Dios amoroso y providencial habría de crear una carnicería así? Y esto es solo un ejemplo microscópico de la brutalidad abrumadora de la naturaleza. Difícilmente encaja con el himno: «Este es el mundo de mi Padre: descanso en el pensamiento de rocas y árboles, de cielos y mares; su mano las maravillas hizo».

Cuando un chico de dieciocho años de mi congregación (al que quería profundamente) murió en un accidente de coche el día antes de empezar la universidad, escribí en mi diario. «La gente dice que debe haber sido la voluntad de Dios. Pero eso es pornografía teológica. Si esta es la voluntad de Dios, entonces Dios es un sádico, indigno de nuestro amor y adoración».

Después de visitar a una mujer de mi iglesia que sufría un dolor insoportable, escribí: «Hay días en los que es difícil creer en Dios. Hoy es uno de ellos. Esta tarde he ido a ver a la señora Williams, que se está muriendo de un cáncer inoperable. Durante mi visita ella clamó, una y otra vez, que Dios la dejara morir. Para mí, lo cristiano sería sacar a esta pobre mujer de su miseria. Pero la gente dice que eso es «jugar a ser Dios». Sin embargo, ya que Dios no está jugando a ser Dios, tal vez deberíamos hacerlo nosotros. Durante años, me he preocupado de que mis maltrechas cuerdas vocales aguantaran hasta la jubilación. Quizá debería preocuparme más que mi fe resista».

Cuando un amigo mío murió en un terrible accidente de coche, junto con su mujer y sus dos hijos pequeños, escribí: «No habría hecho falta mucho para evitar este desastre. Bastaría con que el camionero hubiera pisado el freno unos segundos antes de chocar contra ellos. Seguramente un Dios todopoderoso, omnisciente y amoroso podría hacer algo tan simple como eso. Usted pensaría que sí. Pero estaría equivocado. En este caso, totalmente equivocado. Por cuarta vez.»

Mientras leía mis diarios para preparar este libro, apareció un patrón familiar: escribía un ejemplo de sufrimiento y luego me preguntaba: «¿Dónde está Dios?». Por ejemplo, en 2004, cuando 230.000 personas murieron en un tsunami masivo en Asia, me pregunté: «¿Dónde está Dios?». O cuando leí la historia de una madre en un accidente de barco que gritaba: «Señor, por favor, déjame llegar hasta mis bebés», pero sus tres hijos pequeños se ahogaron, me pregunté: «¿Dónde está Dios?».

Encontré cientos de entradas de este tipo. Cuando uno de los miembros favoritos de mi iglesia sufrió y murió de ELA, cuando una joven de mi congregación fue brutalmente asesinada, cuando mi suegra murió en un accidente de coche y cuando yo sufrí durante décadas un doloroso trastorno de las cuerdas vocales que amenazaba constantemente mi vocación, me pregunté: «¿Dónde está Dios?». Aunque lo intenté con todas mis fuerzas, nunca encontré una respuesta satisfactoria.

Defendiendo la Providencia

A pesar de estas dolorosas luchas teológicas y espirituales, hice todo lo posible por aferrarme a alguna versión de la creencia en la providencia de Dios.

E intenté ayudar a mis feligreses a hacer lo mismo. Por eso, cuando ocurrían cosas horribles, tanto a nivel local como internacional, intentaba defender la providencia de Dios en el mundo. Por ejemplo, el domingo después del tiroteo en Charleston, Carolina del Sur, en la Iglesia Metodista Episcopal Africana Emanuel en 2015, dije en mi sermón:

Debemos recordar que Dios no causa sufrimiento. Dios no se levanta por la mañana y dice: «Creo que hoy le daré un caso de leucemia a una niña de siete años, enviaré un ataque cardíaco masivo a un hombre de cincuenta y siete años, y enviaré un tornado de categoría cuatro para arrasarse una comunidad. Y luego, para terminar el día, enviaré a un supremacista blanco profundamente perturbado y lleno de odio a una iglesia negra en Charleston y mataré a nueve personas durante su reunión de oración del miércoles por la noche».

Este tipo de predicación y enseñanza se convirtió en un procedimiento habitual. Intenté constantemente ayudar a los miembros de mis congregaciones (y a mí mismo) a mantener la fe en un Dios personal, atento e implicado, a pesar del sufrimiento rampante en el mundo. Animé especialmente a la gente a ver la mano providencial de Dios en los esfuerzos humanos por mitigar el sufrimiento, ya que Dios actúa sobre todo a través de instrumentos humanos. También les recordé que pertenecemos a un «Dios crucificado», que comprende nuestro dolor y entra en él, aunque no sea posible hacerlo desaparecer.

Aunque este tipo de afirmaciones resultaron modestamente útiles, al final tuvieron un valor limitado. A pesar de todos mis argumentos en contra, había una dura realidad que no podía ignorarse. En un mundo lleno de sufrimiento implacable y masivo, es extremadamente difícil, si no imposible, defender la creencia en un Dios personal, todopoderoso, omnipotente, omnisciente, intervencionista, que hace milagros, que responde a las oraciones y providencial.

La Providencia y las Artes

He luchado con la noción de providencia más que con cualquier otra premisa teológica. Y, desafortunadamente, dado mi amor por las artes, los medios creativos como las novelas, las canciones, la narración de historias, la poesía, la pintura, el teatro, las series de televisión y las películas han contribuido a mi pérdida continua de fe en el cuidado providencial de Dios. A continuación, algunos ejemplos siguen.

Hace aproximadamente una década leí una novela llamada Paperboy. Como de niño trabajé repartiendo periódicos, pensé que disfrutaría de la historia. Y así fue. Pero me recordó mi tenue creencia en la teología de la providencia. En esta novela, un niño de once años luchaba contra la tartamudez. Preguntó: «¿Por qué la mayoría de los niños pueden hablar sin problemas y yo no?». Su niñera le dijo que era «el plan de Dios». Más tarde reflexionó: «Eso no tenía ningún sentido para mí porque un Dios que le jugaría malas pasadas a un niño así no sabía mucho de ser Dios». Después de leer esa cita en la novela, escribí en mi diario: «Hasta los niños pequeños entienden lo problemático que es creer en la actividad providencial de Dios en el mundo».

Un sábado por la noche, mientras escuchaba *A Prairie Home Companion* (un compañero en la pradera) en NPR, oí a la cantautora Iris DeMent contar historias de su vida y cantar canciones sobre ella. Por ejemplo, cuando era niña, su hermano pequeño se cayó por las escaleras de su casa y sufrió heridas graves. Sus padres lo llevaron rápidamente al hospital. Ella se quedó en casa y oró durante toda la noche. Incluso se saltó la cena, suplicando a Dios que salvara a su hermano pequeño. Pero al final murió. Años más tarde, escribió una canción sobre esa experiencia. La llamó «La noche que aprendí a no orar». Cuando cantó la canción, se me llenaron los ojos de lágrimas. Como ella, yo también estaba aprendiendo a no orar.

Mientras veía *The Crown* en Netflix, me enteré de la hambruna irlandesa de la patata en el siglo XIX. Un millón de personas murieron de hambre y dos millones abandonaron el país. Un episodio contaba la historia de un pastor de la Iglesia de Inglaterra que intentaba atender a los hambrientos de su parroquia. Sin embargo, como la mayoría de ellos eran católicos y no miembros de la Iglesia de Inglaterra, su confesión no le ofreció mucho apoyo y sus colegas lo rechazaron. Su mujer se cansó de vivir en condiciones tan difíciles y le abandonó. Poco después de su marcha, enfermó y murió. Después de ver la historia, escribí en mi diario: «Así que ni Dios, ni su mujer, ni la Iglesia ayudaron a este clérigo en su intento de seguir el ejemplo y las enseñanzas de Jesús. No es de extrañar que la teología de la providencia parezca más un cuento de hadas que una realidad».

Hace años vi *The Grey*, una película sobre un grupo de hombres varados en Alaska que se ven amenazados por una manada de lobos. En la escena final de la película, después de matar a todos los demás hombres, los lobos se preparaban para atacar al protagonista. Aunque no era muy creyente, rezó pidiendo ayuda a Dios. Pero la ayuda no llegó.

Finalmente dijo: «No importa, lo haré yo mismo». Se armó con un cuchillo y fragmentos de botellas de licor pegados a la mano. Entonces él y los lobos se abalanzaron el uno contra los otros, la pantalla se oscureció y la película terminó. He pensado en esa escena muchas veces a lo largo de los años. A pesar de todas nuestras oraciones pidiendo la ayuda providencial de Dios, parece que, como el personaje de aquella escena, tenemos que hacerlo todo nosotros mismos.

Si el espacio lo permitiera, podría compartir cientos de ejemplos similares en los que las artes plantean preguntas sobre la providencia de Dios. Los enumerados más arriba han sido extraídos al azar de mis diarios. Todos ellos, sin embargo, comparten un tema común. Suscitaban serias dudas en mi corazón y en mi mente sobre la providencia de Dios en el mundo.

La Muerte de la Providencia

Unos años antes de jubilarme, intenté escribir un sermón sobre la providencia. Era más para mí que para la congregación, aunque sabía que muchos de ellos se enfrentaban a dudas similares. Pasé mucho tiempo trabajando en el sermón, que titulé «Redefiniendo la providencia».

Pasé mucho tiempo trabajando en el sermón. En él sugería que los creyentes modernos debíamos redefinir nuestra comprensión del cuidado providencial de Dios. En lugar de pensar en la protección de Dios, debíamos redefinirla como la presencia de Dios.

«En otras palabras», escribí en el sermón, “aunque Dios no nos protege del sufrimiento, promete estar con nosotros en medio de él. Eso es lo que quiere decir el Salmo 23: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo” (v. 4). El sermón se veía bien en la pantalla del ordenador. Incluso encontré una historia conmovedora para ilustrarlo. Así que imprimí una copia y empecé la edición final.

Sin embargo, al repasar el sermón, empecé a pensar en cómo sonaría a los numerosos padres de mi congregación que ven morir a sus hijos por enfermedades o accidentes. O a las mujeres que sufren abusos domésticos. O a la víctima de violación con la que había hablado recientemente. O a las parejas que deseaban desesperadamente tener hijos, pero no podían. O a todas las viudas y viudos sentados en los bancos que aún sienten un profundo dolor por la muerte de sus cónyuges.

O a personas que oraron para que Dios salvara sus matrimonios pero acabaron divorciándose. O a desempleados que no encontraban trabajo. O a los que luchaban contra las adicciones. O a personas que estaban librando una batalla perdida contra el cáncer. O a miembros que ya no sentían la presencia de Dios en sus vidas a pesar de buscarla desesperadamente. La lista seguía y seguía. Y me di cuenta de que los puntos de mi sermón les sonarían a tópicos religiosos trillados. A mí me lo parecieron.

Entonces pensé en todo el sufrimiento que hay en el mundo: guerras, violencia, hambre, racismo, genocidio, injusticia, cambio climático, pandemias, malformaciones congénitas, maltrato infantil, huracanes, terremotos, tornados, tsunamis, demencia. Mi sermón no podría soportar un sufrimiento tan abrumador y brutal.

En ese momento, saqué un rotulador muy fino negro del cajón superior de mi escritorio y taché el título: «~~Redefinir la Providencia~~». Escribí encima en negrita grande, subrayando cada palabra: «**LA MUERTE DE LA PROVIDENCIA**».

Cogí el manuscrito del sermón y lo tiré a la papelera. Mi larga lucha por creer en la providencia de Dios había llegado por fin a su fin.

Lamenté la pérdida.

[Para más reflexiones sobre la pérdida de fe en la providencia, véase [Providence and the Pandemic](#) y [Hurricanes, Holocausts, and Other Horrors: Three Theological Responses to Suffering](#).]

Capítulo 5.

Perdí la Fe en la Religión Institucional.

Cuando Robert Harris publicó su novela Conclave en 2016, la compré y la leí inmediatamente. En esta atractiva narración eclesiástica, Harris cuenta la muerte de un Papa y el desordenado, político y humano proceso de elección de uno nuevo. Amazon describe la trama de esta manera:

El Papa ha muerto. Tras las puertas cerradas de la Capilla Sixtina, ciento dieciocho cardenales de todo el mundo emitirán sus votos en la elección más secreta del mundo. Son hombres santos. Pero tienen ambición. Y tienen rivales. Durante las siguientes setenta y dos horas, uno de ellos se convertirá en la figura espiritual más poderosa de la Tierra.

El personaje principal de la novela, el Cardenal Lomeli, fue decano del Colegio Cardenalicio. Su papel como decano lo puso a cargo de dirigir la elección del nuevo Papa. Al principio de la novela, nos enteramos de que el Cardenal Lomeli luchaba con importantes dudas religiosas.

Poco después de la muerte del Papa, el Cardenal Lomeli entabló una conversación con otro cardenal, un confidente cercano del Papa. En esa conversación, el Cardenal Lomeli descubrió que, al igual que él, el Papa también había luchado con la duda. La noticia conmocionó al Cardenal Lomeli.

Le dijo al confidente del Papa: «¿El Papa tenía dudas sobre Dios?».

El amigo del Papa respondió: «¡No sobre Dios! ¡Nunca sobre Dios! En lo que había perdido la fe era en la Iglesia.

Una Advertencia Temprana.

Al igual que este Papa ficticio en Conclave, yo también he perdido gran parte (aunque no toda) de mi fe en la Iglesia. No sucedió de golpe. En cambio, ocurrió lentamente, a lo largo de cinco décadas. Por desgracia, no tardaron en aflorar mis dudas sobre la religión institucional. De hecho, empezaron el día de mi bautismo.

La semana después de mi profesión de fe a la edad de quince años, me puse una túnica blanca, me metí en la piscina bautismal del santuario y me sumergí en las aguas sagradas del bautismo. Esa tarde, en una comida familiar especial, mis parientes celebraron mi nueva fe, mi bautismo y mi pertenencia a la iglesia (donde todos ellos eran miembros de toda la vida). Cuando dio gracias sobre la comida, mi abuelo agradeció efusivamente a Dios por salvar mi alma y traerme al redil cristiano. Entonces comenzó la fiesta del día del bautismo, con pollo frito, carne asada, verduras al estilo sureño, té helado dulce y tarta de merengue de limón casera.

La conversación de la comida versó sobre la iglesia, los deportes y la política. Uno de mis parientes se quejó enérgicamente del programa de transporte escolar obligatorio que se estaba implementando para integrar nuestras escuelas locales, incluida la escuela secundaria a la que yo asistía.

Entonces empezó a despotricar (recuerdo las palabras con claridad) sobre «todos esos negros engreídos que están arruinando nuestro país y nuestra comunidad». Nadie pestañeó. Nadie se ofendió. En cambio, su opinión resumió el consenso familiar.

Las personas sentadas alrededor de la mesa ese día celebrando mi bautismo eran buenas personas con fe sincera y rasgos nobles a quienes amaba y adoraba (y todavía lo hago). Pero ninguno de ellos se dio cuenta de lo incongruentes que eran sus prejuicios raciales con su profesada fe en Jesucristo.

Aunque me sentí incómodo y decepcionado con la discusión, no estaba seguro de cómo articular mi incomodidad o incluso si debía hacerlo, así que permanecí en silencio. En ese momento no lo sabía, pero estaba recibiendo mi primera lección sobre la frecuente desconexión entre los feligreses institucionales y Jesús de Nazaret. No sería la última. Y aunque este ejemplo ocurrió en una congregación evangélica, lamentablemente, la misma dinámica también se puede encontrar en las tradiciones católica y ortodoxa.

Retirado de la Religión

El grupo «religioso» más grande y de más rápido crecimiento en Estados Unidos hoy en día es el de las personas sin afiliación religiosa.

Como creador y autor de Doubter's Parish (<https://doubtersparish.com>) , hablo con muchos de ellos de forma regular. Uno de ellos me dijo: «Solía ir a la iglesia. Pero ya no. Me he retirado de la religión». Me pareció interesante ese comentario, así que le pedí que me lo explicara.

Dijo: «Mi esposa es católica romana. Pero no me pagarían por ir a su iglesia. Todos esos sacerdotes abusaron de cientos de miles de niños en todo el mundo. Los obispos lo encubrieron. Y prácticamente nadie ha rendido cuentas. Ya no tienen autoridad moral. ¿Por qué iba alguien a una iglesia católica después de todo eso?».

Continuó: «Desde luego, no voy a ir a una iglesia evangélica. Los evangélicos estadounidenses adoran a Donald Trump más que a Jesucristo. Dado su inquebrantable apoyo partidista a un hombre inmoral e incompetente que divide e inflama al país, han perdido toda credibilidad».

Luego dijo: «Probé algunas iglesias tradicionales, incluyendo una congregación metodista unida y una presbiteriana. Pero están tan preocupadas por perder miembros que se han vuelto irremediabilmente políticamente correctas, tratando desesperadamente de no ofender a nadie. No se posicionan en nada. No me interesa la religión blanda como esa».

Concluyó diciendo: «No he perdido la fe en Dios; he perdido la fe en la Iglesia. Sigo adorando a Dios, amo a Jesús, oro a diario y vivo éticamente. Pero he terminado con la religión organizada».

Aún no sé si he terminado con la religión organizada. Pero entiendo la frustración de este hombre. Al igual que él, estoy profundamente decepcionado con la religión institucional.

Ya he hablado de mi pérdida de fe en la iglesia evangélica. Pero, por desgracia, mi pérdida de confianza en la religión organizada no se limita a la derecha religiosa. Se extiende a todas las ramas de la religión institucional —evangélica mayoritariamente, católica y ortodoxa—, incluida mi propia Iglesia Metodista Unida. En este capítulo se examinan algunas de las razones.

Una Larga Historia de Mal Comportamiento

Antes de continuar, debo hacer una importante aclaración. La crítica de la religión institucional que se hace en este capítulo no lo explica todo. Muchas iglesias y otras entidades religiosas realizan contribuciones positivas. Por ejemplo, construyen comunidad, aportan sentido, fomentan la compasión y buscan la justicia. He visto de primera mano que la religión hace mucho bien en el mundo, incluido mi propio mundo personal, y tendré más que decir al respecto en la parte 2. Así que este capítulo es solo la mitad de la verdad sobre la religión institucional.

Sin embargo, a pesar de los aspectos positivos, no podemos negar una cruda y deprimente realidad. El cristianismo institucional tiene una larga y profundamente manchada historia que incluye las Cruzadas, la Inquisición, las quemaduras de brujas, sangrientas guerras religiosas, intolerancia, racismo, sexismo y degradación ambiental. El cristianismo estadounidense añadió el apoyo a la esclavitud, el abuso de los nativos americanos, el respaldo a las leyes de Jim Crow, la resistencia a los derechos civiles y el nacionalismo de «Dios y América». Lamentablemente, el mal comportamiento de la religión institucional no se limita al pasado. Por el contrario, continúa sin cesar en el presente.

Cerca de Casa

Por ejemplo, durante la última década, he visto con horror cómo miembros de mi propio grupo, la Iglesia Metodista Unida, se han condenado brutalmente unos a otros por cuestiones LGBTQ, lo que ha dado lugar al mayor cisma en la historia de la iglesia estadounidense desde la Guerra Civil. La batalla ha sido excepcionalmente desagradable, incluyendo campañas de difamación y desinformación en ambos lados del debate, especialmente en la derecha. Este comportamiento profundamente anticristiano me avergüenza de ser metodista unido.

Si el espacio lo permitiera, también podrían mencionarse muchas otras vergüenzas de la Iglesia Metodista Unida. Por ejemplo, en las elecciones de 2020, no fueron solo los evangélicos (más del 80 %) los que apoyaron a Donald Trump. Una mayoría significativa (62 %) de metodistas unidos también votó por él. No solo viola todos los valores que defendía Jesús, sino que también viola todos los principios sociales enumerados en el Libro de Disciplina de la Iglesia Metodista Unida. Esta trágica realidad representa un fracaso masivo de mi denominación en el cumplimiento de su declaración de misión de «hacer discípulos de Jesucristo para la transformación del mundo».

Por desgracia, se podrían citar cientos de ejemplos de instituciones religiosas que lo están haciendo mal. Y estos ejemplos se pueden encontrar en todos los sectores de la iglesia. Una revisión de más de dos mil años de historia cristiana confirma que el mal comportamiento en la iglesia no es una anomalía, sino la norma. Es evidente que la iglesia de Jesucristo, tanto en el pasado como en el presente, ha fracasado estrepitosamente en el cumplimiento de sus ideales. En respuesta a estos fracasos interminables, un gran y creciente número de personas están abandonando la religión institucional para siempre. Según *The Deconstruction Network*, dos mil setecientas personas abandonan la iglesia estadounidense cada día. ¿Y quién puede culparlas? Incluso los miembros más fieles de la iglesia se preguntan si ya vale la pena, incluidos muchos clérigos, entre ellos yo mismo.

Una Letanía de Frustraciones

Mi plan original para este capítulo era destacar una larga letanía de frustraciones con la Iglesia, incluyendo (pero no limitándose a) los siguientes ejemplos:

- Su mezquindad crónica.
- Sus conflictos interminables.
- Su crueldad contra la comunidad LGBTQ.
- Su feroz resistencia al cambio.
- Su falta de compromiso con la justicia social.
- Su desprecio por la ciencia.
- Sus doctrinas teológicas rígidas y anticuadas.
- Su burocracia tóxica.
- Su incapacidad para formar auténticos valores cristianos entre sus miembros.
- Sus patrones de gasto egoístas, utilizando casi todos sus ingresos en sus propios miembros.
- Su lamentable respuesta al abuso sexual del clero (católico y protestante).
- Y su priorización de la supervivencia institucional sobre el seguimiento de Jesús.

Sin embargo, cuando comencé a trabajar en este capítulo, me di cuenta de que estas preocupaciones (y muchas otras) no podían tratarse en un solo capítulo. Se necesitaría al menos un libro completo para revisarlas adecuadamente. Y, dado que la mayoría de los lectores de este libro ya son dolorosamente conscientes de estos fracasos, señalar los detalles resultaría improductivo. Así que decidí centrar el resto de este capítulo en un pastorado breve pero abrumadoramente doloroso, el principal responsable de mi pérdida de fe en la religión institucional.

Mi Brutal Pastorado

Cuando me jubilé, por diversión, se me ocurrieron apodos para todos mis pastorados. Por ejemplo, «Mi pastorado del buen comienzo», «Mi pastorado de la felicidad» y «Mi pastorado de Camelot». El que voy a contaros en este capítulo se ganó el apodo de «Mi Brutal Pastorado».

Al principio, ser el pastor principal de una mega iglesia me pareció emocionante. La iglesia tenía decenas de miles de miembros (adultos y niños), unas instalaciones impresionantes, un presupuesto enorme, programas y ministerios notables, una plantilla enorme e incluso me dieron un coche de empresa. Sin embargo, mi entusiasmo inicial duró muy poco.

Durante mi primera semana en el trabajo, recibí más de una docena de correos electrónicos críticos de la congregación por no haber usado el púlpito el primer domingo, algo que no había hecho en décadas. Dijeron que había «desterrado a Dios del santuario», que era «una vergüenza para el ministerio», que «no duraría ni un año» y que «vamos a deshacernos de ti». Al final resultó que esa fue una semana de críticas bastante mínima. Las cosas empeoraron mucho en las semanas, meses y años siguientes.

En mis anteriores pastorados, había sido sobre todo amado, apreciado y reafirmado. Así que no estaba preparado para las críticas diarias incesantes que venían con este trabajo. Durante dos años, rara vez dirigí un servicio de culto, prediqué un sermón, escribí un artículo para un boletín informativo o dirigí una reunión que no fuera severamente criticada. Una persona incluso se ensañó con mi esposa. Recibió una carta anónima en la que se decía que su marido moriría, dejándola en la miseria emocional y económica.

Es importante señalar que la iglesia estaba llena en su mayoría de buenas personas. Sin embargo, incluía un grupo de personas que, según un líder clave, «son crónicamente infelices», «atacan con saña a todos los pastores que tenemos» y «son un cáncer en la iglesia».

Aunque este grupo de «infelices crónicos» era una minoría bastante pequeña, eran personas poderosas que me condenaban (y a quienes me precedieron) sin descanso y sin piedad. Sin duda, merecía algunas de las críticas. Pastorear una mega iglesia por primera vez requiere una enorme curva de aprendizaje, y ciertamente cometí algunos errores. Pero estas personas eran claramente abusivas.

Es imposible relatar los complejos acontecimientos de esos dos años horribles (y los años de estrés postraumático que siguieron) en un solo capítulo. En su lugar, compartiré algunos ejemplos representativos de la implacable condena que recibí casi a diario.

Condenación Constante.

Los lunes eran el peor día de la semana porque mi buzón de correo electrónico siempre incluía mensajes críticos sobre el servicio y el sermón del domingo. Por ejemplo, solo unas semanas después de mi llegada, mostré un videoclip de noventa segundos que presentaba el tema de la adoración. Mi bandeja de entrada incluía duras quejas sobre el clip, incluido un miembro que dijo: «No vengo a adorar para que me entretengan. Eres una vergüenza para nuestra iglesia y no eres digno de ser nuestro pastor».

Unos meses más tarde, un solista con talento cantó una conmovedora canción durante los servicios de culto. Pero en lugar de felicitarlo, mi bandeja de entrada se llenó de quejas sobre lo que llevaba puesto. Un miembro dijo: «¿Cómo te atreves a permitir que alguien con vaqueros y camisa sin abotonar cante en nuestro sagrado santuario?».

Al principio, prediqué una serie de sermones sobre el Padrenuestro. Todos los lunes por la mañana, durante la serie, recibía quejas en mi bandeja de entrada. Por ejemplo, cuando prediqué sobre el «Padre Nuestro», afirmé que Dios era como un buen padre o una buena madre. Varias personas expresaron su indignación por el hecho de que utilizara imágenes femeninas sobre Dios. Cuando prediqué sobre «venga tu reino», di varios ejemplos rápidos de cómo podría ser el reino de Dios en el mundo actual. En el plato de las ofrendas de esa mañana recibí una tarjeta de puntuación de sermones. Decía: «Referencias bíblicas: una. Historias: cinco. Calificación del sermón: F». Cuando prediqué sobre «nuestro pan de cada día», advertí sobre la codicia. Al día siguiente recibí varios mensajes diciendo que había condenado el sistema de libre empresa y que la iglesia no quería un pastor «socialista».

Prácticamente todos los domingos eran iguales. Por ejemplo, el lunes después del Día de la Madre, un miembro me atacó enérgicamente por predicar sobre el matrimonio cristiano en lugar de la maternidad. Un domingo, cuando proyecté una fotografía de la familia recibiendo nuestra casa de Hábitat para la Humanidad, varios miembros me criticaron duramente por usar la pantalla de proyección durante el servicio tradicional. Otro domingo, hicimos que la congregación cantara el Padrenuestro. Una persona se quejó de que cantáramos la oración en lugar de recitarla. Dijeron que habíamos «arruinado» la oración para ellos. Un hombre se quejó una vez que ya no podía rendir culto en el santuario porque, desde su asiento, podía ver la esquina de la batería que usábamos para el servicio contemporáneo (y que escondíamos detrás del púlpito durante los servicios tradicionales).

En varias ocasiones, cuando cité a Jesús directamente, incluyendo sus palabras sobre la acogida de los extranjeros, recibí correos electrónicos llenos de odio, incluyendo uno de una persona que decía: «Los inmigrantes ilegales están invadiendo y destruyendo nuestro país, y no necesitamos que un predicador liberal nos diga que los recibamos con los brazos abiertos». Una vez recibí un correo electrónico condenándome por no tomar una postura contra «el Partido Demócrata socialista, que odia a Dios, ama a los musulmanes y adora a los homosexuales». Decía que la iglesia tenía que despedirme y contratar a «un verdadero hombre de Dios que no tenga miedo de predicar la verdad».

Cuando hicimos una encuesta sobre el culto, pedimos a la congregación que hiciera sugerencias para futuras series de sermones. Una persona escribió: «No se me ocurre nada peor en este mundo que una nueva serie de sermones del Dr. Martin Thielen. Por favor, ahórremelo». Recibí docenas de respuestas odiosas de este tipo. Más tarde descubrí que las condenas eran un esfuerzo organizado por un grupo de mis críticos que querían hacerme daño. Funcionó.

Pero las constantes condenas no se limitaron a cuestiones relacionadas con el culto y la predicación. Por ejemplo, después de que un grupo de trabajo pasara meses trabajando en una nueva declaración de misión, la presentamos a la congregación. En el momento justo, surgieron los críticos, atacando inmediatamente el trabajo. Uno dijo: «Todo es un eslogan, nada de sustancia». Otro dijo: «Una declaración débil de un equipo débil bajo un pastor débil. Es hora de que se vayan».

Un día, una pareja conocida e influyente vino a mi oficina y dijo: «Vamos a movilizar a la iglesia para deshacernos de usted. Y no pararemos hasta que lo consigamos». Y cumplieron su palabra. Lideraron a un grupo de unas quince personas para escribir una carta conjunta de queja sobre mí a nuestro obispo. La carta estaba llena de desinformación, información falsa y mentiras descaradas. Tuvo una gran influencia en la decisión del obispo de trasladarme.

El Impacto Acumulativo

Aunque todos estos ejemplos duelen, el verdadero dolor fue el efecto acumulativo. Este tipo de incidentes ocurrían prácticamente todos los días. Si el espacio lo permitiera, podría compartir cientos de ejemplos adicionales. Recuerdo haber compartido mi situación con un líder nacional de la Iglesia Metodista Unida que estaba familiarizado con esa congregación. Me dijo: «Sabemos desde hace años que _____ es un lugar imposible para servir y una iglesia que mata a los predicadores. Allí se comen a sus pastores vivos. Parece que estás luchando en una guerra imposible de ganar».

Alrededor de un año después de comenzar el pastorado, mi mejor amigo me preguntó cómo estaba. Le dije: «Tengo el estómago hecho un nudo las veinticuatro horas del día. No duermo nada. Trabajo al menos ochenta horas a la semana. Recibo correos electrónicos maliciosos todos los días. Nunca me siento cómodo. No me divierto. Mucha gente me odia. Y lloro mucho. Aparte de eso, estoy bien».

Hacia el final de mi mandato, el obispo me dijo que estaba «nadando contra corriente» en la iglesia. Esa noche escribí en mi diario: «Tiene razón. Estoy nadando contra corriente. Pero después de décadas de pastores siendo brutalmente aplastados aquí, tal vez sea hora de considerar la posibilidad de que el problema principal no sea el líder. Quizás el problema sea la corriente tóxica».

Dado el enorme tamaño de la congregación, la mayoría de los miembros no tenían ni idea de que este tipo de crueldad ocurría a diario en su iglesia. Sin embargo, muchos miembros conocían desde hacía décadas a este grupo abusivo de personas «crónicamente infelices» y nunca los habían desafiado. Y los líderes confesionales estatales también conocían esta dinámica tóxica, pero nunca han tenido el valor de abordarla. Así que hay mucha culpa que repartir, incluyendo mis propias contribuciones al problema. Pero independientemente de la culpa, el costo personal y profesional que pagué por servir a esta iglesia es difícil de expresar con palabras. Si pudiera cambiar una cosa en mi vida, borraría este horrible capítulo. No ofrecía ningún beneficio redentor. No obtuve nada de valor de él. Era simplemente dolor por el dolor. Y el dolor era abrumador.

El Coste del Servicio.

Una década después de dejar esa congregación, escribí una entrada en mi diario llamada «El verdadero coste de servir en _____ la Iglesia Metodista Unida».

- Diez meses de intenso estrés previo a la llegada
- Dos años de un infierno absoluto
- Dos años de trastorno de estrés postraumático grave
- Tres años de trastorno de estrés postraumático moderado
- Deterioro espiritual, emocional y físico
- Pérdida de recursos económicos
- Pérdida de fe en la iglesia institucional
- Pérdida de confianza en uno mismo
- Pérdida de estatus profesional
- Pérdida de alegría vocacional

«No Pude Superarlo»

Como ya se ha señalado, solo una pequeña minoría de la congregación infligió este dolor, pero eran una minoría excepcionalmente ruidosa y poderosa. Y, en una iglesia con tantos miembros, incluso una pequeña minoría incluye a cientos de personas. Hasta ese momento, nunca supe que la gente de la iglesia pudiera ser tan cruel. Al final, su crueldad destruyó mi vocación.

Me doy cuenta de que algunos lectores querrían desafiarme en esto. Dirían algo así como: «Si esta mega iglesia destruyó tu vocación, es culpa tuya. Nunca deberías haberles permitido tener tanto poder sobre ti». Y estoy de acuerdo con ese argumento. No debería haberles permitido tener tanto poder sobre mí. Fue una debilidad por mi parte permitirlo. Pero al final, ya no tenía la energía mental, espiritual, física, emocional o vocacional para luchar. Estaba destrozado.

El dolor que sentí, tanto durante como después de ese pastorado, me recuerda a una película inquietante llamada *Manchester by the Sea*. En esta película, un hombre

comete un error horrible y mortal que lo persigue el resto de su vida. Después de beber demasiado alcohol en una fiesta una noche, añadió varios troncos a la chimenea familiar, pero olvidó volver a colocar la pantalla protectora. Luego salió de casa para comprar más cerveza, dejando a sus hijos desatendidos. En su ausencia, los niños perecieron en un incendio.

Como era de esperar, esta tragedia los destruyó a él, a su esposa y a su matrimonio. En un momento dado, le dijo a un amigo que, a pesar de intentar seguir adelante con su vida, no podía superar sus debilitantes sentimientos de dolor y fracaso.

Dijo: «No puedo superarlo».

No estoy sugiriendo que mi dolor se pareciera en nada al dolor de un padre que perdió a sus hijos. Está claro que no. Pero, al igual que ese personaje de la película, simplemente no podía superarlo. Esa pesadilla pastoral resultó en la muerte de mi fe en la iglesia local, mi denominación y mi vocación. Y nunca la recuperé. Pasé a ser pastor de otra iglesia, hice un trabajo competente y fui bien recibido por la congregación. Pero ya no era lo mismo. Una vez tuve una vocación que amaba. Ahora tenía un trabajo que toleraba. Mi vocación ya estaba muerta. Era solo cuestión de tiempo antes de que yo la enterrara.

Persistir en una Tierra que Ya Has Dejado

Por todas las razones enumeradas en este capítulo, además de muchas otras no mencionadas, poco a poco perdí la fe en la religión institucional. Y mi historia ciertamente no es única. Por ejemplo, pertenezco a un grupo de apoyo de siete clérigos principales jubilados. Los siete estamos profundamente decepcionados con la iglesia. Seis de nosotros ya no participamos activamente en una congregación. Si haces cuentas, eso significa que el 86 por ciento de mi grupo ha abandonado la religión institucional (al menos por ahora). Y no somos una anomalía.

Hace un par de años, un viejo amigo y yo hablamos de nuestra incómoda relación con la iglesia. Ambos hemos sido profundamente bendecidos —y profundamente heridos— por la religión institucional. Aunque una parte de nosotros quiere conectar con una comunidad de fe, no estamos seguros de querer cargar con el tóxico equipaje que inevitablemente conlleva. Ambos sentimos una profunda afinidad por Jesús y seguimos tratando de seguirlo. Definitivamente no somos post-Jesús. Sin embargo, para nuestra gran sorpresa y profunda tristeza, ambos estamos considerando la posibilidad, antes impensable, de convertirnos en post-iglesia.

Durante nuestra larga conversación, mi amigo compartió una cita atribuida a Alfred North Whitehead. El matemático y filósofo inglés dijo una vez: «Es una gran tragedia quedarse en una tierra por la que uno ya ha pasado». Mi amigo y yo nos preguntamos en voz alta si ya habíamos pasado por la tierra de la religión institucional. Ninguno de los dos está seguro de si quiere quedarse allí mucho más tiempo. Una parte de nosotros quiere. Pero otra parte no.

Por ahora, la pregunta sigue sin resolverse.

[Para más reflexiones sobre la pérdida de fe en la religión institucional, véase [What to Do about Church?](#), [Leaving Church?](#), [Can Christianity Be Deinstitutionalized?](#), [Why Retired Clergy Lose Faith and Leave Church](#), [The Self-Destructive American Church](#), [Jesusless Christianity](#), [My Brief Life as a Megachurch Pastor](#), y [Church on Fire](#).]

Capítulo 6

Perdí la Fe en un Dios Tradicional.

Hace unos años, mi pintoresco amigo John cogió su teléfono móvil y dijo: «Siri, llama a Dios».

Siri respondió: «No veo a Dios en tus contactos. ¿Busco ubicaciones por ese nombre?».

«Sí», respondió John. Siri hizo una lista de las iglesias cercanas con «Dios» en su nombre.

John le dijo a Siri que llamara a la primera de la lista. Un momento después, John oyó una grabación que decía: «El número al que ha llamado ha sido desconectado y ya no es un número operativo».

Para millones de personas en el siglo XXI, Dios (tal como lo hemos conocido históricamente) ya no es un número que funcione. Un padre celestial personal, providencial, todopoderoso, omnisciente, sobrenatural, hacedor de milagros, que responde a las oraciones y que interviene ya no resuena en un porcentaje significativo de la población. Algunos de ellos han renunciado por completo al concepto de Dios. Otros están forjando nuevos modelos de Dios.

Ya No Es Creíble

Por supuesto, el escepticismo sobre una deidad tradicional no es nada nuevo. En 1966, la revista Time desató una tormenta cultural y religiosa con su artículo de portada: «¿Ha muerto Dios?». Uno de los eruditos citados en el infame artículo de Time fue Thomas Altizer. Sostuvo que el Dios teísta tradicional del cristianismo «ya no está presente, ya no se manifiesta, ya no es real».

Casi seis décadas después, un gran y creciente número de personas está de acuerdo con la valoración de Thomas Altizer.

Por ejemplo, en su último libro publicado, *Unbelievable* (Increíble), el difunto obispo John Shelby Spong afirma: «Entender a Dios en términos teístas como 'un ser', con poder sobrenatural, que habita en algún lugar externo al mundo y es capaz de intervenir en el mundo con poder milagroso, ya no es creíble».

El obispo Spong tiene mucha compañía. En *The Heart of Christianity*, Marcus Borg afirma que «el teísmo sobrenatural tradicional ya no es convincente ni persuasivo». En *The God You Didn't Know You Could Believe In*, Jeffrey Frantz escribe: «El Dios convencional de nuestra tradición judeocristiana es una concepción inadecuada de Dios». En *Saving God from Religion*, Robin Meyers afirma que «el teísmo tradicional ha seguido su curso y ha sido rechazado por millones».

En su libro *Not Sure*, John Suk se pregunta: «¿Tiene algún sentido creer en un Dios sobrenatural?». Como sugiere el título de su libro, él no está seguro. En *Stars beneath Us*, Paul Wallace escribe: «El Dios del teísmo clásico no funciona para mí en absoluto». Por último, en *Dios: una historia humana*, Reza Aslan señala correctamente que para la gran mayoría de las personas, «Dios es una versión divina de nosotros mismos: un ser humano pero con poderes sobrehumanos». Argumenta que necesitamos revertir esta tendencia. En lugar de humanizar a Dios, es hora de deshumanizar a Dios.

Se podrían dar docenas de ejemplos adicionales. Pero el punto está claro. Un gran número de cristianos en el siglo XXI, incluyéndome a mí, ya no creen en un Dios que es, en palabras de Brian McClaren, «un viejo tipo blanco y grande en un trono en el cielo».

Fracaso en la Piedad

Durante los primeros años de mi camino cristiano, no cuestioné la creencia en un Dios tradicional. Durante el instituto tuve «una relación personal con Jesucristo» y afirmé la fe en Dios como «mi amoroso padre celestial». Pero no tardaron en surgir las dudas.

Incluso durante la universidad y el seminario, me preguntaba sobre la naturaleza personal de Dios. Luché por mantener una vida devocional. No estaba seguro de cómo orar. ¿A quién le hablaba exactamente? Dios parecía cada vez más distante y vago. Mi «relación personal» con Jesús y Dios, que se sentía tan vibrante durante la escuela secundaria, comenzó a desvanecerse.

Debería haber sabido que estaba en problemas cuando recibí los resultados de mi evaluación de «Preparación para el ministerio» en el seminario.

Obtuve una puntuación alta en áreas como liderazgo congregacional, hablar en público, agudeza teológica y cuidado pastoral. Pero suspendí «piedad personal».

Esa categoría medía cosas como devocionales diarios, oración y sentirse conectado emocionalmente con Dios. Esa evaluación (precisa) me persiguió a lo largo de mi carrera ministerial.

Unas semanas antes de dejar el seminario, escribí en mi diario: «Dios sigue siendo un gran misterio para mí. ¿Cómo puede alguien que sabe tan poco de Dios hablar de él a los demás?». En aquel momento no lo sabía, pero me estaba embarcando en un largo y arduo viaje lejos de la comprensión teísta tradicional de Dios. Y puedo decirte por experiencia propia que el viaje espiritual no es para los débiles de corazón.

Una Hora para Afirmer la Fe Teísta, Cuarenta y Cinco Años para Perderla.

En una entrada de mi diario en 2020, escribí: «Solo me llevó una hora afirmar la creencia en un Dios teísta tradicional (refiriéndome a mi profesión de fe a los quince años). Me llevó cuarenta y cinco años perderla. Fue una muerte larga, dura, lenta y dolorosa».

No es posible explicar mi pérdida de fe en un Dios tradicional en unas pocas páginas. Pero los siguientes extractos del diario, escritos a lo largo de muchos años, podrían arrojar algo de luz sobre el viaje.

- «Me siento distante de Dios y lo he estado durante mucho tiempo. Ya no tengo una relación personal y experiencial con Dios. En cambio, Dios parece nebuloso, esquivo e incognoscible».
- «Mi pregunta acuciante no es: ¿Creo en Dios? Mi pregunta acuciante es: ¿En qué tipo de Dios creo? El Dios de mi fe de dieciséis años ya no existe. Pero no estoy seguro de con qué reemplazarlo».
- «Hoy me encontré con una cita que decía: «El Dios infinito es demasiado complejo, demasiado grande, para ser contenido dentro de cualquier sistema religioso, incluido el cristianismo». Eso no se venderá en la iglesia. Pero es cierto».
- «No estoy perdiendo mi fe en Dios, sino mi fe en un Dios tradicional. Ya no sé en qué creo sobre Dios; no estoy familiarizado con él. Pero las cosas que me han enseñado a creer sobre Dios ya no tienen sentido para mí. Si voy a tener un futuro como cristiano y ministro, voy a tener que redefinir mi comprensión de Dios»

- «Hoy he leído un poema de Denise Levertov sobre nuestra incapacidad para comprender a Dios. En una línea decía: «Había agarrado la vestidura de Dios en el vacío, pero mi mano resbaló sobre la rica seda de la misma». La dura verdad es que es imposible comprender a Dios. Ya no sé prácticamente nada sobre el Todopoderoso, ni siquiera si Dios es realmente todopoderoso».
- «He estado leyendo al obispo Spong. Su respuesta a mi dilema teológico es desechar un Dios teísta. Y eso me resuena. Su libro *Why Christianity Must Change or Die* (Porqué el cristianismo tiene que cambiar o morir) describe exactamente lo que he estado pensando durante años sobre lo increíble de un Dios sobrenatural y un Cristo divino en una era de conocimiento científico. Pero, ¿pueden un Dios impersonal y un Jesucristo no divino sostener a un creyente cristiano o a una comunidad de fe? Me parece poco probable.
- «Un feligrés me habló hoy sobre «el hombre de arriba». Pero desde mi perspectiva, el «hombre de arriba», que no es un hombre ni vive arriba, se ha mudado. No sé adónde, pero está claro que no va a volver. Y no dejó una dirección de reenvío».
- Terminé el nuevo libro de Barbara Brown Taylor, *Learning to Walk in the Dark*. (Aprendiendo a andar en la oscuridad) Taylor ha abandonado claramente la fe en el cristianismo tradicional. Reconoce que la fe que heredamos de nuestros mayores «está agotada». Así que la ha reemplazado por una fe incierta y abierta. Reconoce que su nueva fe «no me ofrecerá mucho a lo que aferrarme. No me dará un espacio en el que asentarme». Ojalá tuviera un sustituto más viable para la fe tradicional. No espera encontrarlo en su vida. Probablemente yo tampoco.
- «Durante décadas, me he sentido culpable por dudar de las creencias tradicionales sobre Dios y por no sentirme cerca de él. Me he castigado literalmente miles de veces por no tener suficiente fe, especialmente para ser un ministro. Pero finalmente me he dado cuenta de que el problema no era una fe inadecuada. El problema era un concepto inadecuado de Dios. Ya no necesito sentirme culpable por no creer (o sentirme emocionalmente cercano) a una deidad anticuada que no existe.
- «No puedo negarlo más. He perdido a Dios. Al menos el Dios que conocía. El Dios teísta personal, poderoso y providencial del cristianismo ortodoxo ha muerto para mí. Es hora de llorar su pérdida y averiguar cómo seguir a partir de ahora».

El Único Pecado Sería Fingir

Hace varios años, una amiga cercana me regaló un libro titulado *For Small Creatures Such as We (Para pequeñas criaturas como nosotros)*. El libro fue escrito por Sasha Sagan, hija de Carl Sagan, el famoso científico (ya fallecido) que narró y coescribió la popular serie de televisión Cosmos.

Al principio de su libro, Sasha cuenta una historia sobre su abuelo Harry, que creció en una devota familia judía. Durante sus años universitarios, Harry hizo un viaje trascendental a casa. Durante la visita, compartió una noticia extremadamente difícil con su padre.

Harry le dijo a su padre que ya no seguiría las leyes judías kosher, que ya no rezaría y que ya no asistiría al culto en la sinagoga los viernes por la noche. ¿Por qué no? Porque ya no creía. No en las enseñanzas con las que se crio, ni en la Torá, ni siquiera en Dios.

Harry se preparó para la reacción de su padre. Dada la profunda devoción de su padre por el judaísmo, Harry esperaba que se desahogara con ira, decepción y sentimientos de traición. Pero en cambio, Sasha relata: «Mi bisabuelo levantó la vista, sonrió a su hijo y dijo las palabras inmortales: «El único pecado sería fingir»».

A diferencia de Harry, no me considero ateo, como explicaré en el capítulo 8, «Sigo creyendo en Dios». Sin embargo, al igual que Harry, ya no afirmo las creencias religiosas tradicionales en un Dios teísta. Y no estoy dispuesto a fingir que lo hago.

La verdad es que he perdido la fe en un Dios personal, todopoderoso y providencial que vive «ahí fuera» en algún lugar, controla el clima, interviene en el mundo, realiza milagros y responde a las oraciones. Ya no puedo creer en ese tipo de Dios, aunque me gustaría poder hacerlo.

Me gustaría creer (y experimentar emocionalmente) en un padre celestial que me reclama como su hijo amado. Me gustaría creer en un Dios providencial que me proteja del mal. Me gustaría creer en un Dios personal al que pueda sentir cercano y que me reconforte. Me gustaría creer en un Dios todopoderoso que guíe y controle el mundo, incluido el mío.

¿Quién no querría un Dios así? Estas necesidades humanas tan profundas son la razón por la que la humanidad con el tiempo, creó religiones con un Dios sobrenatural, paternal y humano en primer lugar. Pero ya no soy capaz de creer en esas cosas. No elegí perder la fe en un Dios tradicional. A lo largo de las décadas, se evaporó lenta e involuntariamente.

Sin embargo, durante muchos años, mantuve creencias teístas tradicionales. Y esas creencias satisfacían necesidades extremadamente importantes en mi vida. Como muchos otros, crecí en una familia seriamente disfuncional. Por ejemplo, no tuve un padre cariñoso. Ni una sola vez me dijo (o me demostró) que me quería. Más bien al contrario. Tampoco tuve una familia que me apoyara ni una comunidad que me estabilizara. Estas carencias dejaron enormes vacíos en mi vida. Así que Dios se convirtió en mi padre sustituto. Y la iglesia se convirtió en mi familia y comunidad sustitutas. Gracias a Dios por eso. Sería un desastre total sin esa fe. Pero al final, no se mantuvo.

El Día que Dios se Cayó del Techo

Hace unos años leí un libro titulado *Saving God from Religion* (Salvando a Dios de la Religión), de Robin Meyers. En el libro, Meyers cuenta una historia sobre su asistencia a una clase de arte durante la universidad. Durante la clase, el profesor mostró diapositivas de los magníficos frescos de Miguel Ángel en el techo de la Capilla Sixtina. La última diapositiva mostraba la pintura más famosa de la capilla, La creación de Adán. En ella, Dios es representado como un anciano blanco y barbudo, envuelto en una capa arremolinada, extendiendo su brazo derecho hacia Adán, su mayor creación.

Años más tarde, Robin Meyers tuvo un sueño sobre esa famosa pintura. En el sueño, trabajaba como cuidador de la Capilla Sixtina. Un día oyó un fuerte estruendo en la capilla. Corrió rápidamente hacia el interior. En el suelo, hecho pedazos, estaba todo lo que quedaba del fresco más famoso del mundo. Miró hacia el techo. El yeso donde la imagen de Dios de Miguel Ángel había estado fijada durante quinientos años se había desprendido y caído al suelo. Dios se había caído del techo. El cuadro quedó completamente destruido y nunca pudo ser reparado.

Meyers utilizó esa historia como metáfora general de su libro. El Dios teísta tradicional del cristianismo ortodoxo, argumentó Meyers, ya no es viable. Admitió que «la pérdida de tal deidad supone una amenaza existencial para la franquicia religiosa. Sin embargo, nuestra supervivencia depende ahora de la muerte del Dios de Miguel Ángel. No se puede volver a montar, y mucho menos volver a unir al techo de un mundo que ya no existe».

En resumen, Meyers afirma que Dios, tal y como lo hemos entendido históricamente, ya no existe. Resulta que la revista Time tenía razón allá por 1966. Dios, al menos el Dios del cristianismo teísta clásico, está muerto. Pero aún así, es excepcionalmente difícil enterrarlo.

Llorando en la Tumba Divina

Después de décadas de lucha, finalmente llegué a la difícil conclusión de que mi fe en un Dios teísta tradicional se había ido y nunca más volvería. El Dios paternal personal, poderoso, sobrenatural, externo, intervencionista y humano de Miguel Ángel, que «tiene el mundo entero en sus manos», había caído del cielo y se había hecho añicos. Profundamente me afligí por la pérdida.

Durante ese tiempo de crisis existencial, personal y profesional, me encontré con una cita que me afectó profundamente. Leí la inquietante cita una y otra vez. Cada vez que lo hacía, sentía que un pedazo de mi corazón y mi alma se rasgaban.

La cita provenía de un libro llamado Conversaciones a medianoche, escrito por la poeta del siglo XX Edna St. Vincent Millay. En ella decía: «Dios ha muerto y los hombres modernos se reúnen cada noche alrededor de la tumba divina para llorar».

Me quedé mirando la cita durante mucho tiempo. Luego conecté mi teléfono inteligente y le pedí a Siri que pusiera la clásica canción de rock and roll de Don McLean, «American Pie». Al principio solo la escuché. Pero cerca del final de la canción, comencé a cantar junto con McLean mientras hablaba de campanas de iglesia rotas, de ir a una tienda sagrada donde la música ya no sonaba y de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo abandonando la ciudad el «día en que la música murió».

Y luego, con las evocadoras palabras de la poesía de Edna St. Vincent Millay, fui a la tumba divina y lloré.

[Para más reflexiones sobre la pérdida de la fe en un Dios tradicional, véase [God Is No Longer a Working Number: Rethinking Christianity in the Twenty-First Century](#), [Orthodox No Longer](#), [Three Possible Paths for People Who Lose Traditional Religion](#), [Do You Think I Am Still a Christian?](#), y [An Inconvenient Loss of Faith: A Theological Novel](#).]

Capítulo 7

Perdí la Fe en mi Vocación Ministerial.

Como era de esperar, perder la fe en la religión tradicional complicó mi vocación ministerial. Como sugiere el título de mi novela, fue «una pérdida de fe inconveniente». Al final, esa pérdida de fe puso fin prematuramente a mi vocación como ministro del Evangelio. Sin embargo, ocurrió lentamente, a lo largo de muchas décadas.

Aunque perder la fe en una Biblia literal causó problemas significativos en mi carrera bautista del sur, aún así me pareció liberador. De hecho, como ya se ha señalado, tomar la Biblia «en serio, pero no literalmente» salvó mi fe.

Perder la fe en la iglesia evangélica resultó mucho más doloroso. Dejar a tu familia, incluso una disfuncional, es un golpe muy duro. Sin embargo, al final, ese final necesario también resultó liberador. Dejar una denominación fundamentalista por una más progresista fue una decisión excepcionalmente vivificante.

Perder la fe en las doctrinas tradicionales creó una serie de desafíos para mi vocación religiosa. Sin embargo, dio como resultado una vida de fe más honesta, madura y auténtica. También descubrí que no estaba solo en ese viaje. Muchas personas en los bancos y muchas de las que estaban en los púlpitos albergaban dudas similares, lo que me pareció alentador.

Incluso perder la fe en el cuidado providencial de Dios, hasta cierto punto, no fue un factor decisivo para mi vocación. Aunque perdí la fe en la intervención sobrenatural directa de Dios, seguía creyendo que Dios obraba en el mundo a través de instrumentos humanos y que el «Dios crucificado» sufría con la humanidad. Y eso fue suficiente para mantenerme como ministro durante mucho tiempo.

Si mis dudas religiosas hubieran terminado ahí, podría haber permanecido en el ministerio cristiano principal todo el tiempo que quisiera. Desafortunadamente, esa no fue mi experiencia. Cuando mis dudas doctrinales se extendieron más allá de cuestiones secundarias (como el infierno y la expiación de sangre) hasta doctrinas cristianas fundamentales sobre un Dios sobrenatural y un Cristo divino, lo que estaba en juego se volvió mucho más importante.

Esas dudas teológicas latentes, combinadas con mi agonizante y lenta pérdida de fe en la religión institucional, condujeron inevitablemente a una crisis vocacional en toda regla.

El Sacerdote del Whisky

Durante aquellos difíciles años de dudas, leí la novela de Graham Greene, El poder y la gloria. En esta historia, un «sacerdote del whisky» sin nombre estaba huyendo. El gobierno mexicano había declarado ilegal a la Iglesia Católica y estaba persiguiendo y matando a todos los sacerdotes. El sacerdote del whisky era uno de los pocos (si no el último) clérigos rebeldes que quedaban.

La novela reveló rápidamente que el sacerdote del whisky era un clérigo profundamente defectuoso. Bebía demasiado. Amaba los placeres de este mundo más que la promesa del mundo venidero. Sufría de dudas religiosas. Le costaba rezar. Y, violando sus votos sacerdotales de celibato, tuvo un hijo.

Y, sin embargo, incluso bajo amenaza de muerte, el sacerdote del whisky continuó llevando a cabo su llamado y vocación. Dirigía misas católicas de al margen de la ley. Administró los sacramentos. Escuchó confesiones. Rezaba por los enfermos. Y enterraba a los muertos.

Yo tenía poco en común con el sacerdote del whisky. No bebía. Estaba en un matrimonio monógamo comprometido. Mi vocación no estaba amenazada por el gobierno ni por nadie más. En cambio, mi profesión era muy respetada. Aun así, me sentía profundamente identificado con este sacerdote que, a pesar de todas sus dudas y defectos, seguía cumpliendo con sus deberes sacerdotales.

Notas de un Predicador Herético

Durante años, logré mantener la fe suficiente para continuar con integridad mi vocación ministerial. Sin embargo, a medida que mis dudas aumentaban en intensidad, se hizo cada vez más difícil permanecer en el ministerio, como ilustran las siguientes anotaciones en mi diario.

- «Sigo evolucionando alejándome de la fe tradicional y acercándome a la fe no tradicional. Ya no puedo, en conciencia, abrazar plenamente el cristianismo ortodoxo. Sin embargo, tampoco estoy preparado para abandonarlo por completo. Así que vivo en esta cuerda floja, haciendo todo lo posible por no caerme. Me pregunto: ¿cuánto tiempo podré mantener el equilibrio?»

- «Todas estas dudas interminables sobre Dios y la iglesia son confusas, amenazantes y agotadoras para una persona de mi profesión. Pero el ministerio es todo lo que conozco. Es lo que hago. Es quien soy. A veces me siento como un caballo de un solo truco que está cansado del truco».
- «Mi depósito espiritual para mantener el trabajo pastoral está casi vacío. Y no veo que se llene pronto, si es que alguna vez lo hace».
- «Sigo luchando, prácticamente a diario, con la fe convencional y la religión institucional. A veces me siento como un «pastor muerto andante».
- «Jim (mi mejor amigo y también ministro) me dijo hoy que estaba «cansándose del baile». Se refería al «baile» de ejercer el ministerio pastoral mientras se pierde la fe tradicional. Por ejemplo, a menudo se debate sobre qué transmitir y cómo orar sin perder su integridad. Como Jim, me estoy cansando en la pista de baile».
- «Anoche volví a ver *Forrest Gump*. Me identifico especialmente con su larga carrera a través de Estados Unidos. Siento que he hecho una carrera de larga distancia similar como ministro vocacional. Después de años de correr, Forrest se detuvo abruptamente y dijo: «Estoy bastante cansado. Creo que me iré a casa ahora». Estoy a punto de hacer lo mismo».
- «Volví a leer *Leaving Church (Abandonando la Iglesia)* de Barbara Brown Taylor. Me conmovió profundamente su cita sobre dejar la religión institucional y el ministerio pastoral. Ella dijo: «Fue una buena vida durante mucho tiempo. Y luego llegó a su fin». Esa también se está convirtiendo rápidamente en mi historia».

El Caballito Balancín

Casi al final de mi vocación ministerial, volví a ver el clásico de Hollywood de 1960, *Inherit the Wind* (Heredar el viento). Es un relato ficticio del famoso «Ámbitos del juicio del mono » que tuvo lugar en un tribunal de Tennessee en 1925 por la enseñanza de la evolución en una escuela pública.

En la película, dos conocidos abogados de la época juzgaron el famoso caso. Aunque compartían una antigua amistad, en los últimos años se habían distanciado, principalmente por la religión. Una noche, los dos hombres se sentaron juntos en el porche de la pensión donde se alojaban durante el juicio y mantuvieron una larga conversación.

El fiscal, un creyente devoto, le preguntó a su viejo amigo, un agnóstico, por qué quería quitarle a la gente su religión, ya que les daba consuelo y esperanza. Señaló que muchas personas religiosas eran pobres y sin educación, y la religión era todo a lo que podían aferrarse.

En lugar de discutir el tema, el abogado de la defensa contó una historia de su infancia. Cuando era niño, se enamoró de un hermoso caballito balancín que estaba en el escaparate de unos grandes almacenes. Aunque quería el caballito balancín más que nada en el mundo, sus padres no podían permitirselo comprar.

Sin embargo, tras escatimar durante meses, los padres consiguieron comprarle el caballito por su cumpleaños. Se subió alegremente al caballito balancín y lo montó con entusiasmo. Pero a los pocos minutos, el caballo se rompió. Estaba construido con materiales de mala calidad y la madera también estaba podrida.

Continuó explicando que la religión institucional era como ese caballo balancín, hermoso por fuera pero incapaz de soportar el peso de la razón y la iluminación. También estaba infectado de podredumbre seca, que incluía ignorancia, e intolerancia, como quedó claramente demostrado esa semana entre la comunidad religiosa de la pequeña ciudad donde se celebró el juicio.

Durante los meses siguientes, reflexioné sobre esa escena de la película. Me sirvió como una poderosa metáfora de mi propia experiencia religiosa. Como ese abogado, yo quería un caballo balancín brillante y bonito. El caballo por el que aposté fue el cristianismo evangélico, que ofrecía un padre celestial amoroso y una familia cariñosa, necesidades que mi familia de origen no podía proporcionar. También quería el consuelo, la esperanza, la certeza y la dirección que conllevaba. Así que cuando vi por primera vez aquel hermoso caballo siendo adolescente, me subí a él de inmediato con alegría. Y durante un tiempo el paseo resultó estimulante.

Pero el caballo balancín evangélico no pudo soportar el peso de la ciencia, el escrutinio bíblico, el intelecto, las preguntas difíciles y las dudas religiosas. También descubrí que el caballo tenía podredumbre seca, incluidas creencias y actitudes tóxicas de la derecha religiosa que no podía tolerar. Al final, el caballo evangélico se rompió. Aun así, quería desesperadamente un caballito balancín para montar, y para entonces necesitaba uno para mantener mi carrera ministerial.

Así que fui a comprar un nuevo caballito balancín. Después de explorar las opciones, monté el caballo de la corriente principal del cristianismo y lo monté con fuerza durante casi veinticinco años. Pero se apoyaba en fundamentos religiosos tradicionales que, con el tiempo, ya no podía afirmar. También dependía de una institución religiosa que constantemente no estaba a la altura de sus ideales, y que me infligió un enorme dolor. A pesar de esos formidables desafíos, me aferré a ese caballo balancín de la corriente principal tan fuerte como pude durante mucho tiempo. Pero al final, se hizo imposible continuar el viaje y finalmente tuve que desmontar.

Algunos clérigos navegan con éxito por aguas similares sin dejar el ministerio, y no los juzgo. Pero para mí, seguir sirviendo a una iglesia tradicional sin afirmar su sistema de creencias o su estructura institucional me parecía incongruente y falso. Así que me jubilé anticipadamente y dejé el ministerio vocacional.

Sin Arrepentimientos

Sin embargo, no me arrepiento del viaje. El ministerio vocacional profesional satisfizo una gran cantidad de necesidades en mi vida, por lo que siempre estaré agradecido. También resultó ser una buena opción para mis intereses y habilidades. Y, a pesar de las dificultades, disfruté de la mayor parte. Los buenos años superaron con creces a los malos. En general, el ministerio vocacional me proporcionó una carrera excepcionalmente buena. También tuvo el beneficio añadido de ayudar a un buen número de personas a lo largo del camino, al menos de manera modesta.

Hace varios años, después de que ambos nos jubiláramos por completo del ministerio, mi mejor amigo Jim y yo hablamos durante mucho tiempo sobre nuestras carreras en la iglesia. Al final de la conversación, Jim dijo: «No me arrepiento de mi vocación. Pero me alegro de haber terminado». Exactamente lo mismo que yo siento.

Parte 2

...Y Lo Que Permanece

Aunque la parte 1 ofrece una visión general precisa de mi viaje religioso, no es la historia completa. Aunque he perdido gran parte de mi fe original, sigo afirmando los siguientes aspectos esenciales de la espiritualidad:

- Sigo creyendo en Dios
- Sigo amando a Jesús
- Sigo apreciando la Iglesia
- Sigo experimentando la comunidad cristiana
- Sigo intentando vivir una vida cristiana

Sin embargo, antes de pasar a estos importantes temas, me gustaría hacer una nota adicional. Como puede ver, la parte 2 de **Mi largo adiós de la religión tradicional y lo que permanece** es más corta que la parte 1 (cinco capítulos en lugar de siete). Esto es intencionado por las tres razones siguientes.

En primer lugar, dado que la parte 1 repasa cuarenta y cinco años de mi vida y la parte 2 solo repasa cinco años, es inevitable que haya cierta disparidad en la longitud.

En segundo lugar, deconstruir la fe es mucho más fácil que reconstruirla. En el futuro, espero ofrecer más ideas sobre la fe no tradicional, especialmente la fe en un Dios no teísta. Pero por ahora, esto es lo que tengo que ofrecer.

En tercer lugar, estoy en un punto de mi vida espiritual en el que menos es más. Hoy en día sé menos sobre Dios y la fe que nunca, y creo que eso es saludable. Espiritualmente, estoy viajando ligero estos días. Cuando se trata de construir una nueva casa de fe, mi preferencia arquitectónica es el minimalismo.

Dicho esto, pasemos a lo que queda de mi vida espiritual.

Capítulo 8.

Todavía Creo en Dios.

Me especialicé en religión en la universidad. Un semestre tomé una clase llamada «Doctrina cristiana». Todavía recuerdo el examen final. El profesor lo escribió en la pizarra. Consistía en cinco palabras. «Describir la naturaleza de Dios».

Respiré hondo, saqué mi bolígrafo del bolsillo de la camisa y abrí mi «libro azul». (Para los lectores más jóvenes, un libro azul es un librito en blanco con unas veinte páginas rayadas que los estudiantes universitarios solían utilizar para responder a exámenes largos y abiertos). Empecé a escribir furiosamente sobre la naturaleza de Dios y no paré en una hora. Casi llené todo el libro azul. Y saqué un sobresaliente en el examen. El profesor me puso un sobresaliente y escribió: «Bien hecho, Martin».

Teología de Caja de Zapatos.

Hoy no podría repetir ese ensayo. A los 67 años, sé mucho menos de Dios que a los 20. En cambio, me identifico con los comentarios de Barbara Brown Taylor en *Leaving Church* (Abandonando la iglesia): «No puedo decir con certeza cuándo mis ideas fiables sobre Dios empezaron a desvanecerse, pero el gran cofre en el que las guardaba ahora es más pequeño que una caja de zapatos». La única diferencia entre ella y yo es que yo cambiaría «caja de zapatos» por «caja de cerillas». En lugar de necesitar un libro azul de veinte páginas, podría describir lo que sé sobre «la naturaleza de Dios» en un texto breve.

La mayoría de los cristianos de todo el mundo siguen afirmando su creencia en un Dios personal y todopoderoso que se preocupa providencialmente por el mundo, interviene de forma sobrenatural, responde a las oraciones y realiza milagros. En resumen, la mayoría de las personas de fe siguen afirmando el teísmo clásico. Y respeto a las personas que sostienen esta visión histórica ortodoxa. Yo lo hice durante muchos años, y satisfizo muchas necesidades importantes en mi vida.

Sin embargo, como ya se ha señalado, para mí (y para un número creciente de personas), estos antiguos conceptos teístas sobre Dios se han vuelto imposibles de creer en el mundo moderno. En palabras del obispo John Shelby Spong, «El corazón no puede adorar lo que la mente no puede creer».

Después de décadas de dudar, luchar, pensar y estudiar, ya no creo en el Dios de los credos del siglo IV o de la teología sistemática ortodoxa. El Dios en el que creo es mucho menos definible y predecible. En lugar de conceptualizar a Dios como una deidad personal, humana y sobrenatural, lo imagino como el Espíritu misterioso, creativo, conectivo, evolutivo, inteligente, fuerza vital, fuerza energética y animador del universo. Por supuesto, mi visión puede no ser correcta. Pero aquí es donde me encuentro actualmente en el viaje espiritual. Y tengo mucha compañía.

En Buena Compañía

Un concepto no teísta de la fuerza vital de Dios no es nuevo ni único. Aunque es una opinión minoritaria en el cristianismo, existe desde hace mucho tiempo. Y está ganando terreno en el siglo XXI.

Encontramos destellos de este tipo de Dios en las Escrituras. Por ejemplo, en el libro del Éxodo, Dios le dice a Moisés: «Yo soy el que soy». Algunos traducen eso como «Seré quien seré». Moisés quería claridad y precisión sobre Dios. En cambio, Dios definió su ser en términos muy misteriosos y ambiguos. En Hechos 17, el apóstol Pablo habló de Dios como aquel en quien «vivimos, nos movemos y somos» (v. 28 NVI). Ambos ejemplos bíblicos encajan bien con un concepto no teísta de una fuerza vital, una fuerza energética, un Espíritu universal.

Si el espacio lo permitiera, se podrían dar muchos ejemplos a lo largo de la historia de la Iglesia de creyentes que afirmaron puntos de vista no teístas de Dios, incluido el místico Julián de Norwich, en el siglo XIV. Pero a efectos de este capítulo, solo voy a compartir un puñado de ejemplos contemporáneos.

Quizás el defensor más conocido de esta visión es el difunto obispo John Shelby Spong. Argumentó en sus numerosos libros que «la comprensión de Dios como un padre teísta y sobrenatural en el cielo... ya no es operativa». En su lugar, afirmó: «Ha llegado el momento de crear algo nuevo». No ofreció una alternativa simplista de esta «nueva cosa» porque no existe. En su lugar, dijo que «Dios, el Fundamento del Ser, es la fuente última de la vida y el amor». Definió a Dios «como el Ser que no es un ser» y dijo que «Dios es la vida que vivimos, el amor que compartimos, el Ser en el que estamos unidos».

Marcus Borg llama a esta visión de Dios «panenteísmo». Este concepto «imagina a Dios como el Espíritu que lo abarca todo y en el que todo lo que es, es. El universo no está separado de Dios, sino en Dios». En otras palabras, «Dios no está «ahí fuera», sino «aquí mismo», a nuestro alrededor». Según esta visión, «Dios es más que todo, así como todo está en Dios». Él «imagina a Dios como una realidad no material que impregna el universo y que es más que el universo».

Jeffrey Frantz avanza este mismo concepto. Dice: «El Dios al que me refiero no es el Dios del teísmo sobrenatural; Dios no es un ser real, que se cierne sobre el mundo de alguna manera orquestando los acontecimientos aquí en la tierra. Más bien, Dios es Espíritu; Dios es energía y amor infinitos, una presencia permanente y un misterio sin fin».

Si el espacio lo permitiera, se podrían citar docenas de otros escritores. Por ejemplo, Diana Butler-Bass dice: «Por el planeta se extiende una concepción cambiante de Dios... Dios en el cielo está dando paso al Espíritu que está dentro de nosotros». Barbara Brown Taylor ofrece un concepto de Dios (basado en la física cuántica) como «la red luminosa» del universo que mantiene unido todo y a todos y que aporta energía, inteligencia y pasión al mundo.

Nadando de Espaldas Hacia lo Desconocido.

Cada una de las personas mencionadas anteriormente ha pasado, con el tiempo, de una comprensión teísta de Dios a una visión no teísta. Y aunque tienen opiniones ligeramente diferentes, comparten una cosa en común. Sus puntos de vista teológicos no son simplistas ni fáciles de explicar. Me recuerdan a un niño de sexto grado de una de mis clases de confirmación hace varios años que dijo: «¡Toda esta teología me está dando dolor de cabeza!». Pero si queremos ir más allá de una teología de sexto grado, los cristianos del mundo moderno deben reflexionar seriamente sobre Dios, aunque nos dé un poco de dolor de cabeza.

Afirmar un Dios no teísta requiere una gran modestia teológica. Como me dijo recientemente uno de los lectores de Doubter's Parish, afirmar esta visión no tradicional de Dios es como «nadar de espaldas hacia lo desconocido». La certeza y la claridad absolutas no son posibles con este modelo nebuloso de Dios. En su lugar reina el misterio y la ambigüedad.

Describir a Dios como un espíritu de fuerza vital y energía me recuerda a una vieja película llamada Hijos de un Dios menor. Una escena conmovedora de la película muestra a un hombre escuchando con alegría música clásica. Una mujer sorda le pide que describa cómo suena la música. Con lenguaje de señas y movimientos interpretativos, lo intenta, pero finalmente se rinde y dice: «No puedo».

Es imposible decir con palabras y señas cómo suena la música. También es imposible decir con palabras o imágenes exactamente cómo es un Dios no sobrenatural y no teísta. Esa es una de las razones por las que me atrae tanto. Como dijo San Agustín una vez: «Si lo entiendes, no es Dios». Y como Moisés aprendió en una misteriosa zarza ardiente en el desierto hace mucho tiempo, no se puede dar a Dios un nombre definitivo y limitante, poner a Dios en una caja y domesticar a Dios. En cambio, el Espíritu animador de la vida del universo se identifica a sí mismo como «Yo soy el que soy».

En cierto modo, una visión moderna no teísta de Dios es «volver al futuro». En los primeros tiempos de la humanidad, la gente creía en un Espíritu universal misterioso, ambiguo, animador y con fuerza vital. Pero con el tiempo, la gente empezó a humanizar este Espíritu universal. Así, a lo largo de los siglos, crearon un Dios de la fertilidad, un Dios guerrero, un Dios rey, un Dios filósofo, un Dios padre y, en última instancia, un hombre/Dios humano/divino (Jesús).

Los defensores de la teología no teísta creen que es necesario invertir este modelo tradicional. En lugar de humanizar a Dios a nuestra propia imagen, argumentan que necesitamos deshumanizar a Dios. En resumen, los no teístas quieren volver a la imagen más antigua de Dios como un Espíritu universal misterioso, unificador, fuerza vital, fuerza energética y animador.

Una Visión Evolutiva de Dios

Mi teología tardó décadas en evolucionar desde ver a Dios como un Padre celestial personal, poderoso, sobrenatural e intervencionista hasta verlo como un Espíritu que anima la fuerza vital. Las siguientes anotaciones en mi diario registran algunos breves destellos de ese complejo viaje.

- «Me estoy dando cuenta de que Dios es mucho más grande, más complejo y más misterioso de lo que el cristianismo ortodoxo histórico está dispuesto a reconocer. En estos días, tengo mis creencias tradicionales sobre Dios de manera más flexible».

- «No experimento a Dios como un Padre celestial personal y cercano como lo hacía antes. En cambio, pienso en Dios como una gran fuerza misteriosa. Parte de mí se siente amenazada por ese cambio. Pero otra parte de mí se siente cada vez más cómoda con la ambigüedad».
- «No creo que vaya a desarrollar nunca una teología de Dios que funcione por completo. Y tal vez esa visión sin resolver, incompleta y limitada sea suficiente. Incluso podría ser una mejora con respecto a la certeza simplista que tenía antes».
- «Estoy perdiendo la fe en un Dios sobrenatural. En su lugar, estoy llegando a creer en un Dios «supernatural», uno que trabaja orgánicamente en el reino natural, no en el reino sobrenatural. No es tan satisfactorio como la visión tradicional de un Dios intervencionista y hacedor de milagros. Pero es mucho mejor que tratar de creer en un Dios de cuento de hadas que no existe».
- «Anoche tuve una experiencia espiritual viendo un reportaje de **60 Minutos** sobre el telescopio Hubble. Destacaba nuestro increíble universo masivo con miles de millones de galaxias y billones de planetas y estrellas. ¡Y era magnífico! También apuntaba a un Espíritu universal de vida, energía, creación, evolución y misterio mucho más allá de las declaraciones de la religión tradicional sobre «el hombre de arriba».
- «Parece que estoy cambiando hacia una nueva visión espiritual del mundo. Un Dios tradicional «allá afuera», separado del mundo, que «bajó» para salvarnos a través del sacrificio de Jesús, me parece pequeño y pobre. En cambio, me siento cada vez más atraído por un Espíritu de fuerza vital que conecta a todo el universo (animales, plantas, humanos, estrellas, planetas, galaxias e incluso objetos inanimados) en una misteriosa red de vida interrelacionada. Este Espíritu envuelve el universo (sin dejar de ser más que el universo), ofreciendo una especie de trascendencia no tradicional, llena de misterio y asombro. Esto no se parece en nada al Dios del teísmo clásico. En cambio, me parece mucho más rico. Esto podría convertirse en una espiritualidad vivificante para mi alma, pero no para mi profesión. Si atravieso completamente esta puerta, tendré que cerrar muchas otras. Me emociona y me asusta al mismo tiempo».

De Los Diez Mandamientos a La Guerra de las Galaxias.

Este capítulo es el más teórico (y el más largo) de este libro. ¿Por qué? Porque es difícil describir adecuadamente el cambio de un modelo teísta a uno no teísta de Dios. Así que, a riesgo de simplificarlo en exceso, permítanme compartir una metáfora cinematográfica para ayudar a aclarar el punto.

La épica película de Cecil B. DeMille de 1956, *Los Diez Mandamientos*, representa a Dios como una deidad intervencionista que todo lo sabe y todo lo puede. En esta película clásica, Dios ordena a Moisés que regrese a Egipto y convenza al faraón de que libere al pueblo hebreo de su cautiverio en la esclavitud. A medida que se desarrolla la historia, Dios libera a los israelitas a través de poderosos milagros, incluyendo diez plagas sobre los egipcios y una dramática separación del Mar Rojo. Moisés presenta entonces a los israelitas las tablas de piedra de los Diez Mandamientos de Dios, que deben ser obedecidos fielmente. Esta visión teísta tradicional de un Dios masculino y poderoso que escucha las oraciones, obra milagros y exige obediencia sigue siendo sostenida por muchos creyentes en la actualidad.

Nacida en 1977, la franquicia cinematográfica de La Guerra de las Galaxias ha dado lugar a más de una docena de películas y otros productos derivados. La saga de La Guerra de las Galaxias es demasiado complicada para resumirla aquí. Pero una constante en el universo de La Guerra de las Galaxias es la presencia de «la Fuerza», como en «Que la Fuerza te acompañe». La Fuerza no es una deidad tradicional ni una religión organizada. El fenómeno de La Guerra de las Galaxias puede ilustrar el creciente número de personas que abrazan expresiones de fe no tradicionales. Para ellos, Dios no es un Padre celestial personal, sobrenatural, en el cielo, sino un espíritu de fuerza vital/energía que impregna el universo. Las personas que sostienen este punto de vista han abandonado la creencia en un Dios teísta. Sin embargo, siguen afirmando su fe en una espiritualidad que busca el amor y la justicia en el mundo, y desean participar en ese noble esfuerzo.

En resumen, yo (junto con mucha otra gente) he pasado de una comprensión teísta de Dios a un modelo no teísta de La Guerra de las Galaxias. Este Dios no puede ser encasillado ni comprendido plenamente. En cambio, esta visión de Dios conlleva mucha ambigüedad e incertidumbre.

Fortalezas de la Teología No Teísta

Todo modelo teológico tiene fortalezas y debilidades. Ese es ciertamente el caso de una comprensión no teísta de Dios como fuerza vital/energética. Repasaré algunas de ellas ahora.

Por un lado, hay mucho que gusta de este punto de vista. Por un lado, es creíble en una era científica moderna. Para un número creciente de personas, creer en un Dios teísta tradicional, personal, sobrehumano e intervencionista que controla el mundo es como creer en el Ratoncito Pérez, el Conejo de Pascua y Papá Noel. Una visión no teísta, al menos para muchos, tiene viabilidad intelectual. Les parece más real, honesta y auténtica.

Muchos defensores de esta visión aprecian su espíritu no exclusivo. Un Dios no tradicional no se limita a una tradición religiosa específica. La gente no tiene que elegir entre el cristianismo, el judaísmo, el islam, el hinduismo, el budismo o una fe más centrada en el humanismo. Un Dios no teísta puede «actuar» en cualquier tradición religiosa o en ninguna tradición religiosa.

Este espíritu no exclusivo me recuerda a una escena de un conmovedor episodio de *This is Us*. En esta historia, la hermana de un niño se enfrenta a una cirugía de emergencia en un hospital en Nochebuena. Mientras esperan a que comience la cirugía, los padres del niño le permiten ir a la tienda de regalos del hospital.

El niño se interesa inmediatamente por un estante de artículos religiosos. Primero, mira una estatua de la Virgen María. Luego examina un belén con el niño Jesús. Finalmente, ve una menorá judía utilizada durante la temporada sagrada de Janucá. El niño pregunta al dependiente de la tienda: «Si quisiera rezar, ¿cuál de estas obras es la mejor?».

La mujer respondió: «Al final, todos cumplen su función». Las personas que afirman que Dios no es un ser trascendente no creen que una religión sea correcta y todas las demás sean incorrectas. Creen que Dios trasciende todas las construcciones religiosas humanas, incluida la suya, y lo ven como una fortaleza, no como algo exclusivo.

Se podrían añadir muchos otros aspectos positivos. Por ejemplo, como se mencionó brevemente en un capítulo anterior, una visión no teísta de Dios permite a las personas dejar de lado su ira hacia Dios por no intervenir providencialmente para aliviar el sufrimiento. Un Dios no teísta no interviene ni puede intervenir en el mundo. Eso no es lo que es un Dios no teísta ni lo que hace un Dios no teísta. Como se ha señalado anteriormente, este Dios es un Dios «supernatural», no «sobrenatural». Enfadarse con un Dios no teísta por no ser un Dios teísta sería como enfadarse con un perro por no ser un caballo. Es irracional e innecesario.

Una visión no teísta de Dios es la única solución razonable que veo al enorme problema teológico del sufrimiento. En un mundo de sufrimiento brutal y abrumador (tanto en el mundo natural como en la historia humana), un Dios todopoderoso,

omnisciente, intervencionista y sobrenatural que ama a todos simplemente no es creíble para un gran número de personas. Si ese Dios existiera, el mundo sería radicalmente diferente de lo que es. Basta con ver unas cuantas noches las noticias de la noche para tener claro que un Dios teísta no existe. Para los no tradicionalistas como yo, la única solución viable al problema de la teodicea (aparte del ateísmo) es adoptar una visión no teísta de Dios.

Esta cosmovisión teológica también recuerda a la gente que un Dios teísta tradicional no va a arreglar los problemas del mundo. En cambio, depende de nosotros resolver los desafíos apremiantes como el cambio climático, la violencia, el racismo y la pobreza. Y la creencia de que un espíritu vital envuelve y conecta todo el universo proporciona un imperativo moral para hacerlo. En resumen, somos de hecho los guardianes de nuestro hermano (y del planeta). Por lo tanto, una visión no teísta de Dios proporciona una fuerte motivación para participar en el servicio compasivo y la justicia social, que es una de sus principales fortalezas.

Debilidades de la Teología No Teísta

Por supuesto, una visión no teísta de Dios también incluye debilidades. Por ejemplo, como ya se ha visto anteriormente, este modelo de Dios no es fácil de explicar o entender. En cambio, es enormemente ambiguo, lo que significa que nunca atraerá a un gran número de seguidores. Y lo que es aún más problemático, muchas personas se opondrán firmemente a esta visión. En resumen, la mayoría de los cristianos no harán este cambio teológico. Lo cual me recuerda una vieja historia sobre un monasterio.

En esta historia, uno de los monjes murió y lo colocaron en la gran cripta donde enterraban a todos los monjes muertos. Tres días después, los monjes oyeron ruidos procedentes del interior de la cripta. Cuando quitaron la pared de piedra, encontraron a su hermano vivo. Lleno de asombro, dijo: «Oh, hermanos, he estado allí. He estado al otro lado. ¡He visto el cielo!». Luego añadió: «Y no se parece en nada a lo que nos han enseñado. ¡No es en absoluto como dice nuestra teología!». Cuando dijo esas palabras, los otros monjes lo arrojaron de nuevo a la cripta y sellaron la pared.

La mayoría de las personas religiosas no responden bien cuando se cuestionan sus creencias de toda la vida. Y eso es especialmente cierto cuando se trata de creencias sobre la naturaleza de Dios. Pedir a los creyentes tradicionales que se deshagan de sus creencias fundamentales sobre la identidad de Dios es demasiado para ellos.

Y esa visión tradicionalista debe ser respetada. Me complace compartir mis creencias no teístas sobre Dios con otras personas. Sin embargo, no soy un evangelista de esas creencias. No busco convertir a la gente del teísmo al no teísmo. En su lugar, ayudo a

las personas que ya están en ese camino a navegar la (a menudo) arriesgada transición.

Otra debilidad es que esta visión de Dios, al menos para mí, no es tan emocionalmente satisfactoria como la visión teísta tradicional. Me gustaba tener un Padre celestial providencial y una relación personal con mi mejor amigo Jesús. Echo de menos ese tipo de fe y lamento su pérdida. Pero ya no puedo creerla ni experimentarla. El teísmo clásico ya no tiene sentido para mí. Como muchos otros, llegué a un punto en el que tuve que redefinir mi comprensión de Dios o rechazar a Dios por completo. Para mí, tener una fe no teísta es mucho mejor que no tener fe.

Otro problema con una visión no teísta de Dios es que no es institucionalmente amigable. Intentar imponer esta visión en las iglesias tradicionales traería un enorme dolor y conflicto. En mi opinión, es injusto pedir a las congregaciones que se deshagan de miles de años de creencias y tradiciones y adopten una comprensión radicalmente diferente de «Dios, el Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra». Para la gran mayoría de las iglesias, es una petición demasiado grande.

Incluso el obispo Spong entendió este desafío. Se preguntaba si su «remedio» para el cristianismo moderno (pasar de la teología teísta a la no teísta) podría acabar con él. Sin embargo, consideraba que un cambio no teísta era la única forma de que el cristianismo y la iglesia sobrevivieran a largo plazo. El jurado seguirá deliberando sobre este asunto durante mucho tiempo.

Por el momento, la fe no teísta puede funcionar bien para las personas, incluidos los feligreses que todavía encuentran valor en la religión organizada (a pesar de su teología, himnología y liturgia teístas). Pero es problemático imponer este punto de vista a las congregaciones en su conjunto. La única excepción serían las nuevas congregaciones que comienzan con una teología no teísta claramente comunicada a la que los miembros se adhieren a sabiendas de antemano.

La debilidad final de la teología no teísta es que puede poner al clero en una posición excepcionalmente difícil. Eso es ciertamente cierto en mi experiencia. En la jubilación, afirmo felizmente una visión no teísta de Dios. Para mí es la única opción de fe viable disponible. La encuentro vivificante, liberadora y significativa. Sostiene mi alma de una manera que la religión tradicional ya no puede. Pero, por desgracia, tuve que dejar el ministerio vocacional para poder adoptar plenamente este punto de vista. Algunos clérigos encuentran la manera de equilibrar su teología no teísta en su iglesia teísta. Pero yo no pude.

Vivir En El No Saber

De 2007 a 2015, el canal por cable AMC produjo un programa de televisión llamado **Mad Men**, (*Hombres locos*) contaba la historia de una empresa de publicidad de la ciudad de Nueva York en la década de 1960. Cuando se estrenó, vi varios episodios y luego lo dejé. En aquel momento, me pareció que la serie mostraba a gente superficial que buscaba el sentido de la vida en los lugares equivocados, sobre todo en la riqueza, el alcohol y el adulterio. Sin embargo, durante los largos días de la pandemia, le di una segunda oportunidad a **Mad Men**. Me di cuenta de que tenía mucha más profundidad de lo que pensaba.

En un episodio, los dos personajes principales, Don y Peggy, entablan un interesante diálogo. Peggy está nerviosa por un gran discurso publicitario que tiene que hacer al día siguiente. Le pregunta a su jefe, un hombre llamado Don Draper: «¿Esta idea es la correcta o no?». Don responde: «Esa es una pregunta difícil. Nunca se sabe. Así es el trabajo». Peggy dijo: «¿Cuál es el trabajo?». Don responde: «Vivir en el desconocimiento».

Don Draper tenía razón. La vida siempre consiste en «vivir en el desconocimiento». Si algo hemos aprendido en la pandemia es lo impredecible que puede ser la vida, incluido nuestro bienestar físico, financiero y emocional. Por supuesto, la gente odia no saber. La ambigüedad no es popular, especialmente en Estados Unidos.

Así que intentamos crear certeza. Hacemos ejercicio en el gimnasio para mantenernos en forma. Ahorramos e invertimos para acumular seguridad financiera. Y recurrimos a la religión para que nos ofrezca respuestas, consuelo y certeza. Pero la certeza es un mito, incluso en asuntos espirituales. Especialmente en asuntos espirituales.

Aunque no faltan líderes religiosos que proclaman la certeza, para mí nunca es así. Una de las principales razones por las que dejé la religión evangélica conservadora es porque ofrecía demasiadas respuestas, hacía muy pocas preguntas y castigaba a los que lo hacían.

El hecho es que no somos Dios. No lo sabemos todo. Como dijo una vez el apóstol Pablo: «Vemos a través de un espejo, oscuramente» (1 Corintios 13:12). Por lo tanto, la religión en blanco y negro que no deja lugar a la incertidumbre es a la vez malsana y poco auténtica. Como también dijo una vez un creyente: «Lo contrario de la fe no es la duda, sino la certeza». En lugar de resistirse a la ambigüedad, las personas espiritualmente maduras la aceptan plenamente. Viven con alegría en el «no saber» en lo que respecta a sus creencias específicas sobre Dios, incluyendo cuestiones en torno al teísmo o al no teísmo.

En la Dirección Correcta

En estos días disfruto leyendo cuentos a mis nietos. Uno de mis libros infantiles favoritos es el cuento clásico de E. B. White, **Stuart Little**. En esta historia, un personaje parecido a un ratón llamado Stuart se embarca en una gran aventura en busca de su querida amiga, un pájaro llamado Margalo. La historia termina con Stuart todavía buscando a su amiga. ¿La encontró alguna vez? Nunca lo sabemos. Lo único que sabemos es que Stuart «de alguna manera sentía que iba en la dirección correcta». E. B. White recibió muchas quejas por ese final ambiguo. Respondió a las críticas diciendo: «La vida es esencialmente inconclusa».

Después de toda una vida tratando de comprender la naturaleza de Dios, he llegado a creer que un concepto no teísta de Dios como fuerza vital y energética va, en palabras de Stuart Little, «en la dirección correcta». Sin embargo, nunca sabré con certeza si este es el mejor modelo de Dios para los creyentes modernos. Pero estoy de acuerdo con la incertidumbre. Después de todo, la vida (y la fe) se trata de «vivir en la incertidumbre». En cuestiones de fe, la ambigüedad va de la mano.

Capítulo 9

Aún Amo a Jesús

Hace muchos años, a finales de mis treinta, consideré seriamente dejar el ministerio. Temeroso de no tener suficiente fe en mi tanque espiritual para continuar con una vocación religiosa, comencé a explorar otras opciones. Mientras luchaba con esa difícil decisión, asistí a una reunión pastoral en una iglesia cercana. Una vez concluida la reunión y dispersada la multitud, entré en el histórico santuario, con la esperanza de encontrar un momento de reflexión tranquila. Sin embargo, en lugar de centrarme en mi dilema vocacional, me sentí atraído por las exquisitas vidrieras. Al observarlas más de cerca, me di cuenta de que contaban la historia de Jesús.

Jesús En Las Vidrieras

- La vidriera que representa su nacimiento me recordó que Jesús fue un ser humano real, de carne y hueso.
- La ventana que representa su bautismo me recordó mi propio bautismo, cuando yo, como Jesús, fui reclamado como un amado hijo de Dios.
- La ventana que representa su encuentro con la mujer en el pozo me recordó que Jesús ofrece agua viva a los que tienen sed.
- La ventana que lo representa curando a un niño me recordó que Jesús está lleno de compasión y ofrece sanación para nuestro quebranto.
- La ventana que lo representa bendiciendo a los niños me recordó el tierno amor de Jesús por los más vulnerables entre nosotros.
- La ventana que lo representa rezando en agonía en el jardín de Getsemaní me recordó que Jesús, como nosotros, experimentó miedo y ansiedad.
- La ventana que lo representa sufriendo en la cruz me recordó que Jesús comprende y entra en el dolor humano.
- La ventana que representa su resurrección me recordó que incluso en la muerte y la oscuridad, la vida y el amor de Jesús prevalecen en última instancia.

Mientras caminaba lentamente por el santuario mirando las ventanas, las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro. Las imágenes de la vida de Jesús en las vidrieras me conmovieron hasta lo más profundo de mi ser. Me recordaron que la historia de Jesús, independientemente de su exactitud histórica literal, es la historia que define mi vida, proporcionándome significado, propósito y esperanza. A pesar de todas mis dudas religiosas, supe en ese momento que todavía amaba a Jesús, que todavía le pertenecía y que todavía quería servirle y seguirle. Esa epifanía añadió más de veinte años a mi vida como pastor. Nunca me he arrepentido de esa extensión.

¿Por qué sigues siendo cristiano?

Hace poco mantuve una animada conversación por correo electrónico con un ateo confeso. Después de leer varios artículos en mi sitio web Doubter's Parish, quiso hacerme algunas preguntas. Intercambiamos una serie de correos electrónicos, explicando respetuosamente nuestras posiciones. Como era de esperar, coincidimos en algunos temas y discrepamos en otros. Hacia el final de nuestra correspondencia, me preguntó: «Dadas tus dudas sobre la fe tradicional y tus decepciones con la religión institucional, ¿por qué sigues siendo cristiano?». Sin dudar, respondí: «Porque sigo amando a Jesús».

De la Representación de la Gran Obra de la Pasión a Jesucristo Superstar.

Sin embargo, mi amor por Jesús no significa que afirme la cristología tradicional. Incluso durante mis primeros años de fe, a veces me costaba creer historias sobrenaturales sobre la divinidad de Cristo. Por ejemplo, durante la universidad, trabajé como ministro de jóvenes en Inglaterra. Por desgracia, ¡era Inglaterra, Arkansas! Durante las vacaciones de verano llevé a mi grupo de jóvenes a una representación de La Gran Pasión en Eureka Springs, Arkansas, que recrea la última semana de la vida de Jesús.

Pero en lugar de sentirme inspirado por la obra, la representación me pareció artificial, cursi y de mal gusto. Incluía ángeles, terremotos, milagros sobrenaturales, el cadáver resucitado de Jesús y personas muertas que salían de sus tumbas tras la resurrección de Cristo. Quizás lo peor de todo fue que la obra terminaba con la ascensión corporal de Jesús al cielo, una creencia totalmente imposible en una era de cosmología moderna. Todo el asunto parecía un cuento de hadas, irreal e increíble.

Varios meses después vi una representación de Jesucristo Superstar, que comenzaba con Judas dudando de la divinidad de Jesús y terminaba con la crucifixión. A diferencia de La Gran Pasión, que representaba a un Cristo totalmente divino, Jesucristo Superstar representaba a un Jesús totalmente humano. Aunque en ese momento me sentí culpable por ello, instintivamente sospeché que Jesucristo Superstar se acercaba mucho más a la verdad que La Obra de la Gran Pasión.

¿Cuál es tu Postura Sobre el Nacimiento Virginal?

Mark Twain dijo una vez: «Tener fe es creer en algo que sabes que no es verdad». Pero no tiene por qué ser así. Es posible amar a Jesús sin cerrar la mente. Por ejemplo, considera el nacimiento virginal. Aunque los tradicionalistas creen que es una doctrina no negociable, la mayoría de los eruditos religiosos y cristianos progresistas no se lo toman literalmente.

Es muy poco probable que Jesús naciera de una virgen. No solo porque es una creencia tan increíble, que lo es. O que las historias sobre nacimientos de vírgenes fueran comunes en el mundo antiguo, que lo eran. Sino porque la propia Biblia plantea dudas sobre su veracidad histórica.

Por ejemplo, Jesús nunca dijo una palabra sobre el nacimiento de la virgen. El apóstol Pablo no lo menciona. El Evangelio más antiguo (Marcos) no lo menciona. Tampoco el Evangelio de Juan. Su silencio al respecto es un fuerte indicador de que el nacimiento virginal es una construcción teológica, no una realidad histórica.

Hace poco oí un chiste sobre una creyente conservadora de la iglesia que dudaba de la ortodoxia de su pastor. En cambio, sospechaba que tenía creencias liberales. Así que un día, después de la misa, se enfrentó a él y le preguntó: «¿Qué opinas del nacimiento virginal?». Él respondió: «Estoy de acuerdo con Jesús, el apóstol Pablo, el Evangelio de Marcos y el Evangelio de Juan». Satisfecha con lo que había oído, ella respondió: «Me alegro de oírlo», y se marchó. Y si no entendiste el chiste, vuelve atrás y relee el párrafo anterior.

Deconstruyendo la Divinidad

Lo que quiero decir es que seguir a Jesús no requiere una ascensión mental a creencias inverosímiles. Y, para un número creciente de personas en el siglo XXI, las doctrinas tradicionales sobre la divinidad de Cristo se han vuelto imposibles de creer.

Durante más de dos siglos, los eruditos bíblicos han realizado una investigación exhaustiva sobre el Jesús histórico. Su consenso general es que, aunque Jesús habló de Dios y se refirió a Él, nunca afirmó ser Dios. En cambio, como registran los primeros Evangelios, Jesús rechazó repetidamente las afirmaciones de divinidad. A pesar de la reticencia de Jesús a aceptar una identidad divina, sus seguidores finalmente declararon que era Dios. No por ninguna motivación engañosa. En Jesús, vieron y sintieron la presencia de Dios de una manera que nunca antes habían experimentado. Así que era natural que, en las décadas posteriores a su muerte, llegaran a creer en su divinidad.

Es importante recordar que los primeros seguidores de Jesús vivían en un mundo totalmente diferente al nuestro. En aquel entonces, la gente creía que Dios intervenía constantemente en el mundo. Bajo cada roca yacía un ángel o un demonio. Su mundo vivía y respiraba el sobrenaturalismo. Así que cuando describían a Jesús, lo hacían en el único lenguaje que sabían usar: el sobrenaturalismo teísta.

Dada esa antigua cosmovisión, y el hecho de que los Evangelios se escribieron entre cuatro y siete décadas después de la muerte de Jesús, es fácil entender cómo la creencia en un Cristo divino echó raíces y evolucionó. Como resultado, surgieron historias fantásticas sobre un hombre nacido de una virgen que convirtió el agua en vino, caminó sobre el mar, resucitó a los muertos, se levantó de la tumba y ascendió al cielo. A la luz de estas realidades, muchos cristianos modernos, incluido yo mismo, han deconstruido la divinidad de Jesús y han resucitado su humanidad.

Reconstruyendo la Divinidad con la Ayuda de dos Obispos Herejes

Como se ha señalado anteriormente, comencé a tener dudas sobre la divinidad de Cristo en la universidad. Cuando compartí esas preocupaciones con mi asesor, me entregó un librito llamado *Honest to God* (Honesto ante Dios) de un obispo inglés «herético» llamado John A. T. Robinson. En muchos sentidos, ese libro salvó mi fe. Me enseñó que la duda no era el enemigo de la fe, sino parte de ella. Y me enseñó que estaba bien hacer preguntas difíciles sobre el cristianismo, incluidas las preguntas sobre la divinidad de Cristo.

Aunque el obispo Robinson rechazaba la creencia en un Cristo divino, tenía una opinión extremadamente alta de Jesús, a quien llamaba «el hombre para los demás» y «el rostro humano de Dios». Afirmó en *Honest to God* que «Jesús es el hombre para los demás, aquel en quien el Amor se ha apoderado por completo, aquel que está completamente abierto y unido a la Fuente de todo ser». Aunque el obispo Robinson entendía claramente que Jesús era humano y no divino, también fue capaz de decir que Jesús «era más que un simple hombre... Era una ventana en acción hacia Dios».

Décadas más tarde, leí otro libro de un obispo estadounidense «herético» llamado John Shelby Spong titulado *Why Christianity Must Change or Die* (Por qué el cristianismo debe cambiar o morir). Al igual que *Honest to God*, el libro del obispo Spong tuvo un profundo impacto en mi vida. Aunque el obispo Spong, al igual que el obispo Robinson, rechazaba a un Cristo divino, amaba, celebraba y seguía al Jesús humano que «vivió plenamente, amó sin medida y tuvo el valor de ser todo lo que Dios lo creó para ser».

Ambos obispos «heréticos» me enseñaron que los cristianos modernos pueden amar y seguir a Jesús sin afirmar antiguas doctrinas que no pueden profesar auténticamente. Aprendí de estos hombres que deconstruir la divinidad de Jesús no disminuye su singularidad ni su influencia en nuestras vidas. De hecho, es todo lo contrario. Un Jesús humano de carne y hueso es mucho más convincente que un Cristo mitológico legendario.

Sin embargo, cabe señalar que me llevó mucho tiempo llegar a esta conclusión. A pesar de las antiguas cuestiones cristológicas, incluidas las dudas sobre el nacimiento virginal de Jesús y los milagros sobrenaturales, afirmé en su mayor parte la creencia en «Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor» (de la segunda línea del Credo de los Apóstoles). Solo al final de mi vocación ministerial cambié finalmente, y de mala gana, mi fe de un Cristo divino a un Jesús humano.

Por lo tanto, soy profundamente sensible al hecho de que deconstruir la divinidad de Cristo y reconstruir la humanidad de Jesús no atraerá a todos (ni siquiera a la mayoría) de los cristianos. Muchos lo encontrarán ofensivo. Otros lo encontrarán inadecuado. Pero para un número creciente de cristianos progresistas, es la única forma de dar sentido a Jesús en el siglo XXI. Y, al menos para mí, es más que suficiente.

¿Son Ciertas las Historias que Nos Cuentan en la iglesia?

Hace poco oí una historia sobre una niña de siete años muy inteligente y su madre que mantenían una importante conversación teológica. Durante la época navideña, la niña jugaba con el belén de su familia. Mientras reordenaba las figuras de María y José, los reyes magos y los pastores, y los animales y los ángeles, le preguntó a su madre: «¿Son verdaderas las historias que nos cuentan en la iglesia?». ¡Qué gran pregunta! Ojalá más gente se sintiera libre de hacer este tipo de preguntas difíciles. Y me gustaría que más iglesias aceptaran este tipo de preguntas.

Lo mejor que pudo, esta madre, teológicamente astuta, le explicó a su hija que una historia puede ser cierta sin ser literal. Le dijo: «Cuando nació Jesús, probablemente no cantó un coro de ángeles en el cielo. Y probablemente no había una estrella brillante sobre el pesebre. Sin embargo, en esa primera Navidad, nació un bebé real llamado Jesús. Y cuando creció, nos enseñó a vivir y amar». En resumen, trató de comunicar a su hija que, aunque muchas de las historias que nos cuentan en la iglesia no son literalmente ciertas, están llenas de verdades importantes.

Hoy en día, las historias sobre un Cristo divino nacido de una virgen, caminando sobre el agua, curando a los ciegos y resucitando a los muertos no me interesan mucho. Sin embargo, las historias sobre un Jesús humano espiritualmente vivo que amaba a los pecadores, extendía la gracia, acogía a los forasteros, tocaba a los leprosos, bendecía a los niños, mostraba compasión, realizaba actos de bondad, desafiaba la religión tóxica y luchaba por la justicia social me conmueven profundamente.

Cantar Canciones acerca de Jesús

A lo largo de mi vida, especialmente en momentos de dificultad, a menudo he encontrado aliento y fuerza en las canciones acerca Jesús. Por ejemplo, cuando todavía estaba en la Convención Bautista del Sur y los fundamentalistas tomaron el control, me sentí desorientado, perdido, asustado y vulnerable. En el momento más bajo de ese terrible capítulo, hice una excursión de un día por el bosque. En el camino, me detuve para beber agua y descansar. Mientras estaba sentado en la rama caída de un árbol, alcé la vista y vi rayos de sol atravesando el bosque. Comencé a sentir emociones profundas brotando en mi alma, lo que me llevó a uno de los momentos espirituales más intensos de mi vida.

En medio de una ansiedad e incertidumbre extremas sobre mi futuro, me puse de pie, levanté las manos y canté: «Jesús me ama, esto lo sé, porque la Biblia me lo dice. Los pequeños le pertenecen; ellos son débiles, pero él es fuerte. ¡Sí, Jesús me ama! ¡Sí, Jesús me ama! ¡Sí, Jesús me ama! La Biblia dice así». De maneras que no puedo explicar del todo, sentí la presencia de Jesús conmigo, abrazándome en su amor. Ese profundo momento místico renovó mi espíritu y me dio la fuerza que necesitaba para superar esos días difíciles.

Hace unos veinte años, cuando los coros de alabanza estaban de moda, disfrutaba cantando una canción llamada «I Love You Lord». Básicamente es una canción de amor a Jesús. Desde entonces, a medida que mi teología ha evolucionado, no me siento tan cómodo con la letra, que afirma las creencias teístas tradicionales en un Cristo divino sobrenatural. Y, sin embargo, a nivel emocional, la canción sigue resonando en mí y, de vez en cuando, la canto en momentos de reflexión, oración y soledad. ¿Por qué? Porque incluso después de todos estos años, y de todas mis dudas, y de toda mi teología «sofisticada», sigo amando a Jesús, incluyendo su ejemplo, sus enseñanzas y su misión.

Amo el Ejemplo de Jesús.

A diferencia de mucha gente, Jesús nunca tuvo que decir: «Haced lo que yo digo, no lo que yo hago». En cambio, vivió plenamente sus valores. Aunque ya no creo en un Cristo divino tradicional, sí creo en el Jesús «rostro humano de Dios» y trato de seguir su ejemplo.

Creo en el ejemplo de amor, servicio y compasión de Jesús. Creo en el ejemplo de inclusión y gracia de Jesús. Creo en el ejemplo de respeto a las mujeres de Jesús. Creo en el ejemplo de Jesús de romper las barreras y prejuicios humanos. Creo en el ejemplo de Jesús de perdonar a las personas que le hicieron daño. Creo en el ejemplo de Jesús de buscar la justicia en el mundo. Y creo en el ejemplo de Jesús de cuidar de los pobres y marginados.

Amo las Enseñanzas de Jesús

La mayoría de la gente está de acuerdo en que Jesús fue uno de los más grandes maestros que el mundo haya conocido. En el gran mandamiento, Jesús nos enseñó a amar a Dios y al prójimo. En la Regla de Oro, Jesús nos enseñó a tratar a los demás como queremos que nos traten a nosotros. En el Sermón de la Montaña, Jesús nos enseñó pautas éticas (y prácticas) para vivir. Y en las parábolas, Jesús nos enseñó los misterios de Dios. Aunque sus lecciones no siempre son fáciles de seguir, cuando lo hacemos, nos llevan a una vida bien vivida, como ilustra el siguiente ejemplo.

El capítulo octavo del Evangelio de Juan registra una famosa historia sobre una mujer sorprendida en el acto de adulterio. Los intolerantes e indignados líderes religiosos la arrastraron hasta Jesús y le dijeron: «En la Ley, Moisés nos ordenó apedrear a esas mujeres. Ahora, ¿qué dices tú?» (v. 5 NVI). En ese momento dramático, Jesús enseñó una de las lecciones más importantes de su ministerio. Les dijo a esos maestros religiosos legalistas, santurrones y sentenciosos: «El que esté sin pecado, que tire la primera piedra» (v. 7 NVI). Si la gente siguiera esta extraordinaria enseñanza de Jesús, el mundo sería un lugar mucho mejor.

Amo la Misión de Jesús

La misión principal de Jesús en la vida no fue iniciar una nueva religión, ni animar a la gente a aceptarlo como «su Señor y Salvador personal», ni conseguir que la gente lo adorara, ni construir una institución religiosa. En cambio, la misión principal de Jesús era hacer avanzar el reino de Dios «en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10 NVI).

En pocas palabras, el reino de Dios es lo que sería el mundo si Dios tomara todas las decisiones. Como seguidores de Jesús, nuestro trabajo es ayudar a que eso suceda lo mejor que podamos con nuestra limitada capacidad. Por lo tanto, Jesús llama a los creyentes y comunidades religiosas de hoy en día a participar en los esfuerzos de construcción del reino, lo que incluye cuidar de la creación de Dios, acabar con el racismo, derrotar la pobreza, abogar por la paz y buscar la justicia. Intentar implementar la visión de Jesús del reino de Dios en la tierra es una misión digna de nuestras vidas.

Última Escena

Hay muchas cosas sobre Jesús que desconocemos. En muchos sentidos, su vida está envuelta en misterio y leyenda. Por lo tanto, los pensamientos que he compartido en este capítulo son provisionales, y algunas de mis conclusiones pueden ser erróneas. Lo que sí sé es que Jesús es la figura central en mi vida. Todavía tiene un llamado profundo y convincente sobre mí, y el deseo de mi corazón es seguirlo fielmente.

Hace varios años, vi la película **Silencio** (2016). La película cuenta la historia de un sacerdote del siglo XVII que hizo trabajo misionero en Japón. Durante años luchó con el silencio de Dios en medio de un gran sufrimiento y persecución. Se cansó de intentar promover el cristianismo en Japón con tan poco éxito.

Finalmente, principalmente para salvar a su congregación de la tortura mortal por la persecución del gobierno, renunció públicamente a su fe. Dejó el sacerdocio, se casó y siguió adelante con una vida secular, aunque uno se preguntaba si todavía mantenía en secreto una afinidad por Jesús.

Al final de la película, el exsacerdote murió. Su cuerpo fue colocado en un gran ataúd de madera. Antes de que se lo llevaran para incinerarlo, su esposa colocó un pequeño crucifijo en la palma de su mano, uno que le habían dado cuando llegó por primera vez como misionero a Japón. Cuando el fuego de la cremación comenzó a arder, la última imagen de la película fue el crucifijo en la mano del ex sacerdote.

Lloré mientras veía esa escena. Como ese ex sacerdote, me llevaré a Jesús a la tumba conmigo, agradecido por su impacto vivificante en mi vida.

¿Por qué sigo siendo cristiano? Porque sigo amando a Jesús. Y siempre lo amaré.

Capítulo 10

Sigo Apreciando la Iglesia

He vivido en Hawaii dos veces en mi vida. La primera cuando era niño, cuando mi padre estaba destinado en la base aérea de Hickam. La segunda cuando fui pastor de una iglesia baptista en Honolulu. Así que cuando se estrenó en 2011 **The Descendants** (*Los descendientes*), fui a verla inmediatamente. La película, ambientada en Hawaii, estaba protagonizada por George Clooney y obtuvo cinco nominaciones a los Oscar, incluida la de mejor película.

Mi Dolor y mi Alegría

En esta conmovedora y atractiva película, Clooney interpretó el papel de un abogado llamado Matt King. Trágicamente, su esposa Elizabeth sufrió un grave accidente de barco y entró en coma. Los médicos determinaron que el coma era irreversible. Como Elizabeth tenía un testamento vital, el hospital estaba obligado a retirar todos los medios de soporte vital y dejarla morir. En medio de todo este trauma, Matt se enteró de que su esposa había estado teniendo un romance. Así que tuvo que aceptar no solo su muerte inminente, sino también su infidelidad conyugal.

Antes de desconectar los aparatos de soporte vital, Matt fue al hospital para despedirse de su esposa. En una escena profundamente emotiva, besó a su esposa en coma por última vez. Luego le dijo con ternura: «Adiós, Elizabeth. Adiós, mi amor, mi amiga, mi dolor, mi alegría. Adiós».

Aunque esa conmovedora escena representa la compleja relación del matrimonio, a menudo la he pensado en términos de mi vida en la iglesia. A diferencia del personaje de Clooney, aún no le he dicho un «adiós» definitivo a la religión institucional. Sin embargo, al igual que Elizabeth, la esposa de Clooney, la iglesia ha sido tanto «mi dolor» como «mi alegría». Ya he compartido parte del dolor en capítulos anteriores, tanto en la iglesia evangélica como en la principal. En este capítulo me gustaría hablaros de parte de la alegría. Y hay mucho que compartir.

Estoy Agradecido por los Dones.

Al final de su libro **Freeing Jesus** (*Liberando a Jesús*), Diana Butler Bass expresó su agradecimiento a las numerosas personas e instituciones con las que se ha relacionado, incluida la iglesia, la universidad y el seminario conservadores de su juventud. Aunque ya no vive en ese mundo religioso, sigue apreciando las contribuciones que hicieron a su vida. Ella dice: «Estas comunidades moldearon mi fe en momentos importantes de mi juventud. Llegamos a tener muchos desacuerdos, pero no les guardo rencor. Estoy agradecida por los dones que me dieron cuando más los necesitaba».

Estoy de acuerdo con Diana. A pesar de mis decepciones y desacuerdos con la religión institucional, sigo apreciando los muchos dones que me dieron, como indican las tres entradas de diario siguientes. El primero, escrito dieciséis años después de dejar la Convención Bautista del Sur, ofrece una breve reflexión sobre mi vida en la SBC. Escribí la segunda entrada durante uno de mis pastorados en la Iglesia Metodista Unida. Y escribí la última entrada hace apenas unas semanas.

- «La CBS no solo me hizo daño y me quitó mis oportunidades vocacionales. También me dio algunos regalos preciosos. Lo más importante es que me presentó a Jesús, quien transformó mi vida y continúa haciéndolo. Se convirtieron en la familia que mi familia disfuncional de la infancia no pudo ser. Me amaron. Me afirmaron. Me educaron. Me dieron una vocación significativa como ministro del evangelio. Y me dieron oportunidades excepcionales de servicio a una edad temprana. En el panorama general de mi vida, la CBS me bendijo mucho más de lo que me hirió».
- «Hoy terminé de leer **The Memory of Old Jack** (La memoria del viejo Jack), una conmovedora novela sobre un granjero que encontró gran alegría en su vocación de trabajar la tierra. Yo no soy granjero. Pero como Jack, yo también tengo una vocación. Soy ministro del Evangelio. Soy solo un pequeño actor en una historia mucho más grande. Aun así, formo parte de una tradición de dos mil años. Predico esperanza, dirijo el culto, bautizo a niños y adultos, administro la Santa Comunión, ayudo a las iglesias a cumplir su misión, oro con los enfermos y atribulados, represento a un Dios de amor y misericordia, oficio funerales, celebro bodas, y así sucesivamente. A pesar de todos mis defectos, tengo el privilegio abrumador de formar parte de esta obra asombrosa. Este es mi lugar, mi nicho, mi llamado, mi vocación. Y me da gran alegría, me maravilla y doy gracias a Dios por el don».
- «A pesar de sus importantes defectos, la iglesia me dio vida en todos los sentidos: espiritual, emocional, educativo, vocacional, financiero y relacional. Todo lo que soy y tengo se lo debo a la iglesia de Dios. No quiero olvidar esto nunca»

«De Vez en Cuando Hemos Demostrado Ser Capaces».

En su libro **Thoughtful Christianity** (Cristianismo Reflexivo), Ben Daniel relata una larga lista de cosas horribles que la Iglesia ha hecho a lo largo de la historia (y sigue haciendo hoy en día). Luego escribe: «Pero no siempre». Y añade: «De vez en cuando hemos demostrado ser capaces».

La valoración de Daniel es correcta. A veces la Iglesia acierta. Y es importante recordarlo. Por ejemplo, a lo largo de los siglos, la Iglesia (al menos parte de ella) fundó universidades, estableció hospitales, creó arte, puso en marcha organizaciones benéficas, alivió el sufrimiento, puso fin al trabajo infantil, desafió la esclavitud e inspiró el Movimiento por los Derechos Civiles.

Incluso hoy en día, la Iglesia proporciona sentido, propósito y esperanza a millones de creyentes. Construye relaciones significativas y comunidades de fe. Da a las personas un sentido de trascendencia. Motiva a las personas a preocuparse por los demás. Promueve la generosidad, la ética responsable y los grandes ideales. E inspira la música, el arte y la belleza. No siempre es así, como ya hemos señalado. Pero a menudo es cierto. Y esa parte de la historia de la Iglesia necesita ser celebrada.

Comunidades de Fe de la Cuarta Etapa

Por supuesto, eso no cambia el hecho de que deben producirse cambios drásticos en la religión organizada. Como se mencionó anteriormente, todas las ramas de la iglesia (evangélica, principal, ortodoxa y católica romana) están seriamente descarriadas. No estoy seguro de que pueda (o incluso deba) sobrevivir en su forma actual. Se puede argumentar que la iglesia actual necesita morir (y parece que lo está haciendo) para poder resucitar en algo más saludable. Afortunadamente, un grupo creativo de personas capaces está soñando y trabajando para crear este tipo de comunidades de fe vivificantes.

Por ejemplo, en su libro **Faith after Doubt** (Fe tras la duda), Brian McLaren describe lo que él llama fe de «cuarta etapa». Según McLaren, la fe de cuarta etapa es post doctrinal.

No se trata de creencias religiosas, sino de vivir una vida de amor. Esta expresión de fe minimiza las doctrinas, abraza la paradoja, rezuma humildad, acoge la diversidad, se preocupa por el bien común y busca vivir «la fe que se expresa en el amor». Según McLaren, las comunidades religiosas de la cuarta etapa deben ser «grandes en acción, grandes en amor, pequeñas en creencias y pequeñas en burocracia».

Por desgracia, pocas iglesias establecidas están dispuestas a dar el paso a las comunidades religiosas de la «cuarta etapa». Pero algunas lo harán. Y un número creciente de nuevas iglesias busca emular este modelo. No soy un experto en este tema. Todos mis pastorados fueron en iglesias tradicionales. Pero sí sé esto. Si existiera una iglesia de «cuarta etapa» en mi comunidad, yo formaría parte de ella. Queda fuera del alcance de este libro exponer los principios y estrategias de un nuevo modelo de hacer iglesia. Pero para aquellos líderes visionarios que intentan crear lugares como este, estoy con ustedes.

Un Servicio de Nochebuena Imperfecto, Humano, pero Glorioso

Mientras trabajaba en este capítulo, recordé un incidente de mi primer pastorado metodista unido. En aquel momento, estaba cursando un doctorado en la Universidad de Vanderbilt. Mi iglesia se estaba preparando para el servicio de Nochebuena a la luz de las velas, uno de mis servicios de culto favoritos del año.

Como mis anteriores pastorados eran iglesias con muchos miembros, nunca me había preocupado mucho por todos los detalles prácticos de un servicio de Nochebuena. El personal y los voluntarios capacitados se encargaban de todo. Esta iglesia, aunque pequeña, tenía un equipo de culto que funcionaba bien. Así que supuse que tenían todo en orden. Resultó ser una suposición del todo errónea. Debería haberme involucrado mucho más en los detalles de la preparación.

Para empezar, no hicimos suficientes boletines para la gran multitud que asistió. Así que, tres minutos antes de que comenzara el servicio, me encontré en la oficina de la iglesia imprimiendo boletines adicionales mientras me ponía la túnica de clérigo, conectaba mi micrófono de solapa inalámbrico y hablaba con los miembros de la iglesia.

Cuando comenzó el servicio, con varios minutos de retraso, me di cuenta de que el sistema de megafonía no se había activado.

Durante la canción de apertura tuve que ir a la parte trasera de la iglesia y encenderlo. Un momento después, me di cuenta de que las luces del árbol de Navidad estaban apagadas. Hice un gesto a los acomodadores para que las encendieran, pero no entendieron lo que les estaba tratando de decir. Así que, mientras el presentador empezaba con la oración inicial, me acerqué al árbol para enchufarlo. Por desgracia, la oración fue corta. Después de que el oficiante dijera «Amén», la congregación se rio al verme inclinado sobre el árbol, tratando de meter el enchufe en la toma. Además, un bebé estaba llorando —muy fuerte— y apenas podía oírme hablar.

Unos momentos después, dirigí a la congregación en el paso de la paz. Aunque no me sentía muy en paz, dije: «La paz de Cristo esté con vosotros». La congregación respondió: «Y contigo también». Durante el tiempo de saludo que siguió, uno de nuestros ujieres se acercó a la plataforma para hablar conmigo. Qué amable, pensé. Vino a ofrecerme la paz de Cristo. Sin embargo, no dijo nada sobre la paz de Cristo. En su lugar, dijo: «Martin, ¡no tenemos velas!».

Debes recordar que se trataba de un servicio de culto con velas en Nochebuena. En ese momento, casi me pongo hecho una furia. Aun así, el culto tenía que continuar. Así que mientras el liturgista leía la historia de Navidad del Evangelio de Lucas y la congregación cantaba «Oh, pequeña ciudad de Belén», los ujieres buscaban frenéticamente nuestras velas de Nochebuena en el enorme armario del fondo del santuario. Cuando finalmente las encontraron, el ujier principal me miró, sonrió de oreja a oreja e hizo un dramático puño en el aire. En ese momento del servicio, yo estaba dando una breve oración. Mientras hablaba, observé a los ujieres colocar esos pequeños protectores redondos de papel en la parte inferior de cada vela (para evitar que la gente se quemara con la cera que goteaba).

La congregación no tenía ni idea de lo que estaba pasando. No podían ver todo el drama que se desarrollaba detrás de ellos. Sin embargo, desde mi posición, pude ver cada doloroso detalle, incluyendo a los ujieres quedándose sin protectores de velas. Vi cómo uno de ellos salió corriendo del santuario. Un momento después regresó, sosteniendo victoriosamente una pila de cartulina que había conseguido en la sección infantil. Empezó a recortar círculos de cartulina y a hacer agujeros en el centro para que sirvieran de protectores de cera caseros.

En ese momento, la crisis se había evitado y mi ansiedad se había calmado.

Era ya hora de celebrar el sacramento de la Santa Comunión, y esperaba con ansias esta parte especial del servicio. Sin embargo, cuando miré la mesa de la Comunión, noté que el cáliz estaba vacío. ¡Nadie ha puesto jugo de uva en la copa! Estaba mortificado. Afortunadamente, la congregación seguía cantando el canto de preparación para la comunión. Hice un gesto a una de las ujieras para que se acercara y, en un susurro, le expliqué la situación. Ella fue en silencio al altar, tomó el cáliz y se dirigió a la cocina para buscar el zumo de uva.

En ese momento comencé la Gran Acción de Gracias por el Santo Sacramento de la Comunión. Mientras decía: «Es justo, y bueno y alegre, darte gracias siempre y en todo lugar, Padre Todopoderoso», vi cómo la ujier regresaba de la cocina con un frasco de zumo de uva Welch's. Lo vertió con cuidado en el cáliz. Otro ujier seguía recortando pequeños protectores de velas de cartulina, haciendo agujeros en el medio y colocándolos en las velas.

El cáliz, ahora lleno de zumo de uva, fue llevado ceremoniosamente a la mesa de la comunión justo a tiempo para la consagración de los elementos. La gente de la congregación asumió que se trataba de una adición planificada al servicio, una forma de enfatizar lo sagrado del momento. Irónicamente, el error del zumo de uva aumentó la belleza de la experiencia.

Unos minutos más tarde, la gente empezó a acercarse para la Santa Comunión. Jóvenes y viejos, casados y solteros, felices y dolidos, persona tras persona recibía trozos de pan hechos en casa y los mojaba en el cáliz. Mientras yo decía: «El cuerpo de Cristo, entregado por vosotros», y el liturgista decía: «La sangre de Cristo, entregada por vosotros», un solista cantaba una hermosa música navideña. Sentí una abrumadora sensación de la presencia de Dios y de conexión con la comunidad.

Finalmente, el servicio estaba casi terminado. Justo antes de encender las velas y cantar «Noche de paz», las ujieras repartieron las velas a la congregación, que pensó que lo habíamos planeado así. Qué bien, pensaron, las ujieras esperaron hasta el final del servicio, cuando realmente los necesitábamos, para repartir las velas. ¡Qué poco sabían!

Para entonces, todas las velas estaban encendidas y la congregación cantaba «Noche de paz». Casi al unísono, el bebé que lloraba empezó a chillar de nuevo. Pero solo contribuyó al ambiente. Después de todo, estábamos celebrando el nacimiento de un niño.

Mientras la congregación seguía cantando «Noche de paz», caminé hasta el fondo del santuario para saludar a la gente después del servicio. Después de apagar con cuidado el micrófono, los acomodadores y yo nos miramos y, por mucho que intentáramos no hacerlo, empezamos a reírnos. Afortunadamente, el órgano, el canto de la congregación y el bebé que gritaba ahogaron nuestra risa.

Cuando llegamos a la estrofa final de «Noche de paz», la risa se calmó, el bebé dejó de llorar, las luces se atenuaron y la luz de las velas llenó la habitación. Mientras contemplaba esa hermosa escena, pensé en los acontecimientos de la última hora. No teníamos suficientes boletines, empezamos tarde, el sistema de megafonía no estaba encendido, las luces del árbol estaban apagadas, no teníamos velas preparadas, nos quedamos sin protectores de velas, no había zumo de uva en el cáliz de la comunión y un bebé estaba gritando a pleno pulmón.

Y, sin embargo, a pesar de todo eso, seguimos teniendo una profunda experiencia de culto y comunidad cristiana. Pensé para mis adentros: *Esta es la iglesia de Jesucristo. Con todos sus defectos. Con toda su humanidad. Y con toda su gloria.* Me sentí profundamente agradecido de ser ministro, incluso en este pequeño y esforzado pastorado estudiantil. Fue uno de los momentos más alegres (de muchos) en mi vida pastoral.

Una Bendición y un Lastre.

Como todos los ministros que conozco, tengo una relación de amor-odio con la religión organizada. Sin embargo, dada mi crítica a la religión institucional en la primera parte de este libro, me pareció esencial incluir este capítulo sobre algunos de los aspectos positivos. Los fracasos del cristianismo, aunque reales y decepcionantes, son solo una parte de la historia.

Hace unos meses, escribí una larga entrada en mi diario sobre mi vida y mi carrera en la iglesia. Volví a señalar que, a pesar de sus muchos defectos y de las heridas que me infligió, en general, la iglesia me bendijo profundamente. Terminé la entrada del diario diciendo: «La mayor parte de mi vida en la iglesia fue buena. Y gran parte de ella fue estupenda»

Cuando pienso en mis cinco décadas en la vida de la iglesia, a menudo recuerdo la extraña historia de Génesis 32 sobre Jacob luchando toda la noche con Dios. Durante el combate, Jacob le pidió una bendición a Dios. Y la obtuvo. Pero también resultó herido. A la mañana siguiente, cuando ese extraño encuentro llegó a su fin, Jacob se alejó cojeando. Pero también se alejó con una bendición. Esa ha sido mi experiencia con la iglesia.

Sea cual sea mi futura relación con la religión institucional (el jurado aún no se ha pronunciado al respecto), siempre estaré agradecido a la iglesia por haberme dado una bendición. Incluso con la cojera. El beneficio definitivamente valió más la pena que el dolor.

Capítulo 11

Sigo Experimentando la Comunidad Cristiana

Hace poco disfruté de una larga conversación durante el almuerzo con un viejo amigo. Como yo, es un pastor jubilado. Como no nos habíamos visto en varios años, pasamos mucho tiempo poniéndonos al día sobre nuestras vidas.

Ambos confesamos que actualmente estábamos «en año sabático» de la religión institucional. Ambos asistimos ocasionalmente a la iglesia. Pero, como muchos otros ministros jubilados (más del 40 % en una encuesta informal que realicé el año pasado), ninguno de los dos está conectado con una congregación local de manera significativa. Ambos nos preguntamos cuánto durarían nuestros «sabáticos». En un momento de franqueza y transparencia, él dijo: «No estoy seguro de que mi sabático en la iglesia llegue a terminar».

¿Dónde Encuentras Comunidad Cristiana?

En ese momento, mi amigo planteó una pregunta importante. Me preguntó: «Entonces, ¿dónde encuentras comunidad cristiana en estos días?». Hice una pausa para pensar en su pregunta. Luego dije: «En realidad, encuentro comunidad cristiana en los mismos lugares de siempre. La encuentro en mi familia, entre mis amigos y en mis grupos de apoyo pastoral».

La mayoría de las iglesias se consideran una familia. Hay mucha verdad en esa metáfora. Y mucha belleza. Quizás la mejor contribución que hacen las iglesias es conectar a las personas en relaciones significativas. Y ciertamente yo lo he experimentado.

Sin embargo, como pastor, siempre hay un poco de distancia entre usted y la congregación. Nunca es completamente «uno de ellos». Tu papel único te hace ligeramente diferente. Además, los predicadores van y vienen, mientras que las congregaciones permanecen. Por lo tanto, como trabajador religioso remunerado, tu tienda siempre está montada ligeramente fuera del campamento principal. Así que, aunque siempre disfruté siendo parte de la «familia» de la iglesia en mis diversos pastorados, mis relaciones cristianas más significativas existieron más allá de la iglesia local. Y sigo disfrutando de esas relaciones en la jubilación.

Encontré una Comunidad Cristiana en mi Familia

Al principio de mi ministerio, un sabio mentor me dijo: «Recuerda siempre, Martin, que no estás casado con la iglesia. Estás casado con tu esposa». Resultó ser un sabio consejo. Aunque siempre quise a mis congregaciones y les dediqué mucho tiempo y atención, nunca olvidé que mi principal compromiso relacional era con mi esposa y mi familia. Y en ese entorno, encontré una importante comunidad cristiana.

Mi esposa y yo nos casamos durante la universidad. Llevamos juntos cuarenta y siete años. Como todas las parejas, hemos tenido nuestros altibajos, alegrías y dificultades. Y no siempre es fácil ser «la mujer de un predicador» (o el marido). Pero mi esposa siempre me apoyó en mi vocación religiosa, así como en mi vida en general, por lo que estoy profundamente agradecido.

Una noche, después de que mi esposa y yo asistimos juntos a un baile, escribí en mi diario: «Bailo con esta mujer. Vivo con esta mujer. He tenido hijos con esta mujer. Me peleo con esta mujer. Me río con esta mujer. Lloro con esta mujer. Amo a esta mujer. Y estoy agradecido con esta mujer y con Dios por nuestra vida juntos». Mi esposa ha sido mi principal fuente de apoyo emocional y espiritual durante casi cinco décadas.

También recibo el apoyo de mis hijos, nietos y otros miembros de la familia. Por ejemplo, hace décadas, cuando estaba pasando por una etapa muy difícil en mi trabajo como ministro bautista del sur, entré en la oficina de mi iglesia y vi que mi hija pequeña había escrito un mensaje en mi pizarra. Decía: «¿Quién es Martin Thielen? Por Laura Thielen». Luego escribió el siguiente acróstico:

M = Maravilloso

A = Asombroso

R = Radiante

T = Tremendo

I = Increíble

N = Noble (¿) (del inglés: “nice”)

Durante ese momento difícil de mi vida, el dulce mensaje de mi pequeña hija en la pizarra me sirvió de «bálsamo en Galaad». Treinta años después, la hija de mi hija y yo vimos a gente haciendo parapente en la playa de Destin, Florida. Le dije a mi nieta que yo nunca podría hacer eso. Ella preguntó por qué. Le dije: «Porque me aterrorizan las alturas». Ella dijo: «Está bien, podría ir contigo y tomarte de la mano».

Podría compartir cientos de ejemplos de cómo he encontrado fuerza y ánimo en mi familia. También podría relatar ejemplos en los que me desafiaron cuando fue necesario y me hicieron responsable. En resumen, mi familia ha sido mi principal comunidad espiritual a lo largo de mi vida y ministerio. Han enriquecido mi vida (y mi trabajo) y han añadido una gran alegría a mi mundo.

Encuentro la Comunidad Cristiana en las Amistades Individuales.

Eclesiastés dijo sabiamente: «Mejores son dos que uno, porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante» (4:9-10 NRSVUE). En este texto familiar, Eclesiastés nos dice que necesitamos amigos para el viaje. Ese ha sido ciertamente el caso en mi vida.

Una parte importante de mi comunidad cristiana a lo largo de los años han sido las amistades individuales. Aunque podría dar docenas de ejemplos, tanto pasados como actuales, solo voy a mencionar uno de ellos en este capítulo.

Durante treinta años, antes de su muerte hace tres años, Jim fue mi mejor amigo. Lo conocí en una conferencia de escritura en un seminario bautista. Yo tenía poco más de treinta años y muchas ganas de publicar. Jim era editor en la Junta Bautista de Escuelas Dominicales. En esa conferencia, Jim tuvo la amabilidad de comprarme dos artículos con la promesa de más en el futuro. Cuando llegué a la Junta dos años después, Jim y yo nos hicimos amigos rápidamente y nos unimos mucho.

Todavía recuerdo vívidamente la primera vez que almorzamos juntos. De camino al trabajo, cuando nos acercábamos a las enormes instalaciones del Consejo de la Escuela Dominical en el centro de la ciudad, dijo: «Recuerda, Martin, que en este montón de estiércol (utilizó una palabra más colorida), tú y yo somos solo pequeñas cagadas». Nos reímos de esa declaración muchas veces a lo largo de los años.

Jim y yo vivimos la gloria y las agallas del trabajo denominacional de la CBS. Teníamos historias de vida similares. Nuestros viajes espirituales fueron casi idénticos. Y disfrutamos de tres décadas de historia compartida. No es de extrañar que nos hiciéramos tan buenos amigos.

Aproximadamente un año después de que Jim y yo dejáramos a regañadientes el trabajo denominacional (dejamos la Junta la misma semana), ambos luchamos con nuestros nuevos trabajos en iglesias locales de la CBS. Sabíamos que ya no encajábamos en el mundo evangélico, pero no estábamos seguros de cómo hacer la transición. Un día me llamó y hablamos durante unas dos horas. No resolvimos nuestro dilema. Pero casi al final de la llamada, dijo: «Solo necesitaba escuchar una voz amiga». Le respondí: «Yo también». Luego le pregunté: «Jim, ¿cuándo se vuelve la vida fácil?». Me dijo: «Bueno, tengo cuarenta y cinco años, ¡y aún no ha sucedido!».

Unos meses después hablamos de nuestras finanzas. Sabíamos todo sobre los activos financieros del otro, ¡aunque no había mucho que saber! Al final de esa conversación, Jim me dijo: «Tu amistad es uno de los activos más valiosos que tendré en la vida». Muchos años después, unos meses antes de morir, me dijo: «Te quiero como a un hermano».

Hace años, cuando dudaba entre renunciar a mi puesto en Honolulu y entrar en el programa de doctorado de Vanderbilt, Jim me dijo con firmeza: «Martin, te cuesta poner un punto final. Es hora de que tomes una decisión». Y tenía razón. Mis vacilaciones no me llevaban a ninguna parte. Esa amistad de amor sincero me ayudó a tomar una de las decisiones más importantes (y mejores) de mi vida.

Muchos años después, en la prejubilación, cuando estaba debatiendo si lanzar Doubter's Parish, Jim dijo: «Te estás pensando demasiado esto. Hazlo y ya verás cómo va». Seguí su consejo y el proyecto salió genial. Desde entonces, mi trabajo con Doubter's Parish se ha convertido, en esencia, en mi nueva vocación. ¡La única diferencia es que ya no me pagan! Jim desempeñó un papel importante en mi decisión de seguir adelante con este ministerio enriquecedor de la vida.

Las limitaciones de espacio no me permiten compartir cuánto nos apoyamos Jim y yo durante nuestra larga y difícil transición de la teología tradicional a la no tradicional y de la espiritualidad institucional a la no institucional. Pero nunca habría superado con éxito ese viaje sin su compañía constante.

Después de dejar la Junta, debido a la distancia geográfica entre nosotros, solo nos veíamos en persona una vez al año. Pero hablamos, nos enviamos correos electrónicos o mensajes de texto varias veces a la semana durante casi tres décadas.

Cuando Jim se suicidó (de forma completamente inesperada) en otoño de 2021, me sentí absolutamente devastado. Mi amigo más cercano y compañero espiritual se había ido y nunca volvería. Me llevó mucho tiempo superar el dolor, la ira, la confusión y el duelo de esa pérdida.

Una de las cosas que me ayudó durante ese momento tan horrible fue escuchar una canción (una y otra vez) del musical Wicked llamada «For Good» (Por siempre). Aunque me evocaba emociones profundas, incluido el dolor, también me reconfortaba, especialmente las palabras: «Porque te conocí, he cambiado para siempre». Conocer y querer a Jim (y ser querido por él) cambió mi vida para siempre. Él fue una parte muy importante de mi historia. Y siempre estaré agradecido por su amistad. Fue un ejemplo de comunidad cristiana en su máxima expresión.

Encuentro Comunidad Cristiana en Grupos de Amistad.

No solo encuentro comunidad cristiana en amistades individuales; también la encuentro en grupos de amigos. Por ejemplo, a mediados de los cuarenta, mi esposa y yo pertenecíamos a un grupo de unos diez amigos al que todos llamaban «la pandilla». Algunos pertenecían a nuestra iglesia y otros no. Nos reuníamos todos los domingos por la tarde durante cuatro años para compartir buena comida y conversaciones aún mejores.

Una de las cosas de las que el grupo solía bromear era que, cuando se trataba de dinero, solo había dos tipos de personas: los que «ahorran para mañana» y los que «viven para hoy». Cuando casi todos en el grupo compraron coches nuevos más o menos al mismo tiempo, les regañé sin piedad por «vivir para hoy en lugar de ahorrar para mañana». Les dije: «Un día vendréis a pedirme un préstamo».

Un año después, nuestro hijo, que acababa de graduarse en la universidad, necesitaba un coche. Así que le di el mío y me compré un Toyota Camry nuevo. El grupo no paraba de acosarme por «vivir el presente en lugar de ahorrar para el futuro». En nuestra siguiente reunión me entregaron un certificado. Decía: «Felicidades a Martin Thielen, el nuevo miembro del Club de los que viven para el día de hoy». Todavía tengo el certificado.

En la actualidad, mi mujer y yo formamos parte de otro grupo de amigos. A menudo nos reunimos en casa de uno u otro o en restaurantes locales. Hace unos meses, un miembro del grupo nos envió un mensaje de texto a todos. Decía: «Es noche de iglesia. Todos estáis invitados a una reunión de amistad y conversación». Un par de horas más tarde, los seis nos reunimos en un restaurante local para disfrutar de una buena comida y una conversación interesante. Y mi amiga tenía razón. Parecía una «noche de iglesia».

Por supuesto, nuestro grupo no es una iglesia literal. No cantamos himnos, recitamos credos, recogemos ofrendas ni escuchamos un sermón. Pero mantenemos conversaciones espirituales significativas. Después de nuestra reunión de esa noche escribí en mi diario: «Este grupo, junto con mis dos grupos de clérigos (que mencionaré en un momento) se han convertido en mi 'iglesia' estos días. Y estoy agradecida a Dios por ellos».

Encuentro Comunidad Cristiana en Grupos Pastorales

Aunque estoy retirado de la vida parroquial, sigo conectado con grupos de clérigos. Aprendí desde muy joven que no podía sobrevivir (y mucho menos prosperar) en el ministerio por mi cuenta, ni profesional ni personalmente. Así que, a lo largo de mi vocación religiosa, tanto me uní como creé grupos de apoyo para ministros.

Por ejemplo, una vez fui pastor en una comunidad con graves dificultades económicas. Varias industrias importantes cerraron casi de la noche a la mañana. La gente se fue de la ciudad por miles. La ansiedad y la ira consumieron a la comunidad, incluidas las iglesias. Todas las congregaciones de la ciudad estaban perdiendo miembros, dinero y moral.

Tener un grupo pastoral de amigos que entendían ese entorno hizo posible capear el temporal sin ahogarse. Incluso conseguimos producir una buena dosis de buen humor. El grupo se reunía todos los miércoles por la mañana a las 11:00 para dialogar y apoyarse, y luego almorzar. Aunque comíamos en un asador local, sabía a maná en el desierto.

Hoy formo parte de dos grupos de apoyo pastoral. Uno es un pequeño grupo de pastores metodistas unidos de Tennessee (tanto en activo como jubilados) que llevan juntos décadas. Seguimos reuniéndonos con regularidad. El año pasado hicimos un viaje juntos a Perdido Key, Florida. Pasamos el rato en la playa, comimos marisco en Peg Leg Petes, visitamos Fort Pickens y vimos volar a los Blue Angels de la Marina de los Estados Unidos. Quiero a estos tipos como hermanos. Nos hemos ayudado unos a otros en muchos momentos difíciles y hemos celebrado juntos muchos buenos momentos.

Mi grupo pastoral local está formado por siete pastores progresistas jubilados. Nos reunimos regularmente en las casas de cada uno para apoyarnos mutuamente en nuestro viaje común de jubilación, envejecimiento y fe. Nos llamamos los AOP. Eso significa «Agnostic Old Preachers» (Viejos Predicadores Agnósticos). El título es irónico. Todos nosotros seguimos creyendo en Dios. Sin embargo, albergamos serias dudas sobre las doctrinas tradicionales y la religión institucional. Nuestra fe, que a menudo es poco ortodoxa, abarca una gran cantidad de ambigüedad.

No es exagerado decir que el AOP se ha convertido en una «iglesia en casa» para mí y para los demás hombres del grupo. Es un lugar seguro y sagrado para ser honesto, transparente, auténtico y vulnerable sobre la vida y la fe. En realidad, es más «iglesia» de lo que la iglesia tradicional nunca fue para ninguno de nosotros. El grupo Agnostic Old Preachers se ha convertido en un elemento significativo de mi viaje espiritual, y estoy agradecido de formar parte de esta comunidad cristiana única.

Lo Único que Realmente Importa

Cuando escribí mi libro **Searching for Happiness** (En busca de la Felicidad), investigué sobre el estudio de la felicidad más largo de la historia de la humanidad. El estudio comenzó en 1938 en la Universidad de Harvard y continuó durante más de setenta y cinco años. Durante el estudio, los investigadores siguieron a los graduados de Harvard a lo largo de la universidad, la Segunda Guerra Mundial, el trabajo, el matrimonio, el divorcio, la paternidad, ser abuelos, la vejez y la muerte.

Casi al final de este estudio único, se le preguntó al director del proyecto: «¿Qué se ha aprendido de este estudio de setenta años sobre la felicidad?». Respondió: «Hemos aprendido que lo único que realmente importa en la vida son las relaciones con otras personas».

Incluso Jesús Necesitaba Amigos

Jesús entendió esta verdad. Por ejemplo, cultivó estrechas amistades individuales con María, Marta y Lázaro. También dedicó varios años de su vida a formar un pequeño grupo de discípulos. Contrariamente a la opinión popular, Jesús no era autosuficiente. Sabía que no podía llevar a cabo su obra solo. Así que reunió a un grupo de doce discípulos para que se unieran a él. Durante tres años, trabajaron, viajaron, rezaron, rieron, lloraron y, a veces, discutieron juntos. Esos doce hombres se convirtieron en los amigos más cercanos de Jesús. Se convirtieron en una parte importante de su vida.

La pregunta de mi amigo, «¿Dónde encuentras comunidad cristiana?», es una pregunta crucial para toda persona de fe. Mucha gente encuentra comunidad cristiana (o espiritual) en la religión institucional, y yo lo celebro. Otros, como yo, la encuentran en las relaciones familiares y las amistades, tanto a nivel individual como en pequeños grupos. Otras personas encuentran la comunidad cristiana (o espiritual) en otros muchos lugares, como grupos cívicos, equipos de distribución de alimentos, ligas de fútbol de la iglesia, equipos de trabajo de Hábitat para la Humanidad, grupos de afinidad, grupos de apoyo e incluso grupos de pickleball. Pero de una forma u otra, para sostener nuestras almas, debemos encontrar amigos para el viaje.

Lección de un Castillo de Arena

Una vez oí una historia sobre un rabino que se fue a la playa de vacaciones. Mientras estaba sentado en la playa, vio a dos niños jugando en la arena. Trabajaban duro construyendo un elaborado castillo de arena junto a la orilla del mar, con puertas, torres e incluso un foso. Casi habían terminado su castillo de arena cuando llegó una gran ola y lo derribó, reduciéndolo a un montón de arena húmeda. El rabino esperaba que los niños rompieran a llorar, devastados por la pérdida de todo su arduo trabajo. Pero los niños lo sorprendieron. En lugar de llorar, se tomaron de la mano, se rieron a carcajadas y se sentaron a construir otro castillo.

El rabino dijo que ese día aprendió una lección importante de esos niños. Todas las cosas en nuestras vidas, todas las estructuras complicadas que pasamos tanto tiempo y energía creando, están construidas sobre arena. Tarde o temprano, llegará una ola y derribará lo que hemos trabajado tan duro para construir. Cuando eso suceda, solo la persona que tenga la mano de alguien para sostenerla será capaz de sonreír y volver a construir.

Capítulo 12

Sigo Intentando Vivir una Vida Cristiana

Como muchos otros, disfruté del fascinante drama televisivo de la Guerra Fría, **The Americans**. La serie mostraba a una pareja rusa viviendo como espías en Estados Unidos. Después de que su hija empezara a asistir a una iglesia progresista, la madre inició varias conversaciones con el pastor. En una escena, él se dio cuenta de que ella estaba luchando con algo, así que la animó a orar para que la guiara. Ella dijo: «¿Y si no crees en Dios, en la religión o en la oración?». Él respondió: «Ninguna de esas cosas importa. Lo único que importa es cómo nos tratamos unos a otros».

Muchas personas religiosas discreparían con las opiniones poco ortodoxas de este pastor ficticio. Y muchas de ellas lo considerarían una herejía. Pero sus comentarios apuntan a una verdad importante. En esencia, la espiritualidad auténtica no tiene que ver con las creencias. Tiene que ver con el comportamiento. Y esa idea, más que cualquier otra cosa, trajo la resolución a mi lucha espiritual de décadas.

El Fin de la Angustia Religiosa

Como se ha señalado a lo largo de este libro, he luchado durante mucho tiempo con la angustia espiritual, especialmente en torno a las creencias tradicionales y la religión institucional. Durante años me atormentaron preguntas como: ¿Dios es personal? ¿Interviene Dios en los asuntos humanos? ¿Ocurren milagros? ¿Tienen las oraciones algún efecto? ¿Hay vida después de la muerte? ¿Era Jesús realmente divino? También luché contra el lado oscuro de la religión institucional, como he compartido en capítulos anteriores.

En última instancia, estas luchas teológicas e institucionales dieron lugar a mi jubilación anticipada como ministro. Aunque eso resolvió mi dilema vocacional, no resolvió mi angustia religiosa, que continuó sin cesar.

Sin embargo, en los últimos años, he hecho un gran avance espiritual. Como el pastor de *The Americans*, finalmente me he dado cuenta de que la fe auténtica tiene poco que ver con las doctrinas e instituciones religiosas. En cambio, se trata de cómo vivimos.

Esta idea me impactó cuando releí los Evangelios. Liberado de las restricciones vocacionales, pude ver plenamente (por primera vez) que a Jesús le importaban poco las trampas religiosas tradicionales. Por ejemplo, cuando llamó a sus primeros discípulos, Jesús no dijo una palabra sobre religión. Simplemente dijo: «Seguidme». Y su gran mandamiento (amar a Dios y al prójimo), su Regla de Oro (tratar a los demás como queremos que nos traten) y sus enseñanzas fundamentales (como se ve en el Sermón de la Montaña), no tenían prácticamente nada que ver con las preocupaciones religiosas convencionales.

Abundan los ejemplos adicionales. Cuando un joven le preguntó a Jesús cómo podía heredar la vida eterna, Jesús no dijo nada sobre creencias o instituciones religiosas. En su lugar, dijo: «Guarda los mandamientos, vende tus posesiones, da las ganancias a los pobres y ven y sígueme». En su famosa parábola sobre el buen samaritano, Jesús elogió el comportamiento amoroso, no las creencias religiosas. Y en su parábola sobre el juicio final, Jesús nos dice que las personas serán juzgadas no por sus creencias doctrinales o fidelidad institucional, sino por cómo responden a los pobres, los enfermos, los hambrientos, los sedientos, los desnudos y los extranjeros.

Aunque debería haberme dado cuenta mucho antes, leer estas historias sobre Jesús (sin el filtro de un trabajador eclesiástico institucional) me produjo una revelación que me cambió la vida. Me di cuenta de que, a diferencia de mí (y de la mayoría de los clérigos que conozco), la religiosidad no le interesaba a Jesús. Lo que le interesaba era el comportamiento ético y amoroso. Por supuesto, lo había sabido en mi cabeza durante décadas. Pero solo recientemente lo interioricé en mi lo más profundo de mi interior.

En estos días ya no me preocupo por la religión organizada o las creencias doctrinales. Sigo encontrando interesantes estos temas. Y disfruto escribiendo sobre ellos en Doubter's Parish y otros medios. Pero ya no me consumen. La angustia religiosa que llevé durante décadas ha desaparecido por fin. Es casi como si se hubiera apagado un interruptor. Me he dado cuenta de que, aunque la religión convencional puede ser útil y tiene su lugar, no es lo principal. En cambio, lo que más importa es vivir una vida de amor.

En resumen, el comportamiento amoroso, no las creencias o instituciones religiosas, es la esencia fundamental de una espiritualidad sana. Como Mark Karris concluye sabiamente en su libro *Religious Refugees*, (Refugiados de la religión) «Cuando la religión ya no exista y todo el heno y la hojarasca de las creaciones religiosas de la humanidad se hayan quemado, lo único que quedará será el amor». Jesús estaría absolutamente de acuerdo.

Hace unos años me encontré con una cita atribuida a Oliver Wendell Holmes que ha llegado a significar mucho para mí. Dijo: «No daría un centavo por la simplicidad de este lado de la complejidad, pero daría mi vida por la simplicidad del otro lado de la complejidad».

Después de muchas décadas lidiando con la fe, siento que finalmente he atravesado la complejidad y he encontrado la simplicidad al otro lado. Ahora me doy cuenta de que nunca entenderé los misterios de Dios ni resolveré los problemas de la religión institucional. No es lo que necesito. En cambio, solo necesito seguir el llamado de Jesús a vivir una vida de amor. Es así de simple.

La Fe Cristiana en Dos Frases.

Dado que esta es una idea tan importante para mí, me gustaría desarrollar este tema un poco más, incluso a riesgo de ser demasiado repetitivo. Si tuviera que resumir todo lo que he aprendido (hasta ahora) sobre el cristianismo en dos frases, diría lo siguiente: La fe cristiana no se trata principalmente de un libro, un credo, una institución o incluso una religión. En cambio, se trata principalmente de vivir una vida de amor. Desglosaré brevemente esas dos frases.

1. ***El cristianismo no se trata principalmente de un libro.***

La Biblia ofrece orientación e inspiración a muchas personas, incluyéndome a mí. Pero no es el corazón de la fe cristiana. Por ejemplo, la iglesia primitiva prosperó durante cientos de años sin tener lo que llamamos el Nuevo Testamento. Y, como ya hemos visto, a pesar de su gran valor, la Biblia contiene muchos pasajes preocupantes.

2. ***El cristianismo no se trata principalmente de un credo.***

La iglesia pasó siglos sin declaraciones doctrinales oficiales, incluido el Credo de los Apóstoles. Y, trágicamente, ese credo ni siquiera menciona la vida, el ejemplo o las enseñanzas de Jesús. En su lugar, salta directamente de su nacimiento a su muerte. Todo el ministerio de Jesús, incluidas sus enseñanzas y actos de amor, quedan literalmente relegados a una coma en el Credo de los Apóstoles. En muchos sentidos, las creencias doctrinales, incluidos los credos históricos, han hecho más daño que bien, reduciendo el cristianismo a proposiciones teológicas en lugar de a una forma de vida.

3. ***El cristianismo no se trata principalmente de una institución.***

Jesús no tenía la intención de crear una nueva institución religiosa. Especialmente una que constantemente no sigue su ejemplo y enseñanzas. Sí, la iglesia también ha hecho muchas cosas buenas, como ya se ha señalado. Pero la iglesia no es el latido del corazón de la vida y misión de Jesús, que consistía en hacer avanzar el reino de Dios, no en mantener una institución.

4. ***El cristianismo no se trata principalmente de una religión.***

Está bastante claro que Jesús no vino a iniciar una nueva religión que lo convirtiera en Dios y lo adorara. Jesús era judío, no cristiano. Quería reformar el judaísmo, no reemplazarlo. A Jesús le sorprendería mucho que sus seguidores crearan, en su nombre, la religión más grande del mundo. Invitó a la gente a seguirle viviendo una vida de amor. No les llamó a crear una nueva orden religiosa.

Por supuesto, es importante señalar que la Biblia, las creencias doctrinales, la iglesia y la religión cristiana pueden ser útiles para las personas que buscan seguir a Jesús. No estoy diciendo que estas cosas no sean importantes. Pero no son lo principal

5. ***En cambio, el cristianismo consiste principalmente en vivir una vida de amor.***

Cuando a Jesús le preguntaron cuál era el mayor mandamiento, dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. [...] [Y] amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Marcos 12:30-31 NVI). La segunda persona más importante en la historia cristiana, el apóstol Pablo, dijo una vez: «Estas tres cosas permanecen: la fe, la esperanza y el amor. Pero el mayor de ellos es el amor» (1 Corintios 13:13 NVI). Cuando las dos figuras principales del cristianismo nos dicen que lo más grande es el amor, ¡debemos prestar atención!

El Corazón del Cristianismo

Por supuesto, no soy la primera (ni la única) persona en darse cuenta de que el cristianismo tiene más que ver con el comportamiento que con las creencias o la pertenencia a una institución, como atestiguan los siguientes ejemplos:

- En ***Divinity of Doubt*** (La Divinidad de la Duda) , Vincent Bugliosi dice: «Si debemos tener religión, la prueba fundamental del valor y el mérito de cualquier religión que se precie no debe ser lo que crees, sino lo que haces, es decir, cómo tratas a tus semejantes».
- En ***A New Christianity for a New World*** (Un nuevo Cristianismo para un Mundo Nuevo), John Shelby Spong dice que el cristianismo «no es algo en lo que creer, sino una fe en la que debemos vivir».

- En ***Saving God from Religion*** (Rescatando a Dios de la Religión), Robin Meyers dice que el cristianismo es «una forma de vida, no un sistema de credos y doctrinas que exigen asentimiento intelectual a proposiciones teológicas».
- En ***Faith after Doubt*** (Fe tras la Duda), Brian McLaren dice: «El único tipo de fe que significa algo es la fe que se expresa en el amor».
- En ***If God Is Love Don't Be a Jerk*** (Si Dios es Amor, no seas idiota) John Pavlovitz dice: «Cuando se trata del quid de la cuestión, tu religión no es lo que crees, tu religión es cómo tratas a las personas».
- En ***After Jesus before Christianity*** (Después de Jesús, antes del Cristianismo), Erin Vearncombe, Brandon Scott y Hal Taussig argumentan convincentemente que durante los primeros doscientos años, el movimiento de Jesús «se centró más en la práctica correcta (ortopraxis) que en la creencia correcta (ortodoxia)».

Aunque no escribió un libro, una mujer sabia me dijo una vez: «Nunca he creído en la parte de la religión que es pura magia. ¿No se trata el cristianismo de amar al prójimo?». Sí, lo es. Y ese debería ser nuestro enfoque.

Buscando Vivir una Vida Cristiana.

En estos días, en lugar de preocuparme por las creencias e instituciones religiosas, pongo mis energías espirituales en vivir una vida cristiana. Por ejemplo, trato de vivir los valores cristianos como el amor, la misericordia, la gracia, la honestidad, la humildad, la integridad, la fidelidad conyugal, la inclusión, la empatía y la autenticidad. También trato de participar en prácticas cristianas como perdonar a las personas, practicar la generosidad, servir a los demás, expresar gratitud, mostrar compasión, ser amable, observar el sabbat, priorizar las relaciones y trabajar por la justicia. Este tipo de valores y prácticas cristianas son fundamentales para mi vida espiritual.

Aunque ahora estoy jubilado, sigo participando en el ministerio cristiano. Ya no soy pastor de una iglesia tradicional. Pero a través de mi trabajo con Doubter's Parish y otros medios editoriales (incluida una importante interacción con los lectores), sirvo como «pastor» de una congregación de buscadores, luchadores y otras personas pensantes que están haciendo todo lo posible por navegar por la fe en el siglo XXI. Amo profundamente este trabajo.

Y aunque ya no tengo las creencias cristianas tradicionales, y no estoy (actualmente) participando en una iglesia cristiana tradicional, disfruto de una rica vida espiritual. Eso incluye, como ya se ha señalado, la creencia en Dios, el amor por Jesús, el aprecio por la iglesia, una comunidad cristiana significativa y un esfuerzo serio por vivir los valores

y las prácticas cristianas. Todavía me considero un seguidor de Jesús y busco vivir una vida que le complazca. Creo que el esfuerzo, sin embargo, implementado de manera imperfecta, es mi mejor manera de vivir una vida cristiana auténtica.

Una Palabra Final

El Talmud judío dice que, a lo largo de la vida, una persona debe tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro, y me alegro de haber hecho las tres cosas. Me arrepiento de pocas cosas en mi vida o vocación. Hasta ahora, ha sido un buen viaje. En esta coyuntura del viaje, me siento agradecido por el pasado y esperanzado por el futuro. Mientras tanto, soy esposo, padre, abuelo, amigo, escritor, pastor de los escépticos y seguidor de Jesús. Y es más que suficiente.

Guía de Debate para Grupos

Los clubes de lectura, las clases dominicales progresistas y otros grupos disfrutarán leyendo y debatiendo *“Mi largo adiós de la religión tradicional y lo que permanece”*. A continuación, se presentan preguntas de debate para el diálogo en clase.

Capítulo 1: Perdí la fe en una Biblia literal

En la introducción del capítulo 1, Martin cita un texto de Números 15:35-36 sobre un hombre que fue apedreado hasta morir por recoger leña en sábado. Pida a alguien del grupo que lea ese pasaje. ¿Cómo responde a este texto? ¿Cree que Dios realmente ordenaría la pena de muerte por recoger leña?

Martin también cita 2 Reyes 2:23-25. Lea el pasaje. ¿Cuál es su respuesta?

Martin cuenta la historia de su profesor de la universidad diciendo: «Aunque siempre debemos tomarnos la Biblia en serio, no siempre tenemos que tomarla literalmente». Martin dijo que ese comentario salvó su fe. ¿Está de acuerdo con este profesor? ¿Por qué sí o por qué no?

El capítulo enumera numerosos pasajes problemáticos de la Biblia (en viñetas). Revise algunos de ellos. ¿Qué opina de que estén en las Escrituras?

Martin menciona la historia de Noé y el arca en este capítulo. Revise sus tres razones para no tomar esta historia literalmente. ¿Qué opina de esos argumentos?

Pídale a alguien que lea la breve sección sobre la Biblia y la homosexualidad. Dirija la clase para compartir sus respuestas si el tiempo lo permite.

Cerca del final del capítulo, Martin dice: «Me di cuenta de que las Escrituras no son un libro mágico e infalible caído del cielo. En cambio, la Biblia (y su compilación, grabación, edición y canonización extremadamente complicadas) es un documento completamente humano con todas las limitaciones científicas, culturales y teológicas de su antiguo marco temporal». ¿Está de acuerdo o en desacuerdo con esta afirmación? ¿Por qué?

Capítulo 2: Perdí la Fe en la Iglesia Evangélica

¿Te identificas globalmente con la historia de Martin sobre su salida de la Iglesia Evangélica? ¿Por qué o por qué no?

En la sección «Sin arrepentimientos», Martin enumera muchos problemas dentro de la Iglesia Evangélica actual, entre ellos:

- Convierte a las mujeres en ciudadanas de segunda clase.
- Insiste en la infalibilidad bíblica.
- Es muy partidista.
- Ataca a la comunidad LGBTQ.
- Apoya a Donald Trump, el presidente más anti-Jesús de la historia
- Demoniza a los inmigrantes.
- Fomenta los prejuicios contra los musulmanes.
- Fomenta el nacionalismo cristiano blanco.
- Apoya a los líderes autoritarios.
- Hace caso omiso del ejemplo y las enseñanzas de Jesús.
- Fomenta un espíritu general de ira, miedo, negatividad y juicio moralista.

Discute tantos de estos temas como el tiempo lo permita. ¿Estás de acuerdo con estas críticas? ¿Por qué sí o por qué no?

Cerca del final del capítulo, Martin escribe: «En resumen, el evangelicalismo se ha convertido en una fuerza altamente negativa, causando un gran daño a la fe cristiana, a la iglesia estadounidense y al bien común de la humanidad. En palabras de Obery Hendricks Jr., la fe evangélica en Estados Unidos se ha convertido en «cristianos contra el cristianismo»». Pide a los miembros de la clase que respondan a esa cita.

Capítulo 3: Perdí la fe en las doctrinas tradicionales.

En este capítulo, Martin dice que no cree en el infierno. ¿Está de acuerdo? ¿Por qué sí o por qué no?

Martin también rechaza la creencia de que las personas solo pueden salvarse creyendo en el Jesús histórico. ¿Está de acuerdo? ¿Por qué sí o por qué no?

Martin dedica varias páginas a la doctrina de la expiación de la sangre sacrificial. Él rechaza esta doctrina. ¿Cuál es tu respuesta a esto?

Al final del capítulo 3, Martin hace una lista de veintiuna creencias del Credo de los Apóstoles. ¿Cuántas de ellas crees? ¿Te molestaría que tu pastor no creyera en todo lo que dice este credo? ¿Por qué sí o por qué no?

Capítulo 4: Perdí la Fe en la Providencia de Dios

En su historia inicial, Martin habla de que estuvo viendo la CNN y un servicio de adoración en línea al mismo tiempo. En la historia habla de la «disonancia cognitiva» entre una canción de alabanza sobre la protección de Dios contra el mal y el horrible sufrimiento de la pandemia. ¿Tienes momentos similares de «disonancia cognitiva» cuando ves el sufrimiento en el mundo?

En la sección «Notas de un diario pastoral», Martin enumera numerosos ejemplos de sufrimiento que le hicieron cuestionar la doctrina de la providencia. Comente algunos de estos ejemplos y comparta sus pensamientos con el grupo.

En este capítulo, Martin comparte varios ejemplos de las artes y la teología de la providencia. Menciona una novela, una canción, un programa de televisión y una película que le hicieron cuestionar la providencia de Dios. ¿Ha tenido experiencias similares? ¿Cuáles fueron?

Comente la sección final sobre «La muerte de la providencia». ¿Cómo le hizo sentir esa historia? ¿Se identificó con ella? ¿Estuvo en desacuerdo con ella? ¿Le perturbó este capítulo sobre la pérdida de la fe en la providencia de Dios?

Capítulo 5: Perdí la fe en la religión institucional.

En la historia inicial, Martin cita una novela sobre un papa ficticio que pierde la fe en la Iglesia. ¿Alguna vez te has sentido así? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Cómo lo afrontaste?

Martin habla sobre el racismo en la Iglesia. ¿Alguna vez lo has experimentado? ¿Qué tan grande es este problema hoy en día?

Martin cuenta la historia de un hombre que se «retiró de la religión». Estaba descontento con todas las ramas de la iglesia: católica, evangélica y tradicional. ¿Alguna vez ha tenido ganas de retirarse de la religión? ¿Por qué?

Martin enumera numerosos ejemplos de comportamientos inadecuados de la iglesia a lo largo de la historia. ¿Cómo le hizo sentir eso?

En este capítulo, Martin habla de su «pastoral brutal». ¿Alguna vez ha experimentado una congregación brutal? ¿Cuál era la dinámica? ¿Te quedaste en la iglesia o la dejaste? ¿Por qué?

Al final del capítulo, Martin menciona una cita que dice: «Es una gran tragedia quedarse en una tierra por la que ya se ha pasado». Luego relaciona eso con la iglesia. ¿Te identificas con esa cita? ¿Ya has «pasado» por la tierra de la religión institucional? Si es así, ¿todavía te «quedas» allí? ¿Por qué?

Capítulo 6: Perdí la Fe en un Dios Tradicional

Martin comienza este capítulo con una historia sobre Dios que ya no es un número que funcione. ¿Te resuena esa metáfora? ¿Por qué sí o por qué no?

Haz que los miembros de la clase lean las citas sobre la muerte del teísmo en la sección «Ya no es creíble». ¿Qué opinas de estas citas? ¿Estás de acuerdo con estos autores en que el teísmo tradicional ya no es adecuado en el siglo XXI?

Repase algunas de las citas del diario que Martin comparte sobre la pérdida de fe en un Dios teísta. ¿Puede identificarse con estos sentimientos? ¿Por qué sí o por qué no?

El capítulo incluye la metáfora de la pintura de Miguel Ángel de Dios cayendo del techo de la Capilla Sixtina. ¿Tiene sentido esa metáfora para usted? ¿Describe la experiencia religiosa moderna? ¿Por qué se siente así?

Martin concluye el capítulo hablando de «llorar en la tumba divina». ¿Cómo te hizo sentir la cita de ese poeta? ¿Alguna vez has tenido una experiencia similar? Si estás dispuesto, compártela con el grupo.

Capítulo 7: Perdí la Fe en mi Vocación Ministerial

Dado que este capítulo trata de cuestiones específicas del pastorado, es probable que tu grupo no quiera discutirlo (a menos que tu grupo sea un grupo de clérigos). Sin embargo, si desea discutir brevemente el capítulo antes de pasar al siguiente, podría preguntar al grupo si les molestaría tener un pastor que ya no cree en las doctrinas tradicionales y/o está profundamente decepcionado con la religión institucional. ¿Por qué te sientes así?

Capítulo 8: Sigo Creyendo en Dios.

Al principio del capítulo, Martin comparte la siguiente cita de Barbara Brown Taylor: «No puedo decir con certeza cuándo mis ideas fiables sobre Dios empezaron a desvanecerse, pero el gran cofre en el que solía guardarlas ahora es más pequeño que una caja de zapatos». ¿Cuál es tu respuesta a esa cita?

Revisa la sección «En buena compañía». ¿Tienen sentido para usted las citas de Spong, Borg, Frantz, Bass y Taylor? ¿Cómo definiría la teología no teísta?

Consulte la sección «Nadar de espaldas hacia lo incognoscible». ¿Le parece bien vivir con tanta ambigüedad sobre Dios?

¿Qué opinas de la siguiente anotación de Martin?

Parece que estoy cambiando hacia una nueva visión espiritual del mundo. Un Dios tradicional «allá afuera», separado del mundo, que «bajó» para salvarnos a través del sacrificio de Jesús, me parece pequeño y pobre. En su lugar, me siento cada vez más atraído por un Espíritu de fuerza vital que conecta a todo el universo (animales, plantas, humanos, estrellas, planetas, galaxias e incluso objetos inanimados) en una misteriosa red de vida interrelacionada. Este Espíritu envuelve el universo (sin dejar de ser más que el universo), ofreciendo una especie de trascendencia no tradicional, llena de misterio y asombro. Esto no se parece en nada al Dios del teísmo clásico. En cambio, me parece mucho más rico. Esto podría convertirse en una espiritualidad vivificante para mi alma, pero no para mi profesión. Si atravieso completamente esta puerta, tendré que cerrar muchas otras.

De antemano, pídele a alguien que revise las fortalezas de la teología no teísta. ¿Qué opinas de esto?

De antemano, pídele a alguien que revise las debilidades de la teología no teísta. ¿Qué opinas de esto?

¿Crees que una visión no teísta de Dios puede sostener a un cristiano individual? ¿Qué hay de una congregación?

¿Crees que una persona que no es teísta y no cree en un Dios sobrenatural o en un Cristo divino sigue siendo cristiana? ¿Por qué sí o por qué no?

Capítulo 9: Sigo Amando a Jesús

En la sección inicial, «Jesús en las vidrieras», Martin dice: «Ellas (las vidrieras) me recordaron que la historia de Jesús, independientemente de su exactitud histórica literal, es la historia que define mi vida, proporcionándome significado, propósito y esperanza». ¿Te identificas con esa cita? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Te sientes cómodo con la frase «independientemente de su exactitud histórica literal»? ¿O te molesta esa cita? Si es así, ¿por qué?

En este capítulo, Martin habla de la representación de la Pasión en Eureka Springs, Arkansas. ¿Cómo te sientes cuando ves una película, una obra de teatro o un programa de televisión que representa la vida de Jesús? ¿Te parece real o irreal?

¿Crees en el nacimiento virginal? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Te preocupa que muchos cristianos no crean en esta doctrina?

En este capítulo, Martin describe cómo ha pasado de creer en el Cristo divino a creer en el Jesús humano. ¿Qué opinas de esta distinción? ¿Sigue siendo cristianismo?

Pide a alguien que lea «La última escena». ¿Qué sentimientos te evoca esta historia?

Capítulo 10: Sigo Apreciando la Iglesia.

¿Te identificas con la historia inicial sobre la iglesia como «mi dolor» y «mi alegría»? ¿Por qué sí o por qué no?

¿Qué cosas buenas puedes afirmar sobre la religión institucional? ¿Superan las cosas buenas a las malas? ¿Por qué te sientes así?

¿Qué opinas de las comunidades religiosas de «fase 4»? ¿Alguna vez has experimentado una iglesia así? ¿Te gustaría formar parte de ese tipo de iglesia? ¿Por qué sí o por qué no?

¿Cuál fue tu respuesta a la historia de Martin sobre el imperfecto, humano, pero glorioso servicio de Nochebuena? ¿Experimenta la iglesia como imperfecta y humana, pero también gloriosa? Si es así, ¿tiende a enfatizar los defectos o la belleza?

Martin concluye este capítulo diciendo que la iglesia le ha dado tanto una bendición como una cojera. ¿Se identifica con esa historia? Si es así, comparte su experiencia.

Capítulo 11: Todavía Experimento la Comunidad Cristiana.

¿Encuentra comunidad cristiana en una iglesia? Por favor, comparta ejemplos.

¿Experimenta comunidad cristiana en su familia? Por favor, comparta ejemplos.

¿Experimenta comunidad cristiana en amistades individuales? Por favor, comparta ejemplos.

¿Experimenta comunidad cristiana en grupos de amistad? Por favor, comparta ejemplos.

En este capítulo, Martin se refiere al estudio más largo sobre la felicidad humana. El director resumió lo que aprendieron en este estudio de setenta años diciendo: «Aprendimos que lo único que realmente importa en la vida son las relaciones con otras personas». ¿Está de acuerdo con esa conclusión?

El capítulo desarrolla el hecho de que Jesús invirtió tiempo en desarrollar tanto amistades individuales como un grupo de amigos. ¿Qué piensa al respecto?

¿Dónde encuentra usted la comunidad cristiana?

Capítulo 12: Sigo intentando vivir una vida cristiana.

Martin introduce este capítulo con una historia del programa de televisión The Americans. En este episodio, un pastor dijo: «Ninguna de esas cosas (creer en Dios, la religión o la oración) importa. Lo único que importa es cómo nos tratamos unos a otros». ¿Qué opinas de ese comentario? ¿Estás de acuerdo o en desacuerdo? ¿Por qué?

¿Estás de acuerdo con el argumento de Martin de que a Jesús no le importaban mucho las doctrinas o instituciones religiosas? ¿Por qué sí o por qué no?

En este capítulo, Martin cita a Mark Karris: «Cuando la religión ya no exista y se hayan quemado todas las creaciones religiosas de la humanidad, lo único que quedará será el amor».

¿Está de acuerdo con esta cita?

En este capítulo, Martin dice:

Hace unos años me encontré con una cita atribuida a Oliver Wendell Holmes que ha llegado a significar mucho para mí. Él dijo: «No daría un centavo por la simplicidad de este lado de la complejidad, pero daría mi vida por la simplicidad del otro lado de la complejidad».

Después de muchas décadas lidiando con la fe, siento que finalmente he atravesado la complejidad y he encontrado la simplicidad al otro lado. Ahora me doy cuenta de que nunca entenderé los misterios de Dios ni resolveré los problemas de la religión institucional. Tampoco es necesario. En su lugar, solo tengo que seguir la llamada de Jesús para vivir una vida de amor. Es así de simple».

¿Te identificas con esta cita? ¿Por qué sí o por qué no?

Martin resume el cristianismo en las dos frases siguientes: «La fe cristiana no se trata principalmente de un libro, un credo, una institución o incluso una religión. En cambio, se trata principalmente de vivir una vida de amor». Repase rápidamente los párrafos que desglosan esa declaración resumida. ¿Está de acuerdo con el resumen de dos frases de Martin? ¿Por qué sí o por qué no?

Hacia el final del capítulo, Martin habla de vivir los valores y prácticas cristianos. ¿Es eso suficiente? ¿O necesitamos afirmar creencias doctrinales?

Apéndice

Diferencias entre la fe tradicional y la no tradicional

Las dos listas siguientes resumen algunas de las principales diferencias entre la fe tradicional y la no tradicional.

<u>Fe tradicional</u>	<u>Fe no tradicional</u>
Biblia Divina	Biblia Humana
Dios personal	Dios impersonal
Dios providencial	Dios no providencial
Dios sobrenatural	Dios super natural
Enfoque institucional	Enfoque no institucional
Centrado en el Cristo divino	Centrado en el Jesús humano
Centrado en las creencias	Centrado en el comportamiento
Certeza	Ambigüedad
Estático	Evolutivo
Canon cerrado (la Biblia)	Canon abierto (todos los libros espirituales)
Un camino hacia Dios	Muchos caminos hacia Dios
Enfoque religioso	Enfoque espiritual
Desaliento ante las dudas	Bienvenidas las dudas

Sobre el Autor



Antes de su reciente jubilación, Martin Thielen servía como ministro en la Iglesia Metodista Unida. Durante los primeros años de su carrera, trabajó en la Convención Bautista del Sur. Sirvió en iglesias de Arkansas, Hawái y Tennessee. Fue pastor de iglesias pequeñas, medianas y grandes, incluida una mega iglesia. También trabajó como editor confesional nacional, consultor, líder de talleres y profesor adjunto de seminario. Antes de convertirse en clérigo, Martin trabajó para New England Life Insurance Company.

Martin es autor de cientos de artículos y columnas de periódicos. Ha publicado nueve libros, entre ellos el bestseller *What's the Least I Can Believe and Still Be a Christian?* En 2021, Martin lanzó el sitio web *Doubter's Parish* (<https://doubtersparish.com>) que busca ayudar a las personas pensantes a navegar por la fe en el siglo XXI. También colabora frecuentemente con *United Methodist Insight*, *Progressive Christianity*, *Baptist News Global*, *the Herald-Citizen* y *The Tennessean*.

Martin es licenciado en Humanidades por la Universidad Ouachita, Arkadelphia, Arkansas; tiene un máster en Divinidad por el Seminario Teológico Bautista del Sur, Louisville, Kentucky; y un doctorado en Ministerio por el Seminario Teológico Bautista del Medio Oeste, Kansas City, Missouri. También cursó un año de estudios de doctorado en la Universidad de Vanderbilt, Nashville, Tennessee.

Martin y su esposa Paula residen en Cookeville, Tennessee. Tienen dos hijos adultos y dos nietos pequeños. Entre sus aficiones se encuentran escribir, caminar, montar en bicicleta, leer, hacer surf (¡cuando encuentra una ola!), tocar la guitarra y escribir un diario. También le encanta ver buenas películas, incluida su favorita de todos los tiempos, *The Shawshank Redemption* (Cadena Perpetua)

Para obtener más información sobre la vida y el trabajo de Martin, consulte la introducción.